



LA FIGURA DE LA SEMANA

Don José Rodríguez Carracido

ESTE ilustre químico, una de las más eminentes figuras de la moderna ciencia española, ha presentado, con carácter irrevocable, la dimisión de su cargo de rector de la Universidad Central, debido—según manifestaciones de él mismo—al «cansancio físico y á causa de la complejidad, cada día mayor, de las nuevas modalidades surgidas en los problemas universitarios». Esta resolución, según palabras del mismo doctor Carracido, «estaba madurada hace tiempo». También ha anunciado su dimisión, unién-

dola á la del rector, el secretario general de la Universidad D. Francisco de Castro. Refiriéndose á la decisión del doctor Carracido, el jefe del Gobierno ha dicho que «está seguro de que ninguna reserva mental ni espiritual hay en los motivos de esta dimisión». También son del Presidente del Consejo las siguientes palabras:

«El conato de incidente á que algunos periódicos aluden con motivo de una recientemente proyectada reunión en un local universitario, se

frustró gracias al ejemplar espíritu de tolerancia y disciplina de los estudiantes católicos». Estos celebrarán muy en breve su Asamblea, no en la Universidad, sino en un teatro madrileño. La dimisión del insigne maestro de la ciencia española ha producido vivo sentimiento entre sus compañeros de profesorado y entre los estudiantes. Se indican, para substituir al rector dimisionario, los nombres del vicerrector Sr. Tormo, y de los catedráticos Sres. Casares, Gimeno y Fernández Prida.



El Palacio del Gobierno en Managua, sobre el que ondea ya, como símbolo de dominación extraña, la bandera de los Estados Unidos



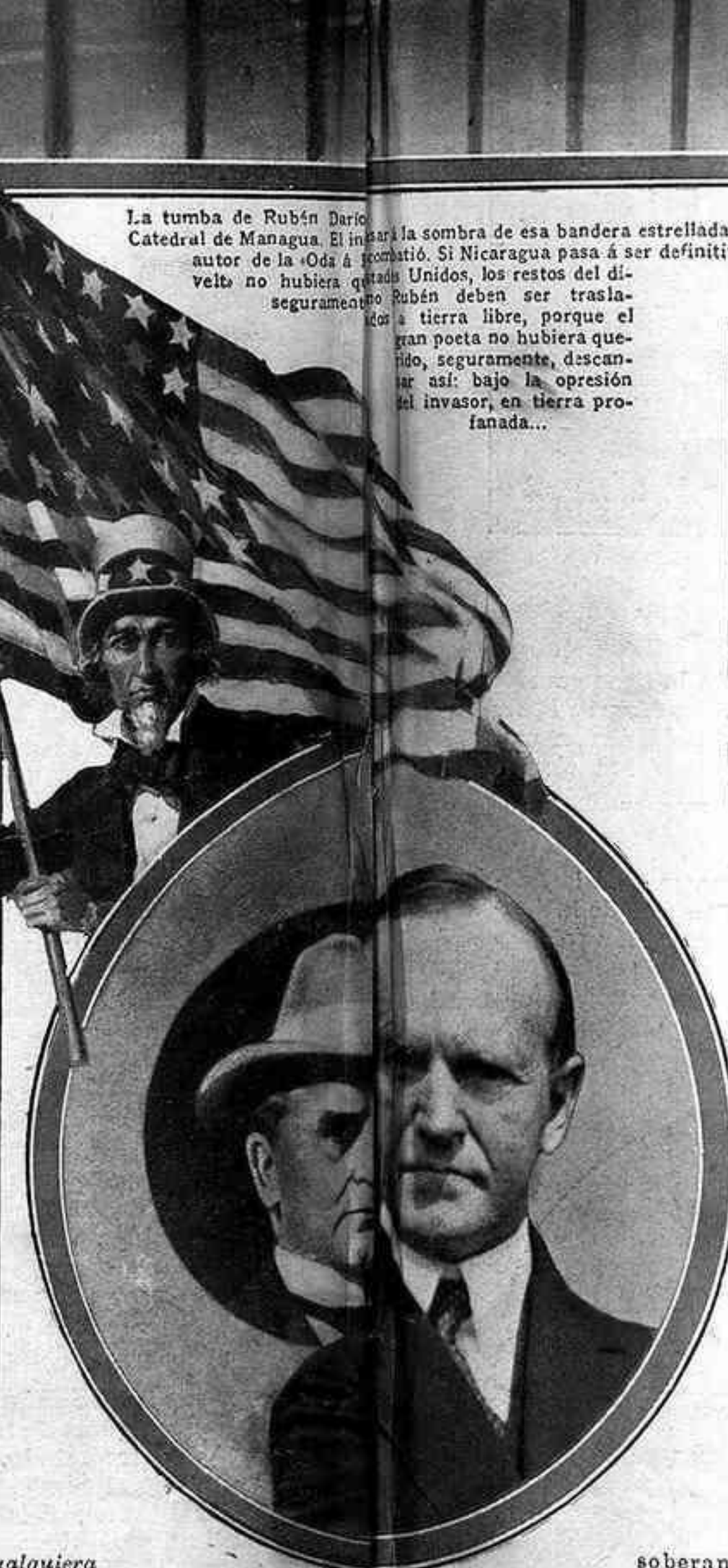
La tumba de Rubén Darío en la Catedral de Managua. El invasor no hubiera querido que Rubén Darío fuera el autor de la Oda a los Estados Unidos, los restos del diablo no hubieran querido seguramente que Rubén Darío fuera el autor de la Oda a los Estados Unidos, los restos del diablo no hubieran querido seguramente que Rubén Darío fuera el autor de la Oda a los Estados Unidos...



La Catedral de Managua, en cuyo interior se halla el sepulcro del gran poeta del habla española Rubén Darío



Una calle de Corinto, otra de las ciudades de Nicaragua ocupadas militarmente por los norteamericanos en su primer paso para convertir la pequeña República en un Protectorado



El Presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, y el Secretario de Estado, Robert Lansing, en un momento de la conferencia de París.



La Laguna, en Granada, región donde combaten los patriotas de Nicaragua, mandados por Sacasa, contra las tropas de Díaz, el «hombre de los financieros yanquis»

Los Estados Unidos ocupan militarmente Nicaragua

La Asociación Patriótica Española de Buenos Aires ha dirigido a sus connacionales y a todos los hombres, cualquiera que sea su patria, que abominan de la injusticia y de la violencia internacional, un mensaje que tal vez sea el documento más exactamente expresivo del estado de opinión creado en toda la América de abolengo español por el gesto de los Estados Unidos al invadir Nicaragua, convirtiendo a esta pequeña República en Protectorado norteamericano. De ese mensaje transcribimos los párrafos siguientes: «Una vez más se consuma el atentado a la soberanía de un pueblo hispanoamericano por parte de la nación anglosajona del Norte. La víctima es un Estado débil, indefenso. El invasor es el pueblo, en estos momentos, más fuerte y poderoso de la tierra. El caso de Colombia, Panamá, Santo Domingo, se repite. Cuba y Puerto Rico conocen ya la opresión de la garrá imperial. El pretexto es siempre el mismo: la defensa de unos cuantos dólares. Detrás de los empréstitos y de los gerentes ferroviarios vienen las tropas de desembarco y la indecorosa intervención. No hay un solo principio de ética internacional ni de ley escrita que justifique ese ataque a mansalva contra una nación

soberana que tiene tanto derecho como el pueblo de EE. UU. a que se respete su integridad política y territorial. La patria de Washington y Lincoln mancilla su historia con este atentado hacia el pequeño país centroamericano que carece de buques y ejércitos que oponer a las escuadras y tropas del Imperio plutocrático, librado ya a la carrera incontinente de sus ambiciones. El respeto de la nación fuerte hacia el país más débil en recursos ó potencia, es un principio básico de la comunidad internacional. No existe el pretendido derecho de amparar á mano armada intereses radicados en país extranjero, violando su soberanía. Nicaragua es un pueblo de nuestra comunidad histórica: es una nación hispánica. Aunque no levanten oficialmente su voz, por restricciones protocolares, los pueblos libres de Sudamérica, que ven apenados este atropello, no ha de silenciarse el grito de las entidades privadas, que también representan a los pueblos y son órganos de opinión. Debe, pues, esa opinión condensarse en una actitud contundente que haga sentir al agresor que no se pueden despreciar impunemente los fundamentos de justicia en que descansa la vida internacional.»

Protesta unánime de la América española

PANORAMA

ACADÉMICO

¿Cuáles son los dos nombres más indicados para ocupar los sillones vacantes en la Academia Española?

LO QUE OPINAN SOBRE ESTO LOS ESCRITORES ESPAÑOLES

ESTÁ ya inmediata la elección de los académicos regionales. La Academia los elegirá en su sesión del próximo jueves. Parece que ingresarán los mismos escritores y filólogos cuya candidatura dábamos como segura en nuestra información del número anterior. La lucha será entre los señores D'Ors y Montolíu, para ocupar uno de los sillones de Cataluña. En el otro se sentará, por unánime decisión académica, el insigne Rubió y Lluch.

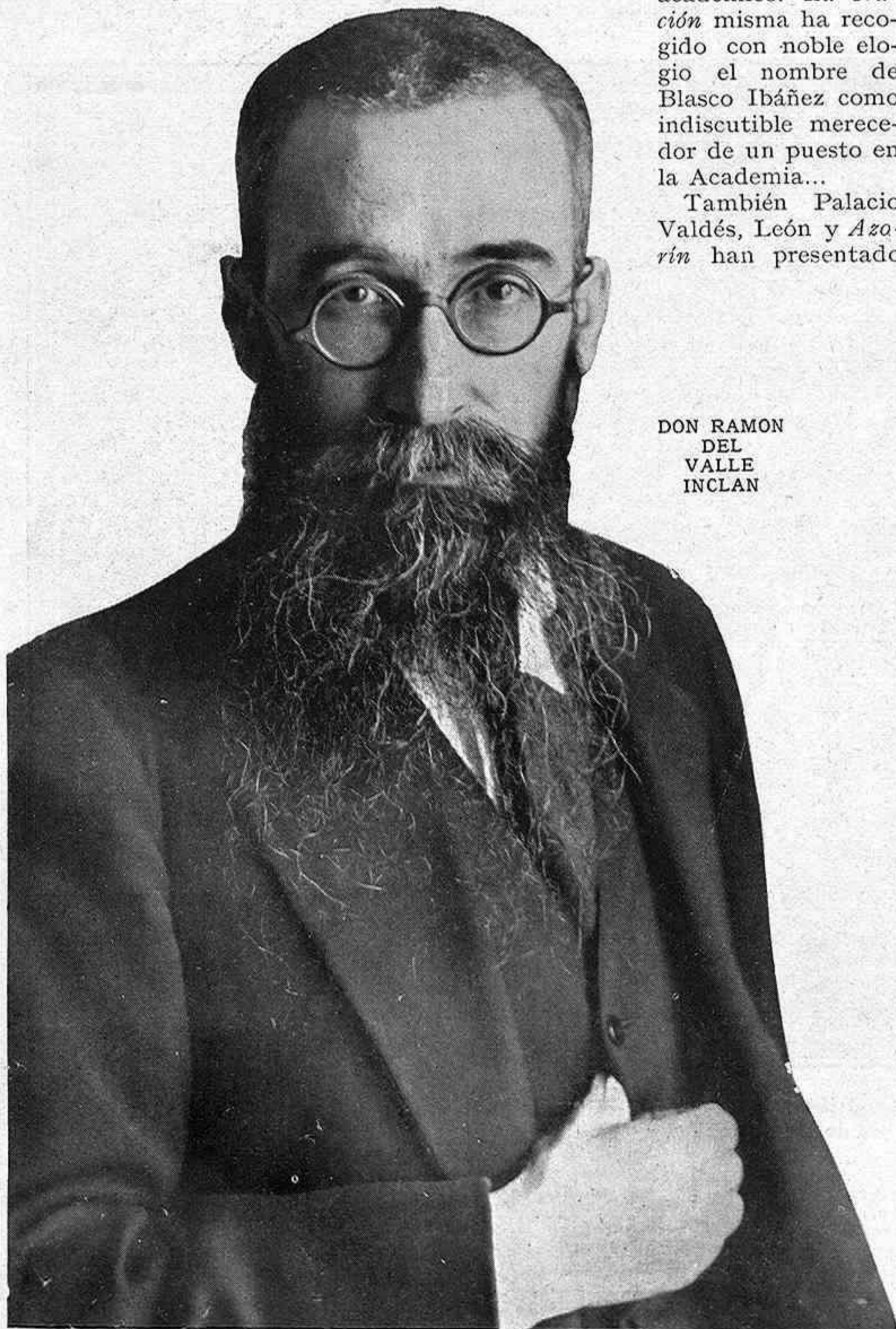
•••••

La anticipación con que esta revista exige entregar el original a la imprenta, nos hizo dar, en el número anterior, la candidatura del conde de Gimeno y Alcalá Zamora como la de más probabilidades de ingreso. Esta era, en efecto, la impresión general. Pero el panorama académico ha cambiado totalmente, y hoy los nombres que suenan para esas dos vacantes son de poetas y novelistas, ante todo...

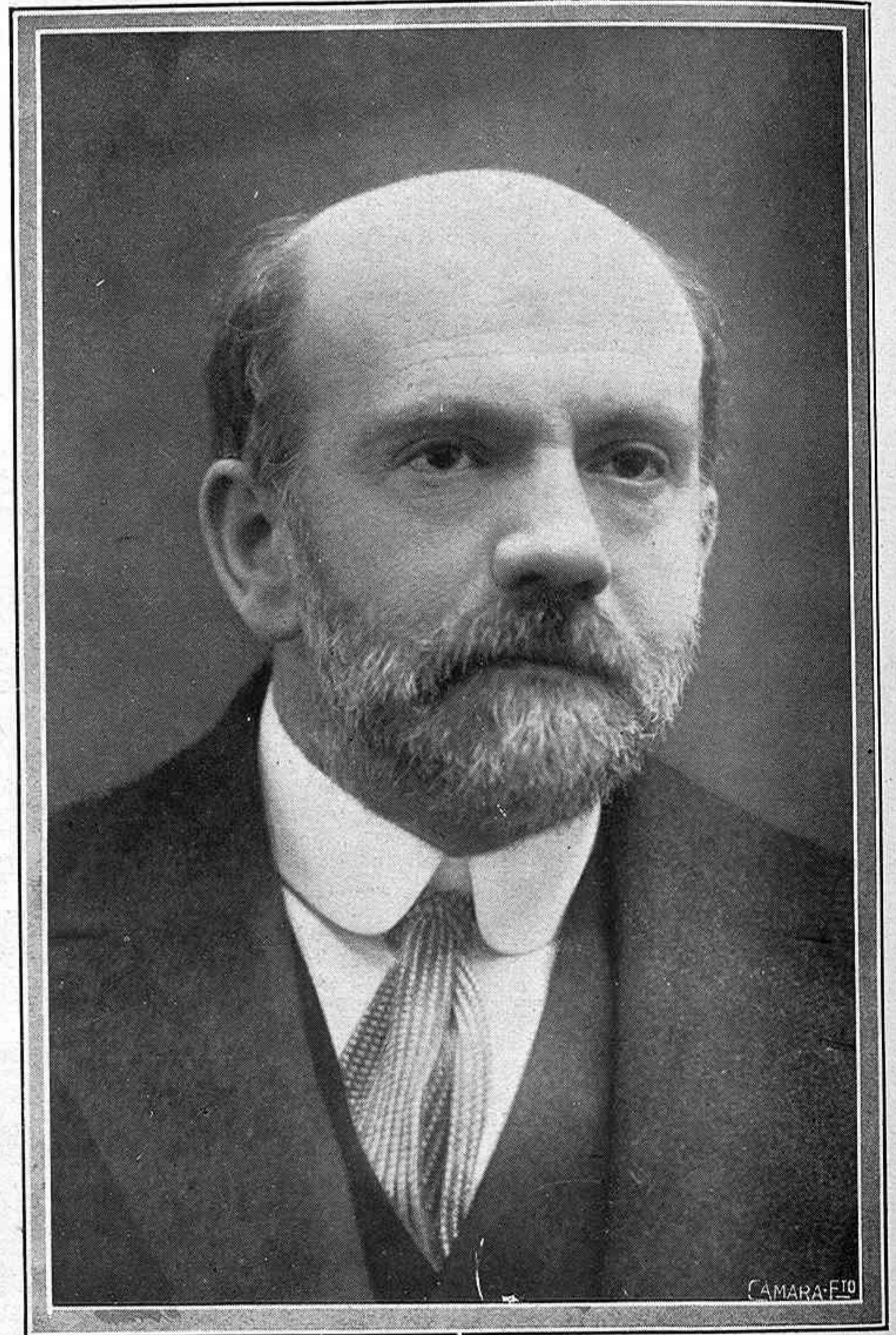
Al final de nuestra crónica anterior, en unas líneas de ojeada al paisaje literario actual, citábamos algunos nombres de escritores que no son académicos. Entre ellos, los de Blasco Ibáñez y Antonio Machado... El poeta de la tierra castellana (ya lo recogíamos en unas líneas de última hora), ha sido propuesto para su ingreso en la Academia por D. Armando Palacio Valdés, Ricardo León y *Azorín*. Del maestro glorioso de *Cañas y Barro* se viene hablando insistentemente en la Prensa como del otro posible

académico. *La Nación* misma ha recogido con noble elogio el nombre de Blasco Ibáñez como indiscutible merecedor de un puesto en la Academia...

También Palacio Valdés, León y *Azorín* han presentado



DON RAMON
DEL
VALLE
INCLAN



PIO BAROJA

la candidatura de Gabriel Miró. Si la de Antonio Machado tiene grandes probabilidades de salir vencedora, no así la del autor de *Nuestro Padre San Daniel*. Para este segundo sillón el horizonte académico se presenta obscuro y denso. Suenan varios nombres... Acaso sea elegido D. Ignacio Bolívar... O acaso el mismo conde de Gimeno...

•••••

Parece ser que el Presidente del Consejo envió una carta a la Academia. En ella se hablaba de cómo la verdadera orientación de la Academia estaba no en elegir políticos y exministros, sino en llevar a los sillones escritores de mérito. Actualmente había muchos en España que podían ser elegidos con toda justicia. En la carta se citaban algunos nombres: Concha Espina, Ayala, Marquina...

•••••

¿Cuáles son los dos nombres más indicados para ocupar esos dos sillones vacantes en la Real Academia Española?

Hemos formulado esta pregunta a unos cuantos escritores españoles que no son académicos, verbalmente ó por escrito desde esta Redacción. Se puede conocer así en gran parte, ya que no en la totalidad—como hubiera sido nuestro deseo—un estado de opinión literaria interesante. He aquí las contestaciones que hemos podido recoger a nuestra pregunta:



PEDRO MATA



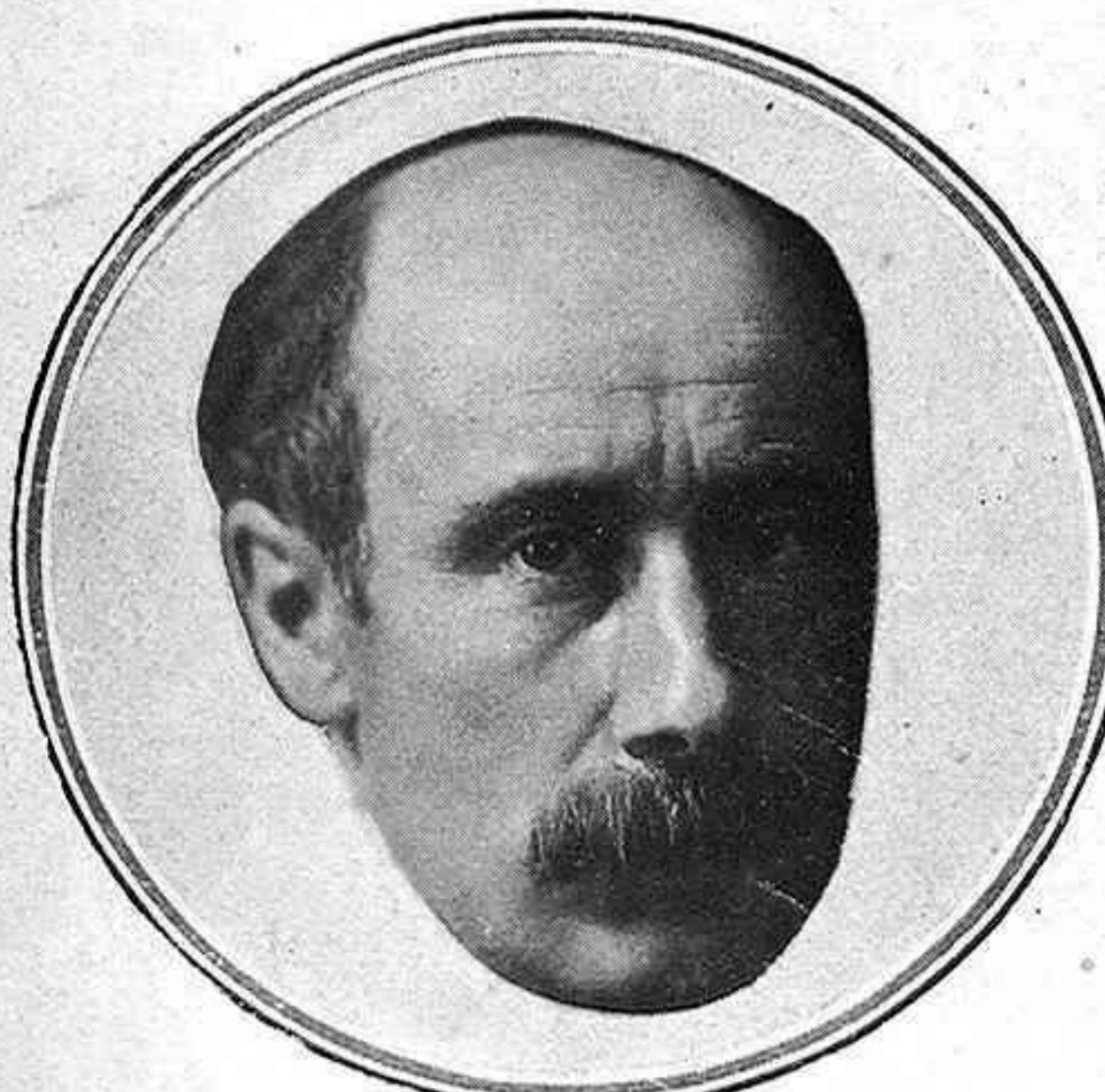
CONCHA ESPINA



JOSE FRANCES



EDUARDO MARQUINA



JOSE M.ª SALAVERRIA

DON RAMÓN DEL VALLE INCLÁN: Hay un tipo de escritor, que nunca será académico: Unamuno, Baroja, Blasco Ibáñez; yo, desde luego... Este tipo de escritor no será académico, en primer término, porque no lo busca. Luego porque la Academia, con su espíritu, con sus normas, con su vida quieta, ata, apaga en el escritor lo que en él haya de independencia, de rebeldía, de libertad. Yo creo que Benavente se resiste por esto á leer su discurso de entrada... En cuanto á las vacantes actuales, me parece bien que ocupe Ramón Pérez de Ayala una de ellas.

—¿Y el otro, D. Ramón?...

—Sería muy acertada la elección de Antonio Machado. Pero no entrarán, ya lo verá usted... Elegirán á Gimeno y Alcalá Zamora... El hombre que yo he encontrado en mi vida realmente indicadísimo para ser académico es un carpintero. Conocía una cantidad infinita de vocablos. Sabía los nombres de todas las cosas habidas y por haber... Era «el señor Joaquín», y vivía en los Cuatro Caminos, en la calle de Carlos Rubio. «Señor Joaquín—le decía yo—, quiero esto, de esta manera», y le explicaba con multitud de palabras mi deseo. «¡Ah, sí! Lo que usted quiere es un «singlete de la giloca...» Aquel hombre era un vocabulario vivo é inmenso, y hubiese hecho un gran papel en la Academia...

Pío BAROJA: Los dos escritores más indicados para ocupar esas dos vacantes en la Academia Española creo que serían Pérez de Ayala y Valle Inclán. También estarían muy bien Antonio Machado y Miró.

CONCHA ESPINA: Creo que los dos sillones vacantes en la Real Academia Española estarían muy bien ocupados por los dos escritores actualmente propuestos: Antonio Machado y Gabriel Miró, hombres de Arte, dueños de una insigne obra literaria sin contaminación política. Y deseo el mejor éxito á sus candidaturas.

José FRANCÉS: Como estilista rico de léxico, plástico de frase, henchido de un sentido estético del arte de escribir que habría de reanimar el idioma, Gabriel Miró. Como lírico esencialmente castellano, hondo de sentimiento, noble y sobrio de verbo, que llevaría al idioma su acento admirable y sencillo, Antonio Machado. He aquí el prosista y el poeta que yo votaría para la Academia Española, convencido de que así era cumplida una de sus más definidas y definidoras condiciones literarias.

EDUARDO MARQUINA: Me parecen bien los candidatos propuestos estos días. Personalmente lamento que no haya vuelto á hablarse de la candidatura de Ramón Pérez de Ayala y que aun no esté en la Academia Valle Inclán.

José MARÍA SALAVERRÍA: Yo votaría, en primer término, como es comprensible, por mí. Pero si se considera que esto no es decente, voto por Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO: Ramón Pérez de Ayala y Eduardo Marquina. Los dos son verdaderos escritores y llevan á los demás la ventaja, puramente cronológica, de haber sido propuestos antes que los demás. Como no hay motivo para rechazarlos, ellos deben ir delante de todos. Por lo demás, el sillón de la Academia no es «premio de servicios». Con escritores como Pérez de Ayala y Marquina, ó como Antonio Machado y Gabriel Miró, la premiada es la Academia.

RAFAEL CANSINOS ASSENS: Mis candidatos para esos dos sillones vacantes son Concha Espina—puesto que las señoras son elegibles—y Antonio Machado. Ambas candidaturas las considero indiscutibles; Antonio Machado es un gran poeta, en quien se unen belleza y hondura, y Concha Espina es una mujer incomparable, única entre nosotros en el momento actual, y no se debe repetir con ella la injusticia que con la Pardo Bazán se cometió.

DON ANTONIO ZOZAYA: Como es probable que la Academia no elija á Blasco Ibáñez, pero aun más seguro que, de ser elegido, Blasco no aceptará (y hará bien, porque la glorificación literaria no debe ser oficial, ni impuesta, ni venir de arriba abajo, sino espontánea y libre y llegar de abajo arriba); como, por otra parte, se persiste en el error de llevar á los sillones de la vieja Corporación, no á los filólogos y gramáticos, sino á los escritores, he de escoger entre éstos los que, á mi juicio, merecen galardón tan codiciado



ENRIQUE DIEZ CANEDO



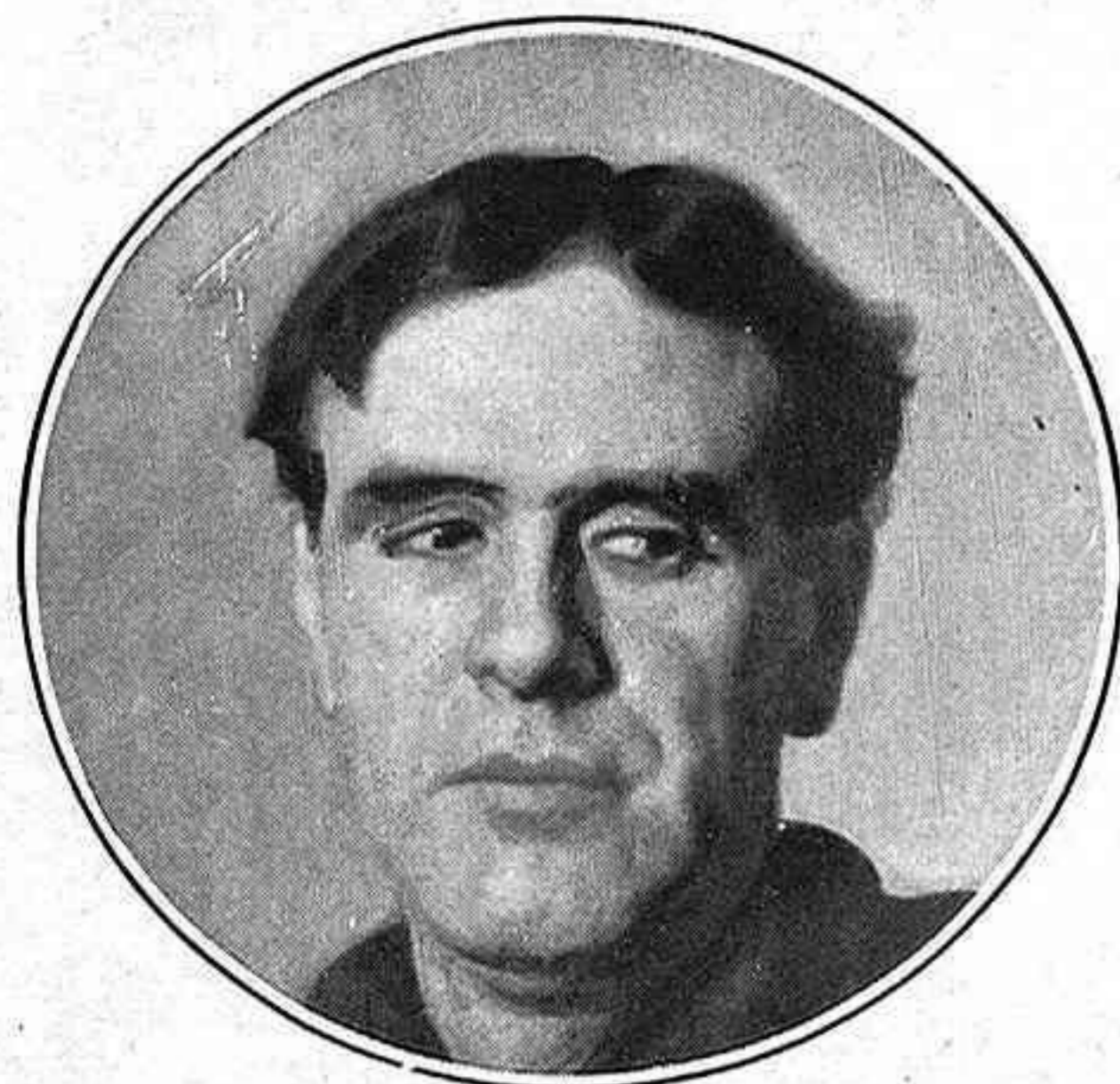
RAFAEL CANSINOS ASSENS



ANTONIO ZOZAYA



CRISTOBAL DE CASTRO



PEDRO DE REPIDE



ALFONSO HERNANDEZ CATA



LUIS FERNANDEZ ARDAVIN



EMILIO CARRERE

como inútil. Son Ramón Pérez de Ayala y Antonio Machado, aunque casi sería preferible que fueran designados dos escritores de las ultraderechas, para que la Academia no perdiera su carácter y estuviera todavía más divorciada del público que lee.

CRISTÓBAL DE CASTRO: Vicente Blasco Ibáñez y Miguel de Unamuno.

PEDRO DE RÉPIDE: Hace diez años, *El Liberal*, dirigido entonces por Gómez Carrillo, realizó una encuesta, encaminada a constituir por votación popular la Academia Española. El resultado fué interesante, porque el sufragio público conservó en sus puestos a los académicos oficiales que juzgaba dignos del cargo, verificando, por cierto, la ratificación con un criterio muy justo, y llenó los puestos restantes con los escritores que consideraba merecedores de los siales.

En la colección de ese periódico está la curiosa lista de «inmortales», y entre ellos creo recordar que figuran los mismos nombres que se citan ahora, pues parece llegado el momento de que se reconozca que sólo deben ir a la Academia quienes tienen una labor literaria.

Para responder a la pregunta de LA ESFERA, diré que los candidatos de que se habla me parecen todos bien: Blasco Ibáñez, Pérez de Ayala, Antonio Machado y Gabriel Miró. Creo además que es hora de dar acceso a las mujeres en la Academia, donde Concha Espina y Blanca de los Ríos tienen un sitio indiscutible. Es más: aunque esas determinaciones no han de tener efecto retroactivo, me parece que en los nuevos escalafones que se publiquen después de la entrada de las señoras, deben figurar al comienzo, como un desagravio que se les debe, los nombres de Gertrudis Avellaneda, Carolina Coronado, Fernán Caballero, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán.

Por otra parte, lo mismo se trate de los puestos regionales que de los castellanos, no se puede olvidar que existen dos escritores que se llaman D. Ramón del Valle Inclán y D. Gabriel Alomar.

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ: Vicente Blasco Ibáñez y D. Ramón del Valle Inclán.

LUIS FERNÁNDEZ ARDAVÍN: ¿Sólo hay dos sillones vacantes en la Academia? ¡Qué lástima! Porque a los puntos de mi pluma acuden rápidos tres nombres: Eduardo Marquina, Ramón Pérez de Ayala y Antonio Machado.

EDUARDO ZAMACOIS: Creo que de los dos sillones hoy vacantes en la Academia Española, uno debía ser para mí. ¡En serio!... Y el otro para Blasco Ibáñez. Pero si nuestro admirable don Miguel de Unamuno quisiera sentarse, con mucho gusto yo le cedería el mío. Los demás señores, por ahora, deben permanecer en pie.

EMILIO CARRERE: Difícil y delicada tarea la de elegir dos académicos entre tantos nombres ilustres. Valle Inclán, Unamuno, Pérez de Ayala, Gabriel Miró y Eugenio Noel serían, a mi entender, excelentes académicos, porque *sienten* el idioma, le conocen y le aman. Ha sonado el nombre de Antonio Machado. Su nombre es un airón de arte, de independencia y de soledad. Si a él le agrada ser académico..., que lo sea. Ya es *inmortal* desde hace un rato largo.

Se podría formar otra nutrida Academia con todos los nombres esclarecidos que se me vienen a la pluma, que no fuese un cajón de sastre de literatos, burócratas, autores cómicos y políticos jubilados. La Academia de la Lengua tiene más alto fin que adornar la vanidad de un señor, como una condecoración oficial.

Mario Roso de Luna y Pérez de Ayala serían inmejorables y utilísimos miembros de la Academia. Yo voto por ellos.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT: A la Academia deben ir Vicente Blasco Ibáñez y Ramón Pérez de Ayala. Si razones políticas, con que la Academia nada tiene que ver, impidiesen la elección ó aceptación del primero, el más merecedor sería Marquina.

PEDRO MATA: Ramón Pérez de Ayala y Vicente Blasco Ibáñez.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: José Ortega Gasset y... D. Francisco de Quevedo.

FRANCISCO CAMBA: Don Ramón del Valle Inclán y D. Miguel de Unamuno.

J. M. A.



ANTONIO DE HOYOS



EDUARDO ZAMACOIS



RAMON GOMEZ DE LA SERNA



FRANCISCO CAMBA

CENTENARIOS

EL DE PETRARCA

EN la discusión acerca de la oportunidad de celebrar los centenarios, este de Petrarca bien pudiera significar la última palabra, la que pone el punto final. No es, en efecto, el aniversario del nacimiento ni el de la muerte del poeta lo que sus fieles se aprestan a conmemorar el próximo 6 de Abril, si no el de su encuentro—hará de ello seiscientos años—con la Laura, á quien hizo—y que le hizo—inmortal.

Y esta vez la conmemoración no puede ser más justa.

Nacer no es, ni con mucho, empezar á vivir. Hay quien comienza á vivir ya cerca de la tumba, y, por tanto, más cerca está de su conciencia del mundo la fecha de su desaparición que la de su advenimiento; pero, asimismo, muchos mueren hartos antes que en la fecha marcada en su sepultura, y no deja de ser excesivamente superficial conmemorar, en homenaje al espíritu, la fecha en que sólo el cuerpo acabó.

El 6 de Abril de 1327 es fecha incontestable: es el día en que en la iglesia avinonesa de Santa Clara, Petrarca, *que iba sin temor y sin desconfianza*, vió por primera vez aquellos *los ojos más hermosos y el rostro más maravilloso... Aquel ser formado en el cielo y del cual sus espíritus recibían la vida.*

Era el día del Creador (viernes santo), en que los rayos del sol veláronse en demostración de duelo... Amor sorprendióme totalmente desarmado, y halló el camino libre hasta mi corazón, por mis ojos, convertidos, para las lágrimas en paso y salida...

Aquella que tenía *nieve en el rostro y sol en el cabello*, ¿era realmente Laura de Noves? El próximo 6 de Abril, junto á esa fuente de Vaucluse, que es uno de los santuarios del sentimiento, colocárase esta inscripción:

AQUÍ
PETRARCA
HA CANTADO
Á LAURA DE PROVENZA
Y DEVUELTO AL MUNDO
EL TESORO
DE LAS LETRAS ANTIGUAS

Es muy duro pensar que aquel *cuerpo tan bello y tan casto*, que al desaparecer inspiró ese grito de pasión que á través de los siglos hace aún temblar la mano que hojea, en la ambrosiana de Milán, el Virgilio en el cual el poeta volcó el primer choque de su dolor; es muy duro pensar que perteneció á una antepasada del marqués de Sade, madre de once hijos. La peste, que arrasaba Avignon, muy bien pudo llevarse á un tiempo á más de una Laura. Y, por último, que nada nos importa el apellido. Bien está, en la duda, llamarla genéricamente Laura de Provenza; siempre será tan sólo Laura de Petrarca. Para su gloria, no puede ser más.

Este centenario celebrará, pues, dos nacimientos: el verdadero del autor del *Canzoniere* y el del sentimiento amoroso, tal como había de ofrecerlo al mundo el despuntar del humanismo. O sea—en pleno goticismo del siglo XIV—el de la sensibilidad más moderna de Occidente.

EL DE BEETHOVEN

El 26 de Marzo, á las cinco de la tarde, hará cien años que murió el genio de los genios. Las últimas semanas no tuvo sino dos momentos de dulzura: la visita del matrimonio Hummel, con la caricia de la señora de Hummel, que le limpió el sudor de la frente con su pañuelo, y el recuerdo de la *Sociedad Filarmónica* de Londres, que le ofrecía cien libras por un cuarteto. «¡Dios la bendiga!», murmuró poco después de recibir el Viático.

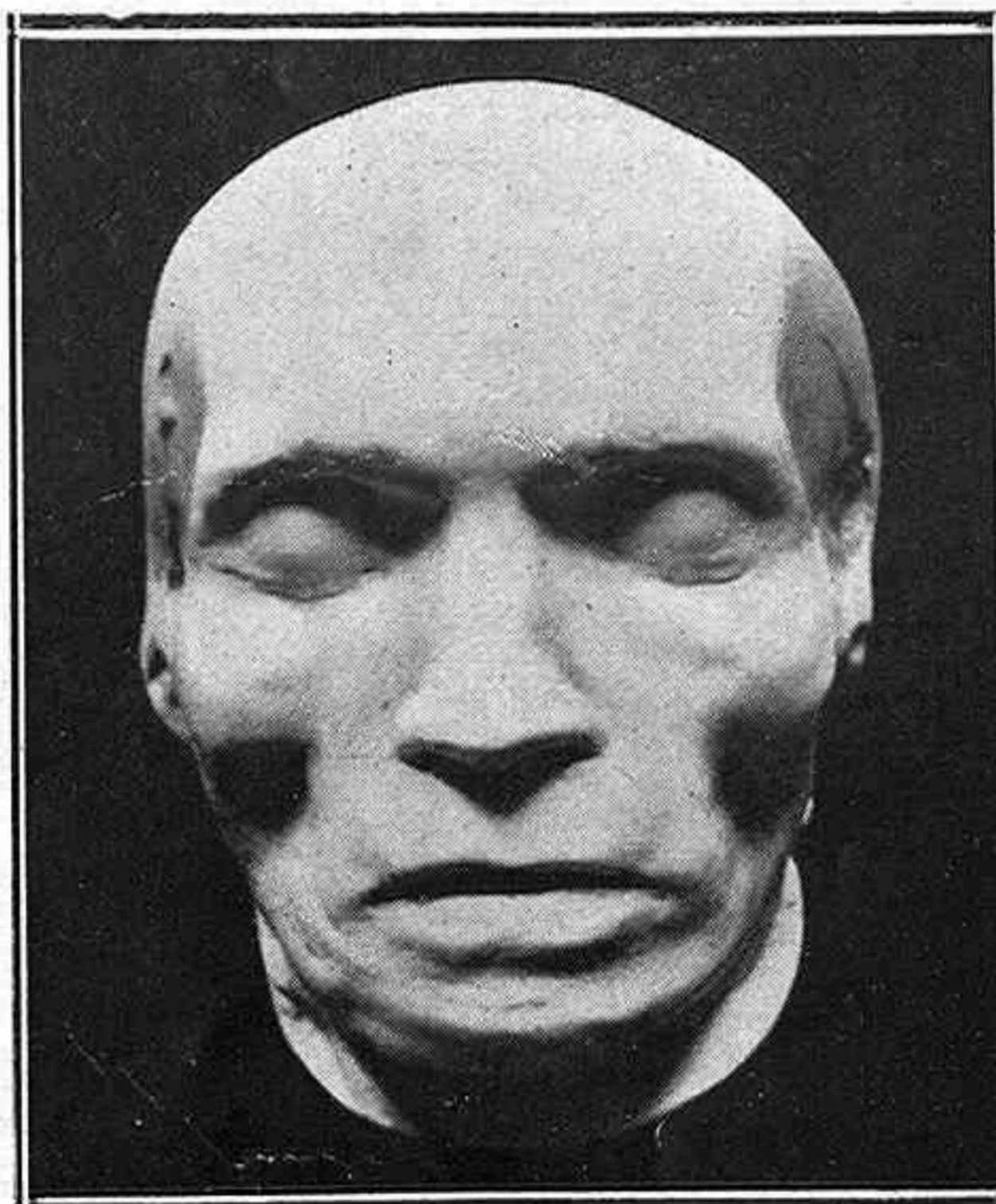
La tercera ternura que iba hacia él, aquel



TERESA Y JOSEFINA BRUNSWICK

vino de plantas agrestes que Brenning mandó traer de Maguncia, y que se tenía por remedio mágico contra la hidropesía, ya no llegó á tiempo. *Es lástima. Ya es tarde*, dijo Beethoven al ver las botellas. Fueron sus últimas palabras.

Este aniversario es, pues, realmente el de la muerte. Beethoven vivió hasta su último segundo. Pero no sólo porque se sentía vivir,



Auténtica mascarilla de Beethoven hecha pocas horas después de su muerte



MARIANO JOSE DE LARRA, «Figaro»

sino porque se sentía agonizar. Agonía de años. Y lo de menos las torturas físicas. ¿Cuántos, entre los devotos del culto beethoveniano que el 26 de Marzo sacrificarán á su dios en el pomposo oficio de un concierto solemne, cuántos recordarán aquellas hojas espeluznantes que conservan, con garrapatos de niño, testimonio de los últimos diálogos sostenidos por el que había sido huésped festejado del castillo de los Brunswick é ídolo de la Viena mundana?

«Tu violoncelo está lleno de polvo. He oído que las chinches te despiertan á cada momento. Puesto que dormir te conviene, te traeré algo contra las chinches...»

Gerardo Breuning, aquel vecinito de diez años, no sospechaba de seguro, cuando subía á ver á aquel señor sordo, tan enfermo, que le llamaba Ariel, que pasaría á la posteridad por haber socorrido en su soledad á quien llevaba en sí al universo.

«Se retiró de los hombres después de haberles dado todo y no haber recibido nada de ellos. Permaneció solo porque no había quien fuera su igual», escribía el viejo Zmeskall desde su butaca de paralítico á Teresa Brunswick, al darle cuenta de la muerte del que la había llamado *su amada inmortal*.

Sólo un niño supo acercarse á él. El primer centenario conmemorará, antes que su gloria, la tragedia de su soledad.

EL DEL ROMANTICISMO

Se va á celebrar este año, y es el más arbitrario de todos. Ciertamente es que hará justo un siglo que Víctor Hugo arrojó á la cabeza del clasicismo dramático la bomba del prólogo de *Cromwell*. Pero el romanticismo á Francia llegaba ya rezagado. Tanto, por lo menos, como á España, igualmente sometida á ese post-renacimiento que la Escuela de Fontainebleau había importado de Italia, y la gloria del Rey Sol, exportado á su vez á todos los climas por ella sugestionados, desde el Versalles barroco de Dresde hasta el Versalles engolado de San Ildefonso.

Los poemas de Ossian datan de 1760. Werther, de 1774.

Las fronteras del romanticismo son, pues, harto inciertas. Empero, nadie se equivoca. *Figaro*, pese á la distancia de tiempo y espacio, es contemporáneo del amante de Carlota Buff. Algunas fechas y algunos nombres son como vigías que sobresalen en el horizonte romántico, y desde los cuales descúbrese por entero este horizonte. Romanticismo anglosajón: Ossian, Byron, y la aventura que le arrebató la vida en Missolonghi, la gesta de los estudiantes de Jena (¡qué bien plantado en «epopeya» el lienzo de Hodler!); la dulce evocación de la reina Luisa, los *lieder* y Novalis. Romanticismo francés: el tempestuoso René, cuya figura, desde el momento en que nació hasta en su tumba, azotada por las olas sombrías del mar norteño, proyéctase sobre un fondo de pasión, vehemencia y borrasca; las barricadas callejeras de 1830 y 1848; el chaleco rojo de la batalla de Hernani; *Jorge Sand* y el «Mátala» de Dumas. Romanticismo italiano: los *Novios*, de Manzoni; las *Prisiones*, de Silvio Pellico, y la aventura garibaldina. Romanticismo español: el canto á Teresa, el arpa de Bécquer, el pistoletazo de Larra y, sobre todo, la lucha en pro ó en contra, desde la francesada, hasta la segunda guerra carlista, pasando por Riego, doña Mariquita Pineda, la muestra de café de Leonardo Alenza, y, por último—ecó postero, pero no anacrónico—, la arrogancia—figura y obra—de D. Ramón María del Valle Inclán.

Decididamente no hay por qué elegir este año para conmemorar el centenario del romanticismo. Fuera de la evolución de la literatura francesa, el prólogo de *Cromwell* no pasa de ser un episodio más. Y nosotros, sobre todo, aún no hemos cerrado el ciclo.

MARGARITA NELKEN

La
vida
del
tea-
tro

Aviso
á
los
poetas



La eminente diva española María Llacer, que acaba de lograr un triunfo personalísimo en el Teatro de la Scala, de Milán, cantando «Turandot», la obra póstuma

de Puccini. Durante la representación, y al final de cada acto, la Llacer fué objeto de los más unánimes homenajes de admiración y simpatía

Los dos triunfos consecutivos de Eduardo Marquina, *Fruto bendito* y *La ermita, la fuente y el río*, me han puesto carne de gallina; el hombre no se cuelga ya de los árboles, salvo en días de regocijo campestre, en que la estirpe suele renacer en él y decirle con el poeta: «Cualquiera tiempo pasado fué mejor», y salvo cuando lleva bastón, conserva persistentemente la estación bípeda: pero es aún un poco mono, por su tendencia á imitar, y estoy oyendo una inacabable serie de ripios como aquellos que dieron al traste con el teatro en verso; con el teatro en verso que ahora procuran, con tanto acierto, resucitar Ardavín y Eduardo Marquina.

Un poco me consuela pensar que si ahora hu-

biese de escribir de nuevo su discurso de ingreso en la Española aquel académico—¿Manuel del Palacio?—que tan terminantemente demostró que nuestra lengua era eminentemente musical, y que aquí, en Castilla, hablábamos en verso sin saberlo, no encontraría ejemplos, actuales, al menos, tan abundantes como antaño; poco á poco nos hemos ido quedando sin música, y hasta los mismos romances de ciego han venido á menos. Las gentes se han despoetizado hasta en la forma, y ya el que cuenta «por los dedos presuroso» no debemos suponer que administra las sílabas de un verso más ó menos vil, sino algo más substancioso y consistente.

Así, pues, por de pronto no es muy de temer

la invasión; pero si Marquina sigue triunfando y Ardavín le ayuda, tendremos una nueva invasión de versificadores, y habrán aumentado nuestros males en tercio y quinto, porque una mala comedia con mala prosa es ya un tormento considerable; pero una mala comedia con malos versos es algo superior á las fuerzas humanas, sobre todo ahora, cuando hemos perdido la costumbre.

Estos dos dramas de Marquina han aumentado el peligro (y de ahí mi alarma). Antes, Marquina y Ardavín hacían hablar en verso á sus personajes; pero á personajes de otros días y poco á propósito para que los imitadores se tomasen libertades con ellos. Hubo un tiempo en

que se las tomaban también; pero eran aquellos días en que Echegaray los sacaba á escena un día sí y otro también y los aspirantes á autor estaban familiarizados con ellos, como Comella y sus congéneres lo habían estado un siglo ó poco menos antes; pero ahora habíamos perdido la intimidad con ellos, y su ceño ponía una barrera infranqueable á los imitadores.

Rosa de Madrid primero, y Fruto bendito y La ermita, la fuente y el río más recientemente, han quitado ese obstáculo; si cualquier humano, por muy del día que sea, y aun siendo de baja condición social, puede hablar en verso, aun para andar por casa, el problema se simplifica para los autores imitativos y se agrava enormemente para los que tenemos el vicio ó el servicio de oírles. Todo el monte va á ser orégano.

Por eso quizás no huelga un «aviso á los poetas», llamando poetas—¡y Apolo me perdone!—á los que se sientan dispuestos á versificar, á roso y á velloso, el más insignificante y vulgarísimo diálogo. ¡Sería lástima que perdieran su tiempo y nos hicieran perder el nuestro por no enterarse de aquello de la difícil facilidad! Ardavín y Marquina son capaces de hacer creer á los incautos que versificar es cosa sencilla y al alcance de todos.

Es lo mismo que ha ocurrido otras veces desde los tiempos de Bretón de los Herreros hasta la desaparición del verso en el teatro, pasando por Serra y Blasco, hasta llegar á la «pléyade» de los poetas festivos que tenían á Sinesio Delgado, y entre los cuales Luis de Ansorena, que se ponía serio, quizás era más poeta; pero no era más versificador de la vida cotidiana corriente y moliente y, en general, más moliente que corriente.

Leer á Bretón de los Herreros es muy indicado para dejarse engañar por la falacia de una fa-

cilidad que tras de suponer una preparación lenta de poeta lírico—como la han tenido ahora Marquina y Ardavín—, suponía una labor de lima cuidada y pertinaz, y Bretón, en su polémica con el doctor Mata, podía hacer un epigrama tan fácil como aquel de

«Vive en esta vecindad
cierto médico poeta
que al fin de cada receta
pone «Mata», ¡y es verdad!»

porque antes había escrito muchos millares de versos limados y pulidos, sin que la lima les quitara lozanía ni el pulimento frescura, y podía contar una desventura propia diciendo:

«Dejéme el Sumo Poder,
por gracia particular,
lo que había menester:
dos ojos para llorar
y uno solo para ver.»

con versos de rima y consonancia vulgar, por ello quizás más humana; pero con alto sentimiento de poeta, señal evidente de que el versificador llevaba dentro algo más que una caja de música ó un doble decímetro para medir las sílabas.

También los biógrafos de Narciso Serra contribuyeron durante algún tiempo á engañar á los incautos haciéndoles creer que podían hablar en verso con la misma facilidad que en prosa; fué la misma falacia de Manuel del Palacio atribuyendo á la lengua en sí la musicalidad, sin advertir que esa musicalidad no era sino labor lenta de educación del oído, hecha, sin citar más, por el romancero y por el teatro áureo.

Sobre ese cultivo de la lengua hecho en cierto modo por todos y para todos, venía luego lo in-

dividual de Serra y de los que, como él, hablaban en verso. Antes de decir

«Oudrid, me ha dicho Reguera
que al terminar la función
bajes á la dirección,
que en la dirección te espera.»

Serra había escrito el *Don Tomás*, que es una obra cúspide, consecuencia de una labor considerable de versificador tan constante y «esencial», que hacía al poeta, tendido, herido en el campo, decir á Pastorfido:

«Reniego, amén, de mi estrella
de poeta y de soldado.
¡Gran batalla hemos ganado!
¡Tales puntos hubo en ella!»

y años después consagrar á Blasco, su continuador:

«Como dé usted en escribir
con esa fácil soltura,
¡pobrecita criatura!,
le van á usted á partir.»

y así los poetas de *Madrid Cómico*, capaces, los que cultivaron el teatro cómico, de hacer lo que Serra, y por eso, de hacer que sus personajes «del día» y vulgares hablasen en verso con naturalidad.

Hablar así, y, por añadidura, hablar para decir algo, como los personajes de Marquina, no es, ¡oh, poetas incautos!, tan fácil como parece. Los que aspiréis á tanto, haréis bien en prepararos lentamente, muy lentamente, y no lanzaros al teatro sino después de esa preparación.

Con eso ganaréis vosotros, si lográis lo que os proponéis, y si no, ganaremos nosotros..., por aquello de:

«En dos años de plazo que tenemos,
el Rey, el burro ó yo nos moriremos.»

ALEJANDRO MIQUIS

UNA EXCELENTE
ACTRIZ...



Angelina Vilar, cuyo arte depurado por una gran cultura, y cuya belleza, realizada por un exquisito

... Y UNA HERMOSA
MUJER

gusto, contribuyen poderosamente al éxito de las obras estrenadas en el Teatro Infanta Isabel



AVENTURA CARNIVALESCA

No podían negarlo: *Chuchina* Ramos y Paco Hernández de Palencia se divertían en el baile zarrapastroso, si no de arrabal, de barrios populares á lo menos.

Dios y ayuda les había costado escaparse de la Embajada, donde se aburrían soberanamente; ardid de pieles rojas dar esquinazo á la Moncada y á tía Pepita Pontones, y, en fin, sin igual descaro arrostrar la extrañeza, subrayada en voz baja por algunos chistes y vayas, de las gentes de escaleras abajo, que esperaban á sus señores en el portal.

Ya franqueados tales obstáculos y dueños de un taxi, *Chuchina* no tuvo sino dejarse llevar, y Paco recordar un alquilador de disfraces. Así todo, eran ya más de las dos de la mañana cuando entraron en el palco del *Salón Luminoso*, habitualmente cine de segunda calidad, convertido aquel día para tal oportunidad en templo de Terpsícore.

Una multitud hórrida, en que dominaban horteras del barrio, chulos, tal cual señorito con pretensiones de pollo-pera y *chauffeurs* ó mecánicos, emparejados con zafias criadas desmandadas, llenas de pretensiones; alguna dama ambigua que se tapaba mucho justamente para disimular que no tenía nada que tapar, y cortesanas de infima estofa, giraba pausadamente á los lentos acordes de una orquesta.

De la rueda humana, ninguna de cuyas piezas salían jamás de su sitio, subía, invadiéndolo todo, un vaho de polvo, de perfumes malos, suciedad, alientos y cuerpos sudorosos, que formaban la atmósfera turbia y maloliente.

Mujeres guapas pocas, y esas tan sudorosas y desgredadas, que no lo parecían; máscaras menos: tal cual mascarón ó mamarracho tizado de hollín, embadurnado de bermellón, bailando á zancadas, haciendo bestialidades chocarrerías y profiriendo despropósitos desvergonzados y obscenos.

Paco habló á *Chuchina*:

—No se puede negar que esto es un burdel con pretensiones. La música, ratonera; la atmósfera tira de espaldas; ellas, unas tías gorrinas, y ellos, unos guarros; pero carácter sí tiene, vaya si lo tiene... No es Gavarny, es Goya, el mismo

D. Francisco de Goya y Lucientes. No te quepa duda, es un aguafuerte.

La Ramos no *posaba* tanto de artista como su amigo; pero no podía negar que estaba encantada. Aquello era pintoresco, divertido, rompía la monotonía atroz de su vida; no era la dichosa tabarra de las Embajadas y los bailes elegantes..., y, sobre todo, allí *se vivía*, se vivía *de verdad*.

El palco, organizado por Paco la víspera, estaba de bote en bote. En primer término, Atalanta Borghese, una cupletista triunfadora y bella..., ¡ay!, veinte años antes. Con ella, *Bobette Botijo*, una pintora cubista que se creía una *Madame de Adonis* (escrita ó no por Rachilch); con ellas, un caballero viejo de gestos menudos y adamados, voz de tiple y bisoné zanahoria. Después, una absurda pandilla de *tanguistas* y señoritos *castigadores*, y, por último, gentes que iban y venían, entraban y salían, decían y hacían procacidades.

Con la llegada de la nueva pareja el vino corría á raudales, poniendo afán jaranero en los nervios, risas alborotadas en los labios y caricias audaces en las manos. *Chuchina* murmuró en un rato de respiro al oído de Paco:

—¡Qué lástima que Adrián Fuentes no haya venido!

—Vendrá—aseguró el otro muy convencido—. Me dijo que iba á la Zarzuela con un amigo y que seguro venía, aunque tuviese que dar capote á los otros ó traerles consigo.

Era Adrián un muchacho simpático, alegre, jaranero, ruidoso y alborotador, demasiado chulito para *persona bien*, demasiado *persona bien* para chulo. Como si detrás de la puerta esperase aquellas palabras de evocación para hacer su entrada, no bien acababan de nombrarle cuando realizó su aparición.

Guapo chico, *costaud* (fornido en léxico de *apache* parisién), con elegancia alborotada que tenía de *chic*, de chulesca, de aventurera y de rastacuera, hizo una entrada sensacional y se arrojó á los pies de *Chuchina*:

—¡Perdón! ¡Perdón! No había forma de huecar los pelmazos de la Zarzuela, y he sudado el quilo para venir.

Su natural exuberancia ruidosa, efusiva y cor-

dial parecía agravada por algunas copas de más que le empurpuraban el rostro y ponían mareante beiloteo en las pupilas. Movíase, como siempre, mucho; pero, á decir verdad, sin saber por qué; aquella movilidad parecía exaltado ahora á la dama. Quizá el movimiento que imprimía al teatro entero el bailotear de las parejas; tal vez la música ratonera estridente y discordante; posiblemente el vino...

En fin, era el caso que al precipitarse á sus plantas para impetrar perdón hizo tambalearse los tabiques del palco.

Pero fué el caso que apenas prosternado á las plantas de la bella, como por arte de magia, recobró la memoria y púsose rápidamente en pie:

—¡Se me olvidaba!... ¿No sabes?... Me vas á perdonar; pero como no podía escapar de la Zarzuela, he traído al amigo que se quedó solo conmigo en el palco. Aprovecho el momento... Es un chico encantador..., delicioso..., un poco brujo, ó mago ó nigromante, ó qué sé yo qué...; pero ¡*ravissant!*

Asomóse á la puerta y llamó:

—¡Cristián! ¡Cristián!

En el umbral dibujóse la figura grácil de un adolescente. ¿Adolescente?... Sí; á primera vista, no tendría más de veinte años; pero luego... Los ojos azulados y luminosos de luciérnaga aparecían hundidos en enormes ojeras violetas que fingían enormes cuencos; los labios eran tan rojos, que al reír los dientes, blanquísimos, parecían, en su doble hilera impecable, inmóviles en el vacío; el pelo, muy rubio, se peinaba hacia atrás, tan metálico y tan unido, que fingía la unanimidad del marfil.

A las palabras de presentación de Adrián, inclinóse ante ella y besó su mano. Luego, ya instalado junto á *Chuchina*, le habló con una voz extraña, una voz hueca, opaca, apagada; una voz que daba la sensación atroz del vacío. Y con aquel tono mate, el tono de las palabras que no formulamos con los labios, sino con el pensamiento, vertió en su oído cosas estrafalarias, cosas que carecían de significación precisamente por plétora en ella, que evocaban tantas, tantas cosas que no llegaban á definir ninguna.

Chuchina adormeciase en el encanto de aque-

lla voz y del áureo reflejo del vino que corría en ríos, en cascadas, en cataratas.

De improviso, un ruido horrísono la despertó. El teatro entero se estremecía, palpitaba, se bamboleaba al correr de un grupo, un escuadrón, un ejército de máscaras que tras ir y venir deteníanse ante su puerta. Y entonces, en una luz lívida, fantasmagórica, de noche de aquelarre, vio destacarse los feos mascarones, los atroces mamarraños. El uno era alto, escuálido, y mientras blandía, á manera de lanza, una escoba, sonreía con su boca pálida, en que sólo quedaban dos dientes laterales, puntiagudos como los colmillos de un lobo; otro era bajo y gordo, y se envolvía en tosca colcha roja, que no dejaba al descubierto sino una careta blanca de larguísima nariz; uno vestido de mujer con sucios pingajos y el sombrero atado con un pañuelo, no daba más señal de apariencia humana que los ojos de buho que se veían al través de dos desiguales agujeros; un diablo rojo, junto á él, mostraba lacios cuernos y larguísimo rabo, mientras blandía un tenedor. Había monjas y destrozonas, cupletistas y carboneros, marinos y chulas.

Chuchina, incierta, sin acabar de comprender lo que sucedía, vió el palco trocado en campo de agramante; vió las luces vacilar, apagarse, encenderse; luego, todos los horribles mamarraños, su adorador, sus amigos, forcejear, caer, tornar á levantarse... Y cerró los ojos.

Ahora, en el extremo del pasillo, la máscara hablóla, mostrándole la mano ensangrentada:

—Me han herido; me muero, y hay que salir de aquí. Tus amigos han huído; estamos solos y nadie nos ve. Vamos.

Le miró, y sobre el traje blanco que antes no tenía y *que no sabía* para qué se había revestido, mostróse á sus ojos un hilo de sangre, que resbalaba y caía al suelo gota á gota. Temblorosa, le ofreció el brazo. Apoyóse él, y juntos caminaron:

—¡Qué poco pesas!—murmuró ella.

—Nada.

Ahora el *taxi* corría, corría, no sabía *Chuchina* por dónde. Aquel barrio... No; no podía orientarse. Calles tortuosas en cuesta; callejones lóbregos; edificios enormes con aspecto de conventos ó cuarteles; anchas avenidas bordeadas de vertederos y descampados; árboles esqueléticos que se

retorcían como almas del purgatorio; más campos pedregrosos y desnudos. Y todo bajo un cielo azul unánime en que brillaba blanca, fría, implacable, la luna. Cruces... De improviso dióse la Ramos cuenta de que desfilaban ante un camposanto; y como la puerta se destacase á su vista, estrechóse contra su acompañante. Pero pasó algo extraño, impensado, incomprendible: bamboleóse el automóvil en un bache del camino, y abriéndose la portezuela, Cristián resbaló.

Chilló ella:

—¡Cristián! ¡Cristián!

Pero sólo oyó abrir y cerrar la verja del cementerio.

La voz de *Fanny*, su doncella, la despertó:

—Señora; perdóneme la señora; pero son las seis de la tarde.

Se incorporó de un salto:

—¡Las seis!

—Sí, señora; volvió muy tarde y...—en mujer de mundo buscó un eufemismo que no le ofendiere—y... un poco mareada.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT
(Dibujos de Bartolozzi)



CONFESONARIO DE ESCRITORES

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

SILUETA DEL NOVELISTA.—LOS PRIMEROS VERSOS.—¡CUATRO NOVELAS EN VEINTE AÑOS!—«REBELIÓN».—UN SILENCIO DE DIEZ AÑOS.—«LA SANGRE DE ABEL».—UNA NOVELA QUE CONDUCE Á LA ALCALDÍA.—OTROS DOS LIBROS.—LA PRÓXIMA NOVELA.—POR QUÉ GONZÁLEZ ANAYA ES UN «NOVELISTA INTERMITENTE»...—EL DINERO DE LA LITERATURA.—MADRID, LOS ESCENARIOS REGIONALES Y LOS ESCRITORES DE PROVINCIAS.—LA «ADMIRACIÓN» DE LA TIERRA PROPIA.—UN RECUERDO CERVANTINO.

De vez en cuando, un libro nuevo de Salvador González Anaya pone en nuestra liza literaria y periodística el nombre de este escritor. La crítica tiene entonces un ponderado y noble elogio para el novelista que tan de tarde en tarde se asoma á nuestro retablillo editorial. El público detiene y fija un momento su atención, dispersa é inquieta, sobre el nuevo libro...

Pero ese brillante fogonazo de la aparición de un libro se extingue pronto. Las aguas, un momento agitadas por la novela de un escritor que no es de Madrid, recobran su cauce habitual. Aquel retablillo literario—la Prensa, las editoriales, incluso el público—vuelve á ser ocupado por las figuras de siempre.

Ya al aparecer *Rebelión*, la primera novela de González Anaya, abocetó D. Miguel de Unamuno el caso de este escritor: «Es—dijo, refiriéndose á la novela—libro fuerte, franco, sentido, claro, ameno; pero su autor no tiene aún nombre de cartel en nuestra república de las letras y vive lejos de la Corte, donde se solicita un día y otro, de palabra unas veces, con la mirada silenciosa otras, un *bombito* en algún diario de circulación. Pero creo que debe fiar más en la difusión silenciosa y lenta. Hay que aguardar más tiempo; pero es más segura.»

Y años después, el maestro Benavente dijo de González Anaya, confirmando lo escrito por el autor de *Nada menos que todo un hombre*: «No tiene más defecto que no ser del corrillo de los superhombres de Madrid.»

Pero acaso esta ausencia del novelista de la vida literaria madrileña sea lo que, en cambio, dé á su obra mayor reciedumbre, mayor firmeza, mayor serenidad. Esa vida literaria de Madrid, en continuo contacto con la Prensa y con el público, da á la labor, apresurada muchas veces por la necesidad, concesiones y limitaciones que ahogan la sinceridad y que atenúan el propósito de arte. Lejos de este retablillo nuestro, que es esfuerzo de todos los días, que da á la libre labor creadora asperezas de oficio, Salvador González Anaya trabaja en silencio, serenamente, gozosamente, con una pureza y un fervor de rito ante las cuartillas.

En la obra de Salvador González Anaya domina, como un fondo común, el amor de Andalucía. Pero esa Andalucía que tan fuertemente palpita en sus novelas, no es la tradicional, la superficial, la del tópico, el colorido y la pandeleta. Es, más que *la cara* de Andalucía, su espíritu, impalpable y luminoso. No es González Anaya, como alguien pudiera suponer por esta nota de lo andaluz en su obra, un costumbrista. Es un novelista, un gran novelista. Un gran novelista en cuyos personajes y en cuyas fábulas halla magnífica expresión la *psiquis* andaluza.

El novelista de *Rebelión* da á su estilo una vibración cálida, una encendida intensidad. En las descripciones, su lenguaje adquiere tonalidades infinitas, reveladoras de una jugosa fantasía mediterránea. A veces, por alguna página pasa un viento sutil de ironía, de humor, de sátira indulgente, blanda y disculpadora. Y siempre, sobre esta sátira, sobre aquel lenguaje, sobre aquella palpación andaluza, el aliento vigoroso del verdadero novelista: fuerza vital, humana pasión en los personajes, en sus tristezas, en sus sueños y en sus amores...

•••••

Charlo con Salvador González Anaya, durante una de sus frecuentes visitas á Madrid, en un despacho de esta Redacción de Prensa Gráfica. Es alto y fuerte. En el rostro brilla una expresión risueña. El pelo obscuro, peinado hacia atrás, empieza á ser nieve en los aladares. La primera impresión—¿la figura enérgica?, ¿el contraste de la piel rasurada con el pelo que empieza á blan-

quear?—es de actor de película norteamericana. Este primer aspecto de yanqui se borra en seguida, al oírle hablar, al verle accionar. Sus palabras, sus movimientos—vivaces, prontos, abundantes—denuncian inmediatamente un perfecto andaluz...

—Usted es malagueño, ¿verdad?—le pregunto.

—Sí. En Málaga nací, el año 79. Allí estudié el Bachillerato, y allí hice mis primeros versos entre las horas de estudio y los ratos de travesura. Leí, entonces, mucho, mucho. Mi afición á los libros que no eran de clase hizo que por poco me suspendiesen en Retórica. Aquellos entusiasmos juveniles fructificaron en dos libros de versos.

—¿Titulados?...

—*Cantos sin eco* y *Medallones*... Eran una magnífica serie de ripios. No conservo de ellos ni



SALVADOR GONZALEZ ANAYA.
(Fot. Photo-Itali)

ejemplares. Padebí una grave enfermedad, que arrojó de mí aquel apasionamiento lírico. Me convencí, por fin, de lo deficiente de mis condiciones poéticas, y tiré para siempre lo que no sé si atreverme á llamar lira...

—¿Tan malos eran los versos?

—Malos, malos... no sé. En realidad, ni buenos, ni malos... Y en ello estaba su defecto peor, su defecto característico. Eran discretitos, correctos, entonados, inspiradillos... Los hubiera podido firmar cualquier versificador experto en las artes de la rima. Pero no era eso lo que yo quería... Yo hubiese preferido escribirlos más incorrectos, más míos, más rebeldes, más personales... Que no se pareciesen á los de nadie, como los de Rueda, como los de Rubén... Y así dejé el verso, modestamente, pulcramente, —¿arrepentido? Quizás no...—, sin haber escrito la *Marcha triunfal*, pero sin haber concurrido tampoco á ningunos juegos florales...

—¿Cuándo empezó usted á escribir novelas?

—Poco tiempo después de mis desentonos en verso. Yo no cuento aquellos dos libros juveniles ni otros de circunstancias heterogéneas. Ya le dije que ni ejemplares guardaba de ellos. Mi labor, por tanto, queda reducida á cuatro volúmenes. Cuatro novelas. ¡Cuatro obras en veinte años! Así ya se puede escribir, ¿verdad?...

Reímos. Al hablar, González Anaya ríe y sonríe frecuentemente. Este gesto risueño completa su aspecto enérgico y optimista.

—¿Cuál fué su primera novela?—le pregunto ahora.

—*Rebelión*. Su aparición levantó un remolino de curiosidad en Málaga. La gente dió en decir que era obra de clave, y todo el mundo la busca-

ba. Hasta á un gato que en la novela aparece se le encontró una encarnación real... Desconocido hubo que me paró en la calle con una lista de todos los personajes de la obra, rogándome que le pusiera al dorso los nombres reales, igual que en los repartos de las comedias. Temí por mi pobre librico. Afortunadamente, la crítica lo acogió con gran entusiasmo...

—¿Y el público?

—También... La novela se vendió mucho, y pronto quedó agotada aquella primera edición. Yo apenas tenía amigos—dos ó tres—en los periódicos de Madrid, y esta circunstancia me hizo saborear mejor el inesperado éxito, por lo espontáneo... Recibí alientos—¡imagínese el valor que para mí tendrían!—de D. Benito, de Blasco Ibáñez, de Octavio Picón, de Ortega Munilla, de la Pardo Bazán... De aquella primera novela mía se hicieron nuevas copiosas ediciones, aunque muy corregidas, y depuradas de juveniles erotismos, entonces muy en boga...

—¿Escribió usted pronto algún otro libro?

—Estuve sin escribir ¡diez años!... Sentí durante aquel tiempo una aguda *literofobia*. Me aparté de todo lo que fuese labor propia ante las cuartillas. Empecé negocios; viajé; dediqué el tiempo á curarme una afección á la vista que ensombreció mi espíritu durante una temporada... Un día vino á verme, en Málaga, Ortega Munilla. «¿Qué hace usted?», me preguntó, con su acento efusivo y bueno de siempre. «¿Yo?—le respondí—. Pues nada... Leer. Trabajar. Vivir... Eso es todo.» «Y ¿qué más?» «Nada más, D. José. Ya es bastante.» «Pues es absurdo lo que usted hace. Debe escribir otra novela. ¿Me lo promete?» «Sí, señor...» Cuando salió de mi despacho el autor de *Sor Lucila* yo sentí en mí una sensación de extrañeza, de estupor... ¡Tenía que escribir otra cosa!... Aún estuve mucho tiempo pensando en ello. Pero Salvador Rueda me instó también á la empresa, con frases que eran á la vez insulto y ditirambo. Y así, bajo estas cariñosas presiones amigas, nació mi segunda novela: *La sangre de Abel*...

Al despacho en que charlamos llegan, amortiguados, los rumores confusos y densos de las estancias próximas. Es la hora más intensa de la Redacción. Una hora matinal equivalente á esa otra hora intensa de la noche, en los diarios. Enjambre, oleada, prisa... Humo espeso de los cigarrillos; vibrar agudo del teléfono; ritmo áspero de las discusiones...

—... La nueva novela—continúa hablando el autor de *El castillo de irás y no volverás*—obtuvo también un excelente éxito de crítica. De librería, mediano nada más... Sin embargo, á mí me parece que *La sangre de Abel* es obra más acabada, de más complejidad psicológica, de más enjundia literaria; en una palabra, mejor... Me valió honores oficiales, triunfos de la pícaro vanidad, y otra cosa muy poco en consonancia con la novela, que le referiré en seguida. Ortega Munilla me dijo, en aquella ocasión: «Ahora, amigo Anaya, se dedicará usted á hacer novelas.» «Sí, don José; se lo prometo...» Y en efecto, pocos meses después, Luis de Armiñán, generoso amigo mío, jefe político entonces de los liberales de Málaga, me hizo alcalde de la ciudad, encantado con la lectura de *La sangre de Abel*... Viví la picaresca de la política, y al cesar en los trances del Municipio, donde por cegar hartos charcos me chillaron hasta las ranas, publiqué un nuevo libro...

—¿Alguna novela del hampa, acaso?—me atrevo á preguntarle.

—No...—contesta, sonriendo—. Un folleto historiando mi gestión administrativa. Justifiqué con documentos hasta el escrúpulo de un céntimo... Y no fué por defenderme, que en ese punto de los cuartos los adversarios más perversos

hicieronme honrada justicia... Me costaron las borlas unas pesetas, y perdí mi tiempo en bobadas, entre adoquines y cabildos...

—¿Cómo volvió usted á la novela?

—Fue Alejandro Pérez Lugín el que despertó nuevamente mis aficiones literarias. Había yo cesado en la Alcaldía, y en una temporada que Pérez Lugín estuvo en Málaga amisté grandemente con él. Publiqué *El castillo de irás y no volverás* con gran éxito, á la vez, de crítica y de público. Después, en Octubre del año 23, apareció *Las brujas de la ilusión*, que es mi libro último...

—¿Cuál es su novela preterida?

—*El castillo de irás y no volverás*... La que más se ha vendido es *Las brujas de la ilusión*...

—¿Trabaja ahora en algún libro nuevo?

—Estoy terminando una novela que se llamará *Nido de cigüeñas*...

—¿Novela andaluza?

—Sí. Su acción transcurre en un viejo pueblo de Andalucía, que tiene su poquito de Córdoba y su poquito de Sevilla, que se parece á muchos pueblos; pero más que á ninguno, á Eciija.

—¿Aparecerá pronto?

—Mi propósito es darla en la próxima primavera. Está casi concluida...

—¿Contento de ella?

—En realidad, yo no sé si es buena ó mala... Al escribir, me animo y siento en mí un optimismo radiante. Pero si deo las cuartillas, y pienso en ellas á distancia, serenamente, *en frío*, me parecen tan poca cosa!... Por eso el desánimo me invade siempre. Pienso que no merece la pena escribir habiendo tantos que lo hacen, y tan bien... Y crea usted que esto no es modestia, ni frase hecha, ni afán de pose... Es, lealmente, sinceridad, absoluta sinceridad conmigo mismo y con los otros...

—¿Es esa entonces la razón que le mueve á usted á escribir y publicar tan de tarde en tarde?

—Aparte de algunas otras, esa es, en efecto, poderosísima; la mayor, seguramente, de las que me detienen á no escribir. Y siempre que lo hago, á empujones... Y, sin embargo, paradójicamente, el caso es, se lo juro, que nada de este mundo me gusta tanto como planear una novela, abocetarla y escribirla. Y luego, verla publicada...

—¿Le ha producido á usted mucho dinero su literatura?

—No mucho... A Dios gracias, me cuidó poco de este aspecto cuando de mis libros se trata. Comercialmente, me desvivo por defender una peseta, y gano cuanto necesito para vivir con holgura. Me ocupo en algunos negocios; entre otros, de una imprenta y librería. Estos son, claro, los que prefiero... Vea usted cómo de esta forma acabo por vivir de las letras: de las letras de plomo y de las escritas por los compañeros... Estos asuntos absorben mi atención y son mi pan y mi reposo. Por eso de los libros que escribo yo no hago nunca granjería... Trabajo sin prisas, honradamente, de modo que pueda sentirse satisfecha, de esta sinceridad, mi conciencia de escritor...

—¿No ha pensado usted en la conveniencia, para su vida literaria, de residir en Madrid?

—Eso mismo me han aconsejado, muchas veces, amigos y editores. Mas, ¿para qué residir en Madrid? ¿Para escribir novelas que tengan su acción en la Corte? Ya lo hacen otros muchos, ¿verdad? Además, en una novela, ese factor geográfico es secundario. Lo interesante es que una novela sea buena ó no lo sea... Y para serlo ó dejarlo de ser, lo mismo da que ocurra en el barrio de Salamanca que en un cortijo de Antequera... Aparte de que á la literatura de un país le conviene que sus escritores vayan dibujando sus modalidades y sus ambientes geográficos. En la elaboración de ese mapa literario-regional

de España—paisajes, costumbres, espíritu, diversos en cada región—han intervenido Pereda, por la Montaña; Blasco Ibáñez, por Valencia; D.^a Emilia, Valle Inclán, Fernández-Flórez, Pérez Lugín, por Galicia; Gabriel Miró, por Alicante; *Azorín*, Palacio Valdés, Ricardo León, Baroja, tantos otros... A la dispersión de objetivos, á la atracción de panoramas debemos precisamente páginas admirables... La Puerta del Sol ya está descrita por plumas de todos colores...

—Estoy de acuerdo con usted en ese aspecto de que el escenario de una novela nada dice en cuanto á su valor. Pero, sin embargo, ¿no cree usted que la residencia en Madrid favorece la expansión de la firma y de la obra?

—Sí... Es cierto—lamentablemente cierto—



El ilustre novelista González Anaya en su gabinete de trabajo
(Fot. Alvaro Sánchez)

que sólo á los escritores que viven en Madrid les es dado gozar de las «mieles de la celebridad». Es necesario ser un Pereda, que salva los escollos de las montañas y lanza su nombre sonoro á través del desvío de la crítica, para labrarse aquí en España una reputación, por modesta que sea. Hasta que Gabriel Miró no vino á vivir á Madrid, no comenzó á ser escritor conocido, nombre citado en las nomenclaturas de los tratadistas y los críticos. En provincias, López de Haro, gracias á su fecundidad y á otros méritos innegables, consigue hacerse con los colegas que visitan las Redacciones y las tertulias de Madrid. Será, tal vez, una excepción... Y, sin embargo, hay en provincias muchos escritores de mérito que trabajan sólo en las publicaciones de escaso radio del pueblo ó la capital en que viven. Y en Madrid nadie les conoce. Podría citar algunas docenas de nombres...

—Málaga, su tierra natal, tendrá hacia usted una gran estimación literaria, ¿verdad?

—Verá usted... En Málaga, yo soy el autor más leído de todos. Me consta..., en calidad de librero. Pero en la traducción de este aprecio pierdo un disparate. Usted sabe que en todas las traducciones pasa forzosamente lo mismo... Para los malagueños yo soy un librero más, un impresor más, un comerciante más, un ex alcalde más, si se terciá; pero sólo un vecino más. ¿Quiere usted un caso gráfico y expresivo? Mi gran amigo Enrique Cano, gobernador militar y alcalde de Málaga, ha inaugurado con feliz éxito en el Parque de la ciudad una biblioteca popular. Me habló de su proyecto con gran cariño; me consultó sobre autores y obras; me expresó su deseo de que los escritores malagueños estuviesen presentes con sus obras en la biblioteca... Y, en efecto, ha llevado versos y novelas de Salvador Rueda, de Ricardo León, de Arturo Reyes, de Narciso Díaz de Escovar... Pero libros míos, ni uno siquiera... Es que tal vez no sepa que hago novelas. Acaso el afecto, que es grande, haya borrado en su alma el tibio aprecio del autor. Bien es verdad que estoy ausente de la biblioteca de mis paisanos en la honrosísima compañía de dos prosistas malagueños, *El Solitario* y Relosillas, próceres del ingenio andaluz. Señalo el hecho sin disgusto, sin resentimiento siquiera, como un síntoma probatorio de la admiración de la tierra...

El hecho referido por González Anaya es de tal elocuencia que excluye todo comentario. Quede ahí, referido escuetamente, sin diatribas ni glosas, como un índice señalador del eco melancólico que la gloria literaria despierta, paradójicamente, en la tierra propia, donde debiera hallar el mejor lauro...

—Tiene usted—le digo ahora—una apariencia optimista, de hombre contento de su vida...

—Sí... En cuanto á la literatura, no me puedo quejar. Cada nueva novela acerca á mí un montón de satisfacciones. Mis libros se venden, á Dios gracias... Tengo siempre editores y demandas para editar, lo cual es grato al amor propio. Cuando publico algo, la crítica se ocupa de mí seriamente... Los amigos me elogian y hasta me echan piropos que me avergüenzan... Algunos se meten conmigo, lo que tampoco deja de tener su encanto. Pero después, vuelvo á mi concha; estoy sin publicar varios años y nadie se acuerda de mí. Los pobres provincianos... ¡Bah...!

—Y en usted—digo yo—no cabe suponer una competencia material, por lo de tarde en tarde que trabaja...

—Eso es... Yo no escribo artículos para los diarios ni cuentos para las publicaciones semanales, porque no me gusta escribirlos, y sólo quiero hacer novelas... De suerte que no le quito un bocado de pan á nadie...

Pero vuelvo á decirle que nada de eso atenúa mi hondo amor á las letras y á su cultivo. Nada tan lejos de mi modo de ver el arte como hacer de él un oficio y convertir al escritor en un jornalero. Trabajo por una afición que casi me atrevería á llamar «sagrada»... Por eso no me envanecen los elogios, ni me molestan las censuras, ni me acobardan los desvíos. Mi placer está en lo que escribo, no en lo que después pueda parecerles á los otros. Recuerdo, á propósito de esto, lo que Apolo Délfico escribió en una carta á Miguel de Cervantes en el *Viaje al Parnaso*. Al hablar de algunos poetas no citados por Cervantes en sus tercetos famosísimos, decía, ante las quejas de aquellos vates, «que el remedio de este daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras; que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas...»

José MONTERO ALONSO

Motivos andaluces

SUERTE

Destila de las coplas esa ciencia que sólo da el vivir intensamente; sufrir con desconsuelo miserable, henchir de gozo el corazón ardiente.

Todo un pueblo que pasa por la vida como una caravana de gitanos —que tan pronto llegó como se marcha— dice su pena y sus deseos vanos.

¿Y qué pauta nos deja? ¿La inocencia? No será, que la acecha ese milano de la traición. ¿Constancia, sacrificio? Olvido, ingratitud, eso es lo humano.

¿Ciencia? Se ríen de ella los cantares. ¿Bondad? Más que ella, la perfidia es fuerte. ¿Qué habrá, cantar, para gozar la vida? ¿Cuál es el don para alejar la muerte? Y te contestan los cantares: Suerte.

UNA BAILAORA

Bajo la bailaora —revuelo de volantes encarnados— hay una ardiente hoguera que no vemos y que tiene su cuerpo abrasado. Sin duda, sus pies taconeán porque pisan sobre las brasas; el calor, agarrado á su carne, tuerce su boca, enturbia su mirada. Una lengua de fuego, alta, sabia y lenta, va ciñendo sus piernas—se crisan y patalean—; sube, envuelve su cuerpo, ígnea, tacteando: se retuerce más ella, que la lumbre viva dentro la ha entrado. Las entrañas á fuego, los brazos flamean, la cintura se enrosca y desenrosca y los pies chisporrotean.

COPLAS

Coplas: para todo sirven menos para ser lección. Sirven para olvido, ausencia, amor, celos ó ilusión.

Están hechas de experiencia y cada una es una vida gastada de desengaños y por el dolor roída.

Quien hizo coplas, las hizo para enseñar á evitar que los que detrás viniesen pensasen con su penar.

Y nada.

Nuevos amantes cantan los viejos cantares y lloran las mismas lágrimas por celos y por achares. Y la experiencia fracasa y es el consejo perdido, que cada vivir es nuevo y antes, para él, nada ha habido.

Sirven para olvido, ausencia, amoríos ó ilusión, desengaños y ternezas, placer, risa y aflicción. Coplas: para todo sirven menos para ser lección.

MANZANILLA

Bajo el emparrado se detiene la jaca; el jinete está envuelto en la luz verde y dorada. Secándose el sudor pide:—¡Mocita, agua!

Y sale la mocita pequeña y prieta: los ojos, azules, de tan negros; la carita de almendra.

—¿Agua?—pregunta sin creerlo—. ¿Va osté á regá alguna maseta? —Agua. —Tenemo mansanilla de pasto, de las venas der sol, su propia sangre. —He jurao no beber. Trae agua [fresca.

El caballo está espumado de blanca espuma babosa, y se serena su fuego al abrigo de la sombra. Palmoteo de la niña sobre las ancas nerviosas; gesto triste del jinete y la mirada llorosa.

—Para entender la vida eres tú muy nueva; no sabes á qué sabe el amor, no sabes á qué sabe la pena. Por una caña de más se pierde una prenda; por un poco de vino á la compañera. ¡Manzanilla traidora! ¡Bebedizo en la juerga,

que todo lo cambia con la borrachera! Bien feliz entré en la noche aquella, y la luz del alba me borró mi estrella.

El altar de mi cariño lo tiré por tierra, y como que lo tiré, por el suelo rueda.

Y ahora busco volver á aquel [día; no encuentro la senda. Corro, y cuanto más corro, más se aleja.

Ademán de la mocita; el jinete la detiene. —Trae manzanilla, que quiero beberme mi mala suerte; que el vino me hará acordarme de aquella noche de hieles, y aunque es sufrir recordar, pa mí esos males son bienes. Bebiendo vuelve el pasado, bebiendo se retrocede, y como nada consigo yendo alante, me conviene.

Todavía eres muy nueva y por eso no me entiendes.

Ya se va el jinete, ya vuela su jaca; camino sin objeto, vida sin esperanza.

¡Su sed no la quitan ni el vino ni el agua! Para el que ha perdido aquello que amaba, volver al *ayer* es hallar su alma.

¡Las horas, que no hubieran existido,

ó poder borrarlas!...

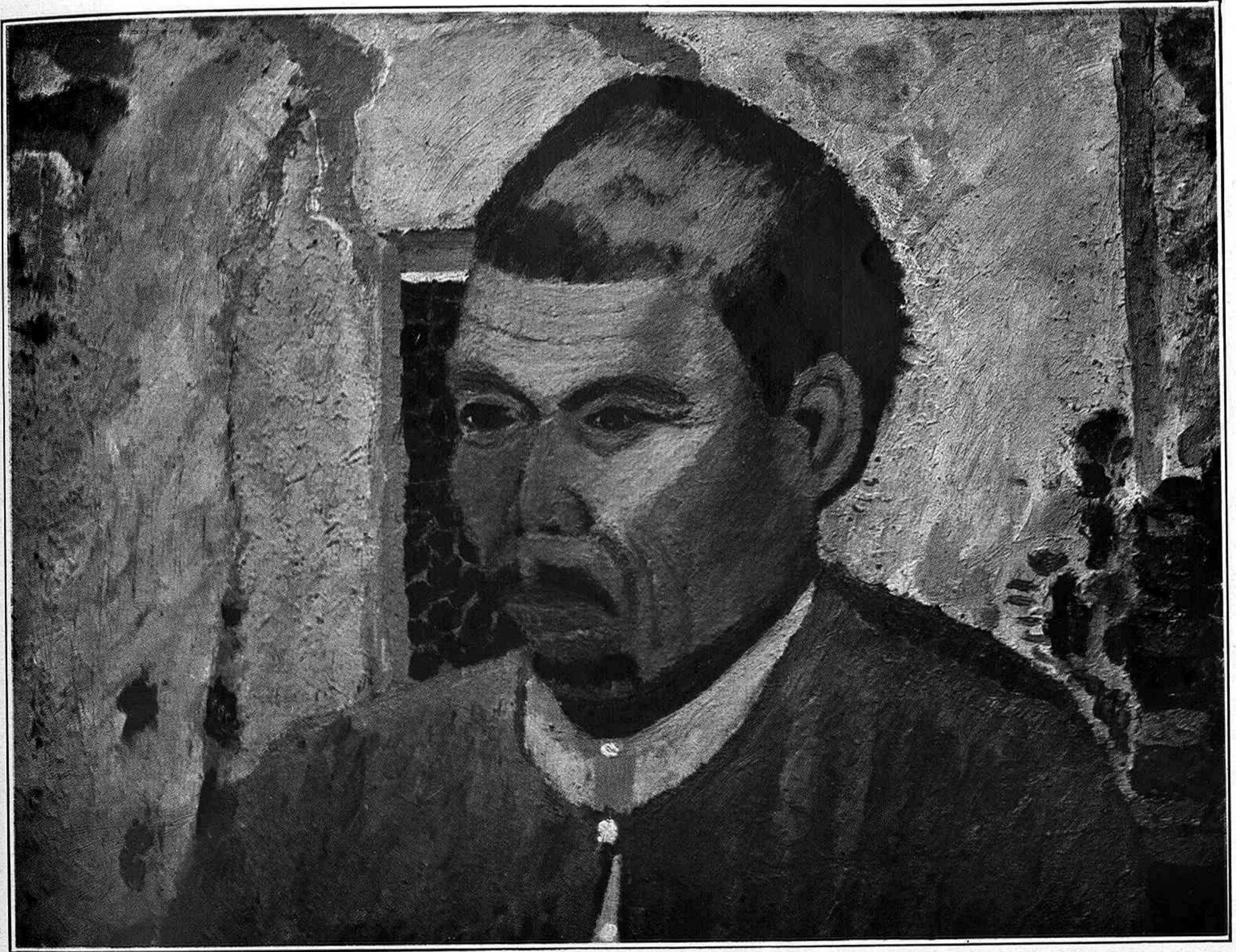
Jinete que corres, pena que te embriagas; no vuelve el *ayer*, sólo hay el *mañana*.

¡Mañana!... Cada vez más lejos de lo que buscabas.

TOMÁS BORRAS



LAURA DE SANTELMO
Gran bailarina española, de fama mundial



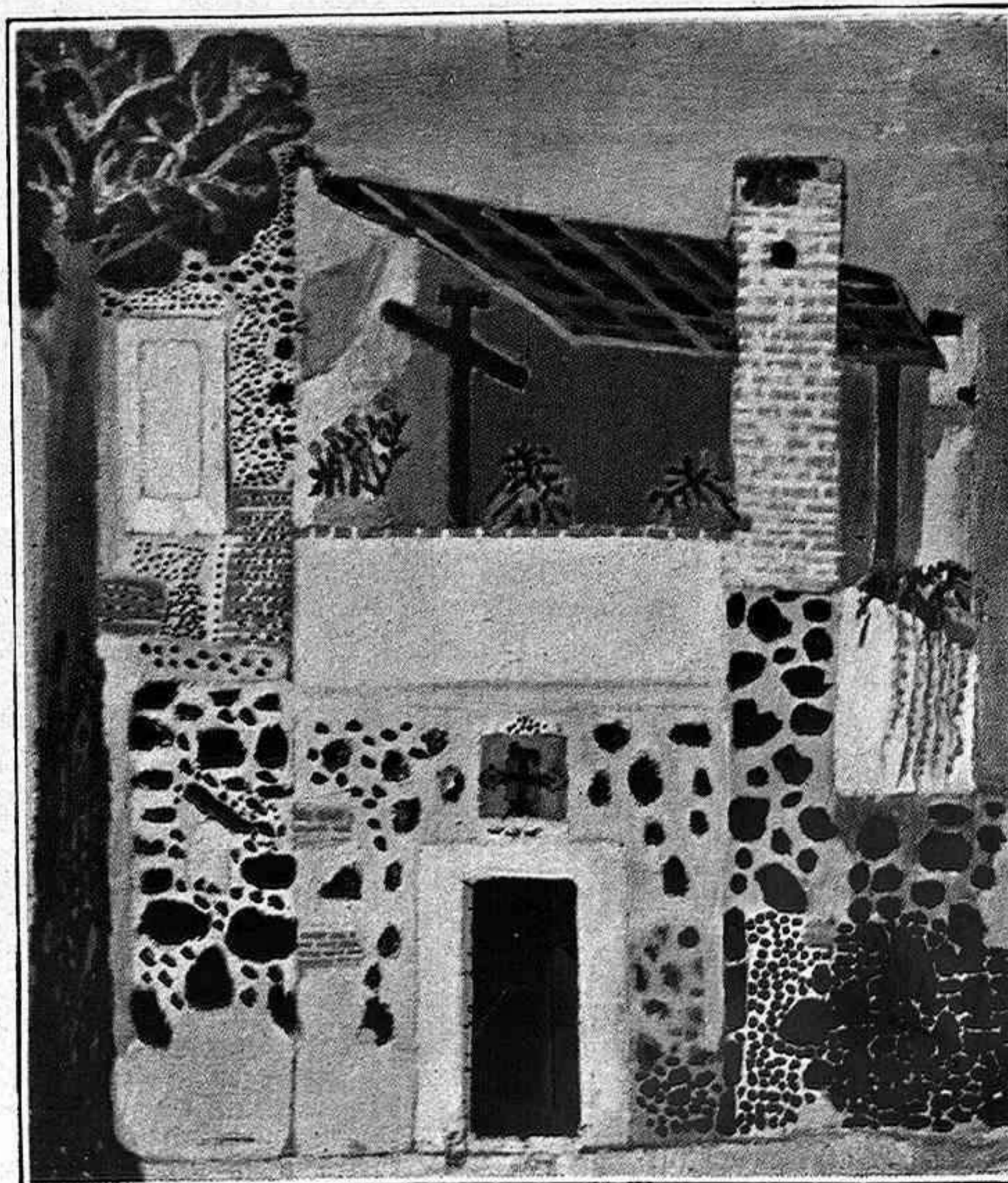
«Tipo indígena», cuadro de Jacoba Rojas

EL ARTE HISPANOAMERICANO

I

COMENZÓ el año para la vida artística madrileña con una auroral gracia de promesas renovadoras: la exposición de pinturas traídas á Europa por el director de la Escuela de Bellas Artes de México, Alfredo Ramos Martínez. Estas pinturas son hechas espontánea y sinceramente por niños y adolescentes que afrontan el color y la forma de los seres y de la Naturaleza en toda la pura sencillez de sus primeras visiones. Cada día se sitúan rostro al paisaje, y las figuras, como en un juego más, uno de esos juegos que empiezan á enseriar el alma de los niños y les hace posibles los milagros y asequibles los productos de la fantasía.

Diríase que en todos y cada uno de ellos ha reencarnado aquel sumiso fervor, aquella entusiasta confianza que sienten por *Peter Pan* los niños



LA JOVEN PINTURA MEXICANA

confinados en la Isla de Nunca Jamás, la deliciosa creación de Barrie. Es así cómo los niños mexicanos realizan su obra, bajo la dulce sugestión de que nada de cuanto al arte de copiar lo que los ojos ven es difícil y se niega á quien lo encuentra bello. Es así, alegremente optimistas por el influjo persuasivo del maestro, cómo los niños mexicanos consiguen emparentar sus creaciones, brotadas ingenuamente, sin malicia ni experiencia, con las de artistas supercivilizados, envejecidos y consumidos por el ansia de recobrar aquella ingenuidad primitiva y remota.

Tan curioso resulta este parentesco entre unos chiquillos indígenas—nacidos de la tierra donde siglos estuvieron enterrados los testimonios impercederos del esplendor azteca—, á quienes se descubre el valor espiritual y plástico de los seres

«Casa en Churubusco», cuadro original de Armando González

percederos del esplendor azteca—, á quienes se descubre el valor espiritual y plástico de los seres



«La niña y la rosa», por Jacoba Rojas

y de las cosas cotidianas, y unos artistas hábiles en la simulación—sincera ó no—de candores por exceso de picardía profesional, que puede suponerse al principio demasiado intervencionista la acción del profesor.

Especialmente á los otros profesores obstinados en un arcaico concepto de la misión educativa. A los que suponen preciso invalidar desde los primeros instantes la libre inspiración y el primigenio impulso de la infantilidad destinada á cuajarse en condición estética fundamental.

Para esta laya de educadores artísticos, el concepto de la enseñanza se basa en una sumisión del discípulo al criterio del maestro; en hacer de frescos y puros instintos, rancios y gregarios prejuicios; en imponer, apenas el muchacho busca auxilio para los simples obstáculos de oficio, de técnica fácilmente enseñables, su estilo y su manera derivados de otros estilos y maneras que á su vez fueron recogidos de sucesivas imposiciones escolásticas entre los fríos muros de la enseñanza oficial.

Y era lógico, situándose en ese erróneo y, por fortuna, ya socavado principio de enseñanza artística, suponer que á los niños mexicanos se les imponía un sistema de modernidad forzosa, de estilizaciones y síntesis recogidas de las nuevas tendencias; que se aprovechaba la inconsciencia infantil y la maleable blandura de los temperamentos impolutos para justificar precisamente de virginal simplicidad gran parte de la pintura postimpresionista francesa y expresionista alemana.

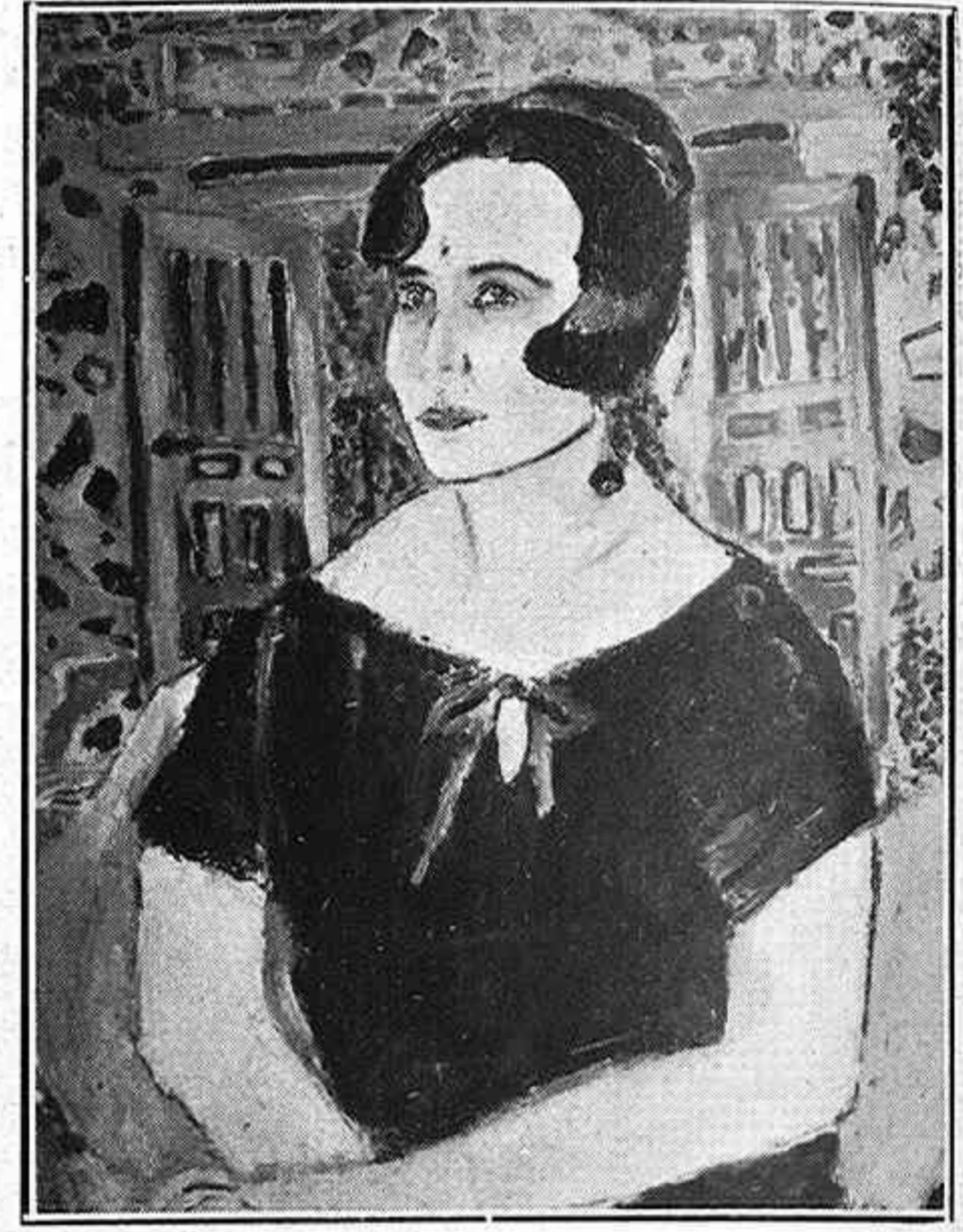
Nada, sin embargo, menos cierto. Alfredo Ramos Martínez, este hombre destinado á signi-

ficar en el renaciente prodigio de la pintura mexicana el respeto al autodidactismo como la más fecunda norma educacional, procede de muy distinta manera.

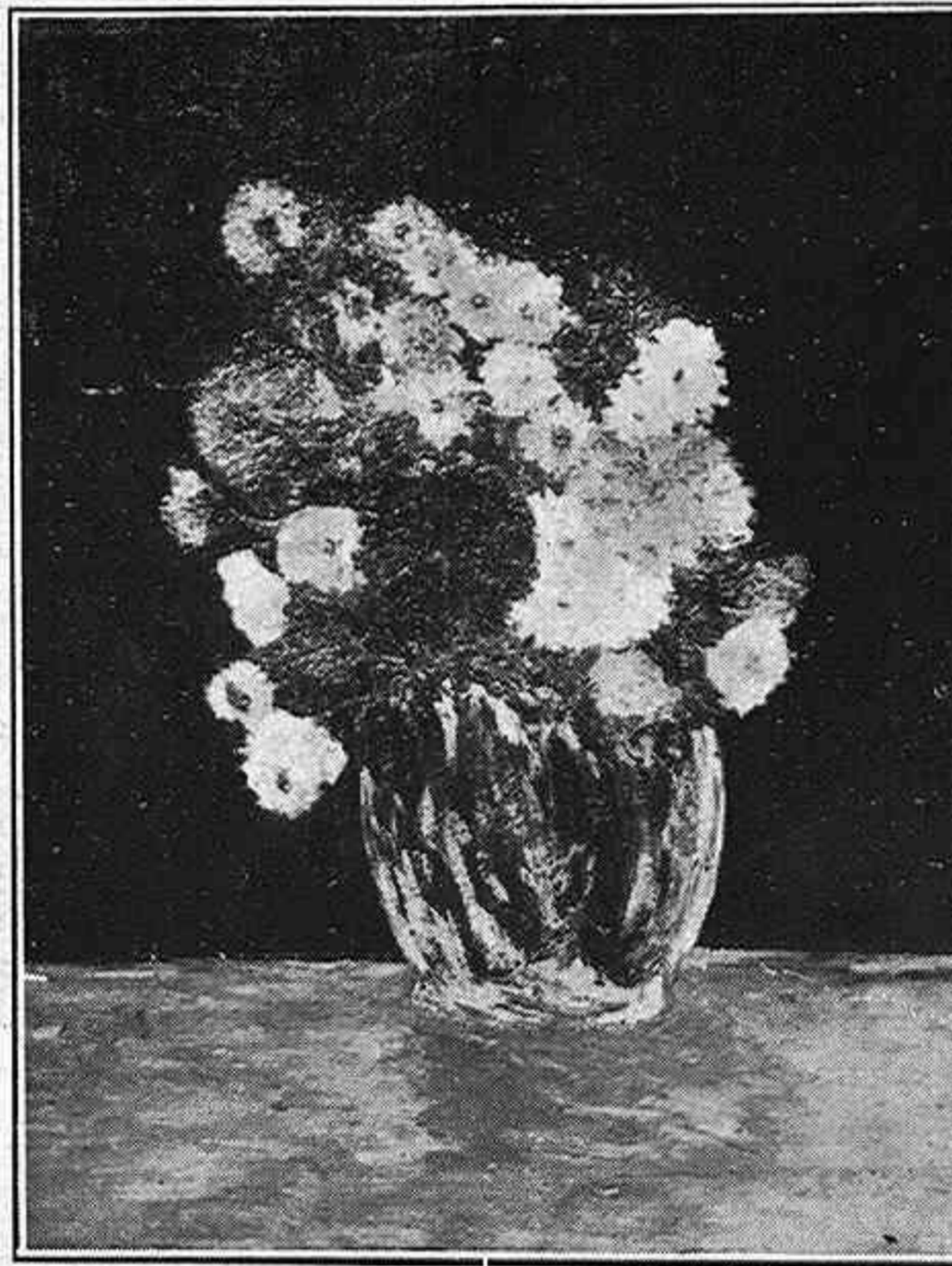
En artículos, en conferencias, en conversaciones particulares explica la natural actitud de su enseñanza. Una frase la resume bien: «Por lo general, el maestro se coloca entre el discípulo y la Naturaleza. Yo me sitúo detrás del discípulo.»

He aquí el secreto de lo que da tan óptimos resultados. Lejos de aplicar á cuantos fían en él, para sentirse confortados y acompañados en la revelación visual y sensorial de la vida, un sistema de advertencias prohibitivas, observa á cada cual y le sigue con el fervor del botánico que cuida el crecimiento y desarrollo de las plantas, cuyo misterio conoce y cuya formación venera.

Ramos Martínez, incluso, abandona su labor personal, desatiende, á favor de la dulce contemplación de los milagros infantiles, su tarea propia, para la que está indudablemente capacitado. También en esto se diferencia del prototipo del maestro academizante y ególatra que no sólo procura se trasluzca demasiado en las obras de sus discípulos la de él por rasgos, temas, gamas comunes, sino que la exhibe como ejemplo y vanidoso contraste de las incipiencias humildes y sometidas.



«Retrato», por Margarita Torres Martínez



«Flores», óleo de Juana de la Cadena

Ramos Martínez se da por entero al gozo de olvidar cuanto aprendió, para aprender de nuevo en la observación directa y jugosa de sus aprendices libres.

«Hay que formar la Escuela de Acción—ha di-

cho—La nombro así porque el alumno sigue sus propias inclinaciones y trabaja con entusiasmas amor y alegría.

«Existen dos clases de alumnos: *activos* y *pasivos*. Los activos son los que piensan é interpretan por sí mismos, mientras que los pasivos esperan que el profesor les sugiera el modo de ver, de pensar y de traducir la Naturaleza.

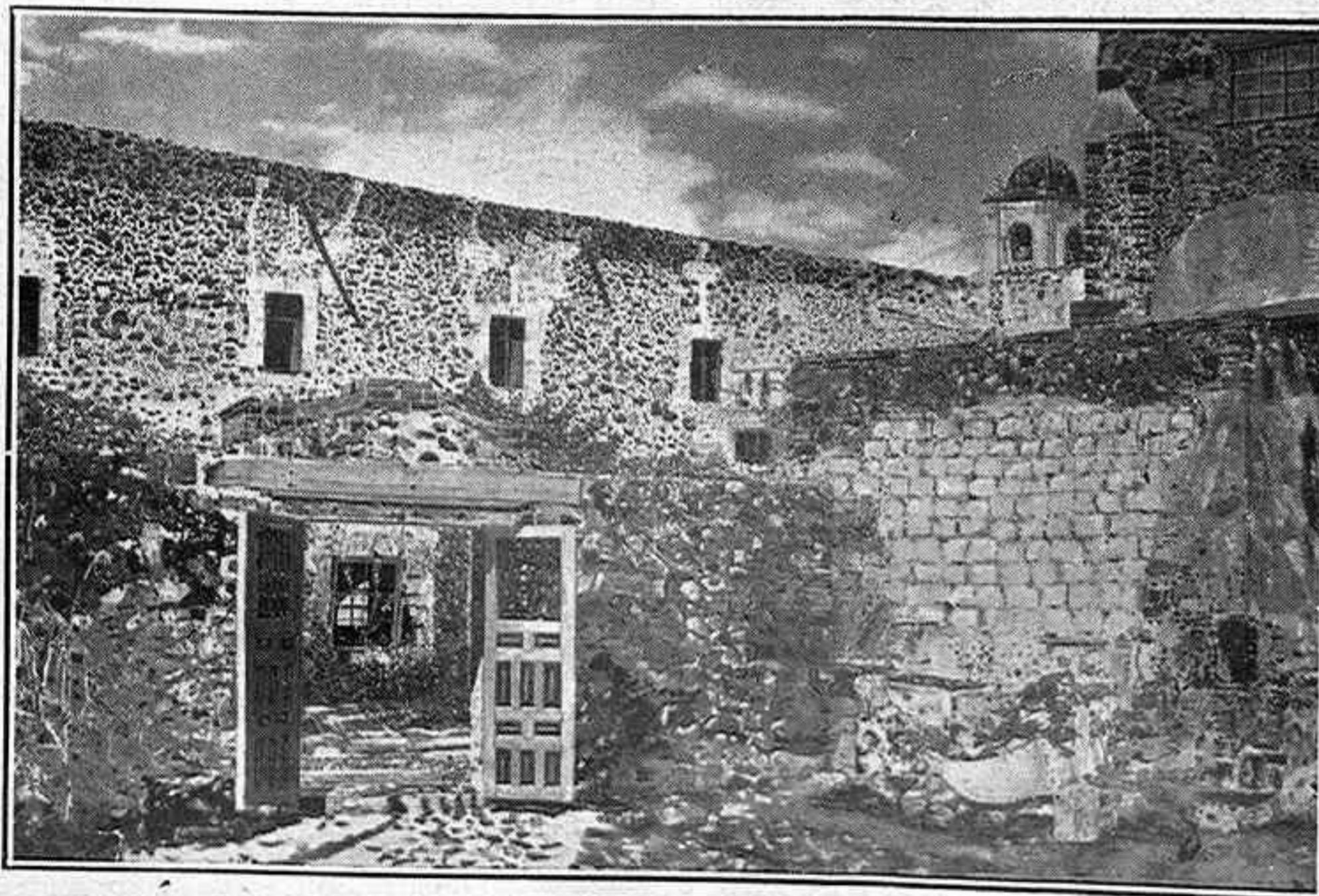
«Los primeros ponen en juego toda su actividad, prueban sus iniciativas, adquieren la manera de ver personal en virtud de un esfuerzo propio. Los otros están irremisiblemente perdidos. No pueden ver ni sentir. Una especie de velo, tejido con prejuicios y reglas, se interpone entre ellos, y no les permite siquiera comprender la verdad.

«Los niños de México obran como alumnos activos. Trabajan tranquila y libremente en sitios poco frecuentados, alejados de toda influencia externa, y de este modo ponen su energía propia en fecunda actividad.

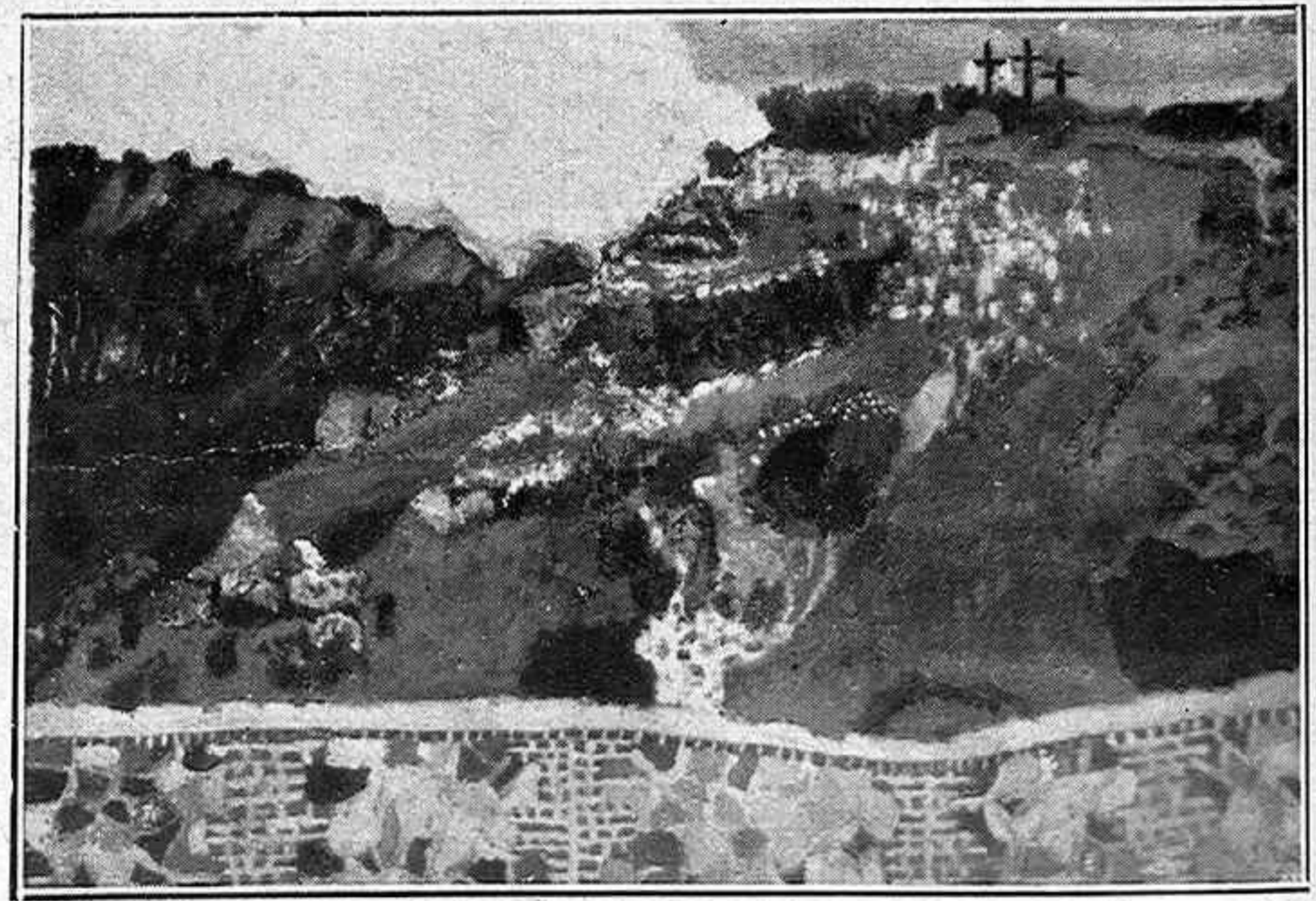
«Se suponen que están especialmente dotados para las bellas artes, y que nuestro método no podría aplicarse con igual éxito á los niños de otra raza. Nada más equivocado. Todos los niños del mundo son iguales, y los que tengan vocación artística harán maravillas, sean de donde fueren (con tal de que no se les desvíe de su inclinación natural).»

Ciertamente. En España hay alguien que puede testificar algo de esto por su propia experiencia: Víctor Masriera.

Primero en colaboración de su esposa, la malograda artista Ramona Vidiella; luego solo, en una doble soledad que agravaba el dolor afecti-



«Un patio de Churubusco», cuadro de Manuel Villarreal



«En la villa de Guadalupe», óleo de M. Hidalgo

vo y la indiferencia oficial, Víctor Masriera fue realizando su labor proselitista, encauzada por ese mismo criterio de interés y respeto hacia las facultades infantiles que informa el sistema pedagógico-artístico de Ramos Martínez. Si á Víctor Masriera se le hubiese prestado atención y ayuda por parte del Estado y de la crítica cuando comenzó, hace más de quince años, á concretar sus iniciativas, la Exposición de la Joven Pintura Mexicana, sin perder ninguna de sus características positivas, habría producido menos sorpresa y menos incredulidad en el público.

II

Cuanto se exhibió durante más de un mes en el Museo de Arte Moderno, como selecta muestra de la pintura infantil y adolescente mexicana, procedía de diversas escuelas al aire libre esparcidas por el territorio de esta nación.

Son, hasta ahora, seis escuelas, unidas por el nexo espiritual de la orientación originaria; pero que funcionan autónomas y encomendadas á profesores jóvenes por la edad y por el sentimiento estético: la de Churubusco, primera que se fundó, y que continúa dirigiendo su fundador, Ramos Martínez; la de Xochimilco, que dirige Rafael Vera de Córdoba; la de Tlalpam, á cargo de Francisco Díaz de León; la de Guadalupe Hidalgo, á cargo de Fermín Revueltas; la de La Viga, que regenta Joaquín Claussel, y la de San Angel, donde actúa Gonzalo Argüelles.

De estas dos últimas, creadas durante el viaje de Ramos Martínez por Europa, no figuraron obras en las sucesivas exhibiciones de París, Berlín y Madrid; pero es lógico suponer salgan de ellas, en lo futuro, artistas del valor de Jacoba Rojas, Alfonso Martínez, Ricardo Jiménez, Atanasio Monroy, Luis Flamenco, Carlota Toussaint, Luis Martínez, Manuel Villarreal, Margarita To-

rres y tantos otros como sorprendían por sus acusados rasgos de inconfundible personalidad en la gracia espontánea y feliz de las obras.

Todos los cuadros, todas las acuarelas, dibujos y grabados en madera tenían el sello profundamente étnico; pero á partir de él, como las ramas del tronco nutrizmente poderoso, cada joven artista se independizaba en la libérrima expresión de lo visto y de lo sentido.

Paisajes, retratos, naturalezas en silencio, floreros, tipos populares, siluetas arquitectónicas, fantasías decorativas, eran resueltos con una feliz confianza en los propios recursos con una alegre seguridad de no equivocarse, que es precisamente lo que suelen marchitar prematuramente los fríos consejos de las antiguas preceptivas.

Tiempo habrá de coincidir la otra enseñanza de museos, academias y teorizantes añadidos a ímpetu primerizo. Ocasiones no habrán de faltar para que este admirable candor se razone y tenga conciencia de sí mismo.

Por de pronto, bien están las perspectivas arbitrarias y los esquemáticos atisbos y los pacienzudos retoques. Un alma nueva y un brío cantarín van por las líneas y los colores con esas mismas enternecedoras alegría y fe que impulsa á los rapaces humildes, pobremente vestidos, cargados con sus caballetes, bastidores, cajas y pinceles cada mañana hacia la campiña natal, con unas pupilas codiciosas de belleza infinita.

III

Si la Exposición de la Joven Pintura mexicana ha servido para que se piense algo sobre los errores remediabiles de la pedagogía artística en Europa, también hay que reconocer ha dado lugar á la aparición concatenada de otros errores nuevos.

El más torpe é inadmisibile, el de anteponer

esa producción encantadora de chiquillos vivaces, de adolescentes capaces, á la pintura española contemporánea. No han faltado, pues, quienes, procurando aprovecharse de la ocasión, han creído llegado el momento de destruir todo lo que no esté dentro de su trayectoria ideológica ó del límite de sus facultades individuales, haciendo tabla rasa de cuanto representa hoy la pintura española en el mundo.

Ello es trivial y triste. Los pintores españoles dignos de tal nombre, por tradición y por valor propio, universalmente reconocido, sin sumisiones á bogas extranjeras ni malabarismos ocasionales, mal pueden ser desdeñados con motivo de la simpática revelación de las Escuelas al aire libre en México.

Como tampoco—y aquí el otro error, nacido peligroso para el cabal conocimiento de la realidad é imputable, claro es, á la gran masa del público—la pintura mexicana es esta simpática manifestación ortal.

México tiene hoy día un grupo de artistas ya formados, que cuenta en la sensibilidad moderna. Pintores de la valía de Diego Ribera, Roberto Montenegro, Angel Zárraga, José Clemente Orozco, Doctor Atl, Covarrubias, Fernández Ledesma, y los citados anteriormente como profesores de la mocedad.

Sería muy oportuno celebrar en Madrid una exposición de sus obras, para que se comprendiese entonces la cabal y poderosa magnificencia de la pintura mexicana. Porque los niños, cuyo arte naciente se cuida de no desvirtuar, responden, sin saberlo, sin proponérselo, á la honda virtualidad emotiva, á la remota ancestralía estética que los maestros, llegados hoy á la madurez en la atmósfera tutelar de un país y de sus muertos, han expresado ya con rasgos perdurables y ejemplares.

José FRANCES



Los niños alumnos de la Escuela de Ramos Martínez, dirigiéndose al campo donde tienen establecido un taller bajo la libre cúpula celeste



«El antiguo triángulo», dibujo original de Ximénez Herráiz

El Carnaval restablece el eterno triángulo de la comedieta italiana y de los amores frívolos: Pierrot, Arlequín y Colombina. Danzan, mienten, se engañan, se ilusionan y sufren un poquito para pretexto de estampas, poemas y diálogos de un nostálgico y pretérito sentimentalismo muy fin de siglo XIX. Hoy, en realidad, Colombina, Pierrot y Arlequín están muy lejos de ser como la vieron los espectadores de la comedieta italiana ó de como todavía la imaginaba el buen pierrot de cabellos blancos, aquel Adolfo Willette, que al morir se llevó la alegría pura de Montmartre

LAS ESQUIADORAS

EN GUADARRAMA



He aquí un lindo equipo constituido por cuatro deliciosas muchachas á quienes no arredran las fatigas y los peligros de la subida al puerto de Navacerrada con esquis, y del descenso vertiginoso por a carretera convertida

en pista ideal.—En la fotografía inferior ha sido sorprendida otra intrépida esquiadora en el momento poco grato de la caída, aceptado, sin embargo, con sonriente optimismo

(Fots. Ortiz)



LA mujer madrileña ha conquistado la Sierra. En las madrugadas de los domingos, cuando aún está la ciudad envuelta en penumbra y en melancolía

invernales, las hijas y las nietas de aquellas mujeres que, en los domingos del siglo pasado, se levantaban á mediodía para pasear, de una á dos, por la acera de

las Calatravas y llegar, todo lo más, hasta la plaza de Colón, asaltan el primer tren de Cercedilla, con sus morrales á la espalda, su indumentaria alpina, y una gran provisión de salud y de fuerza para arrostrar, alegremente, el frío y la fatiga...

Luego, en Navacerrada, calzados los esquís, se dispersan los grupos de muchachas buscando sobre la nieve pistas propicias. A lo lejos, los jerseys y los chalecos amarillos, verdes, rojos, ponen notas de color sobre la blancura de las vertientes nevadas, y los ecos de la montaña recogen claras voces y sonoras risas.

La esquiadora realiza el ideal perfecto del feminismo: es una mujercita libre, que al afianzar bajo sus pies los patines se emancipa instantáneamente de toda tutela, va sola por los caminos de la montaña, no teme á nadie ni á nada, y si cae sobre la nieve helada, ríe del dolor que en la ciudad la haría llorar.

En las fotografías que ilustran estas planas, aparecen algunas de las más notables deportistas madrileñas de la nieve. Fué tomada esta información el tercer domingo de Febrero, durante la carrera femenina de esquís organizada por el Club Alpino Español.

El resultado de esta prueba, muy dura por hallarse la nieve helada y ser difícil dominar los esquís, fué el siguiente:

1.^a, Clementina de la Peña; 2.^a, Elena de Potestad; 3.^a, María Josefa Tordesilla; 4.^a, Pilar Bastos; 5.^a, Angeles Serrano.

En toda la carrera dominó la señorita Peña, excelente esquiadora, seguida muy de cerca por Elenita Potestad y María Josefa Tordesilla.

A la derecha, en la fotografía, la señorita Clementina de la Peña, ganadora de la carrera femenina organizada por el Club Alpino Español. A la izquierda, la señorita Elena de Potestad, que se clasificó en segundo lugar, á cortísima distancia de la señorita Peña. Al fondo, el puerto de Navacerrada, el Hotel, los andenes del Tranvía eléctrico y los edificios del Club Alpino y de la Sociedad Peñalara

(Fots. Ortiz y J. L.)





LA FAVORITA DEL «BOULEVARD»

Mademoiselle Edmonde Guy, dueña, en el más alto grado, de la belleza y la gracia parisienses, únicas en el mundo. Con tales dotes y un gran talento de actriz, la señorita Guy, «vedette» del Casino de París, ha llegado á ser la reina de ese pueblo cosmopolita, inquieto y prodigioso que se llama el «Boulevard»

(Fot. Manuel Frères)



Las hermanas Mary y Marjie Twins, nuevas estrellas cinematográficas. Hermanas gemelas, estas dos artistas tienen tan extraordina-

rio parecido físico que sus pretendientes las confunden y se ven, por ello, en graves apuros

(Fot. Ortiz)

CINEMATOGRAFÍA

EL DESQUITE DE MUCHOS PAPELES DE TRAIADOR

Roy D'Arcy era un excelente actor caracterizado, hasta ahora, por su acierto en la interpretación de tipos que se llevaban, necesariamente, la antipatía del público. Roy D'Arcy ha sido, en una y otra película, el traidor, el que arteramente se opone al amor y al triunfo de los buenos... Pero pronto este actor aparecerá en una cinta con un papel más noble, más simpático para el público. Será un papel distinto al que casi siempre ha tenido que interpretar...

En esta nueva película, que no tiene aún título, se evoca un interesante episodio de las guerras entre los franceses que se establecieron al Sur de los Estados Unidos y los indios que poblaban aquel territorio. Roy D'Arcy es, en esta cinta, un simpático oficial del Ejército francés. Usa un uniforme brillante, una bella peluca empolvada; gusta del rapé, y en su mano brilla un magnífico espadín... Toda una caracterización para desquitarse, en el impresionable ánimo del público, de las antipatías anteriores...

CARRERAS DE GALGOS

En los estudios de California goza de un gran

favor entre los artistas cinematográficos un nuevo deporte que, á juzgar por la afición de que es seguido, se convertirá en el pasatiempo preferido de cuantos lo cultivan. Queremos referirnos á las carreras de galgos.

Estas carreras eran ya conocidas en algunos Estados de Norteamérica. Pero no habían penetrado aún en los ambientes de la cinematografía.

Recientemente se celebraron las primeras carreras de galgos en los estudios de la Metro-Goldwin. Los vencedores fueron dos magníficos ejemplares: Swish, perteneciente á Clarence Brown, llegado en primer lugar, y Fast, perteneciente á Robert Z. Leonard, que obtuvo el segundo premio.

Entre los artistas que habían presentado galgos al concurso figuraban Paulina Ztarke, con su perro Zip; John Gilbert, con Dan Patch; Claire Windsor, con Pal; Lon Chaney, con Unhely, y Marión Davies, con Taxi.

¿VUELVE LA BERTINI?

Francesca Bertini... Y al conjuro de este nombre, un recuerdo y una sensación de actitudes lentas, de aristocráticas languideces, de dramáticas

pasiones, de besos prolongados en una sed de amor y de muerte. El *film* italiano—lento, romántico—surge en contraposición al *film* norteamericano de ahora, vertiginoso y audaz. El nombre de la actriz italiana evoca un momento cinematográfico distante. Todos veíamos á Francesca Bertini retirada definitivamente de la escena. Y he aquí que, imprevisamente, vemos en un periódico extranjero á la artista retratada con Juan Angelo, un galán cinematográfico con el que va á interpretar una nueva cinta. ¿Hallará confirmación esto? ¿Vuelve la Bertini?... Dejemos, temblando en el tiempo, esta interrogación...

EL DIVORCIO DE CHARLOT

El divorcio de Charlie Chaplin ha adquirido rápidamente una celebridad mundial. Ahora el actor popularísimo se halla en Nueva York, en casa de su abogado, en espera del día en que pueda demostrar la razón que le asiste. Charlot ha dicho al único periodista que le ha logrado ver:

—Confío en que se me hará justicia. Desmienta del modo más terminante todas las acusaciones de vida irregular que mi mujer me ha dirigido. He esperado tranquilo, durante quince



Los más bellos rostros del Teatro del Silencio: Margarita Morris, estrell de la Paramount

días, en *Beverly Hills*, á que ella entablase la demanda de divorcio; pero ha tenido buen cuidado de no hacerlo entonces, esperando para empezar su acción á que yo me hubiera marchado de California. Rechazo del mismo modo las afirmaciones que han hecho sus abogados valuando caprichosamente mi fortuna personal. ¿Tres millones de dólares?... ¡Estaría encantado con que

fuese una cuarta parte!... Todo esto es, desde luego, obra de la familia de mi mujer, que quiere el dinero, no los niños. Por eso á ella no la culpo ni le guardo rencor...

Luego, el gran artista ha dicho:

—Desde luego, pienso defenderme en el proceso, destruir las burdas redes en que intentan envolverme. Yo no soy ese monstruo de livian-

dad que afirman... Luego... ¡ya veremos!... Yo no creo á mi mujer tan obstinada que después de demostrar mi inocencia...

Así ha hablado de su divorcio Charlot. Y en sus últimas palabras ha dejado adivinar lo nada extraño que sería que, después de esta interrupción de ahora, el amor volviera á unir las dos vidas...



Una de las más bellas fotografías de Pola Negri

Las grandes figuras de la pantalla

Pola Negri y el drama de su vida

(CONCLUSIÓN)

EN HOLLYWOOD

HOLLYWOOD! ¡Ciudad de los ensueños, de las ilusiones rotas y de las esperanzas truncadas! ¡Ciudad de los contrastes, que lo mismo hace millonarios y artistas famosos que sepulta en la miseria y la obscuridad á los que un día fueron grandes! ¡Ciudad milagrera, en la que los príncipes se hacen pastores y los pastores llegan á príncipes de leyenda! Múltiple, generosa, inhospitalaria, amante y amada, y, como todos los amantes y todos los amados, egoísta, cruel con todos menos con los preferidos de su corazón. Esta fué la ciudad que recibió á Pola Negri con gesto hostil, como se recibe á un intruso que viene á usurparnos algo de nuestra felicidad. La artista sintió instintivamente el frío de la ciudad y pagó en la misma moneda; ambas se fueron hostiles los primeros días. Mas poco á poco, al irse compenetrando y ver que no eran enemigas, sino que se complementaban, la ciudad y la artista se fueron haciendo buenas amigas, y hoy es el día en que Pola Negri y Hollywood son inseparables.

Esto, más que nada, se explica comprendien-

do la gran diferencia que existió entre el recibimiento que Nueva York hizo á Pola Negri y el que le dispensó Hollywood.

—Nueva York me acogió con los brazos abiertos—declara Pola Negri—. Salieron á recibirme una multitud de periodistas y gran número de personas prominentes, que ocupaban un remolcador en el que ondeaba una gran bandera con la inscripción «Bienvenida, Pola Negri». La orquesta tocó una serenata, y el público me esperaba en el muelle para aplaudirme al desembarcar. Mi película *Pasión*, exhibida hacía poco, me había ganado todos aquellos admiradores. Durante varias semanas fuí objeto de innumerables festejos que se organizaban en mi honor. La gran ciudad, la ciudad más poderosa del mundo, la ciudad industrial por excelencia, que domina los destinos de los pueblos del Viejo Continente con sus finanzas, que tiene los edificios más altos del mundo y es capaz de hacer y deshacer la gloria y la fortuna de cualquiera, fué la ciudad hospitalaria que llenó mi corazón de alegría y me hizo olvidar pasados sinsabores.

Por el contrario, Hollywood, tal vez por celos de la extranjera que pretendía arrebatar un poco de gloria á los que con tanto esfuerzo la habían conquistado, se inquietó por la presencia de Pola Negri. La crítica mordió cuanto pudo los talones de la artista. La artista, en cambio, contestó con su olímpico desprecio, agravando aún más la desavenencia que existía. Los automóviles fastuosos de la artista; sus trajes lujosos; sus joyas de una riqueza *insultante*, como algu en dijo, no fueron del agrado de Hollywood. Y aun después de impresionar varias obras, pasó algún

tiempo antes de que la ciudad y la artista llegasen á comprenderse y á amarse.

Y es que Hollywood solamente se rinde al mérito, pero el mérito *probado*. La fama que viene de fuera no es reconocida hasta que las obras creadas en el mismo Hollywood dan derecho á una evidente preferencia. Esperó, pues, Hollywood los resultados de los primeros trabajos de Pola Negri; avarienta en sus aplausos, no quiso conceder ninguno hasta que la artista se los arrebató. *La Española*, *Hombres*, *La Hechicera*, *El Paraíso prohibido*, conquistaron á Hollywood. Al fin, el aplauso unánime premió los esfuerzos de la gran artista.

El optimismo de la juventud americana hizo que Pola cambiase algo sus concepciones respecto al arte. Antes creía que solamente el drama intenso, la tragedia con todas sus emociones era digna de la escena. Poco á poco se fué familiarizando con la sana alegría de la película americana, de la *feliz conclusión*, de la recompensa merecida, de todo eso que es trabajo, democracia y fuerza arrolladora. Y tanto se llegó á compenetrar Pola con esos ideales americanos, que compró una casa en Hollywood, se hizo ciudadana americana y ha decidido hacer de la ciudad del cine la residencia de toda su vida, llegando á ser una de las figuras más importantes de aquella sociedad y una de las deportistas más temibles en tennis, polo, *golf* y equitación. Y, sobre todo, una de las primeras figuras de la pantalla, pues Pola Negri, á pesar de todo lo que se diga de su *temperamento*, es una artista asidua en su trabajo, exacta en el cumplimiento de su deber y que sabe sacrificarlo todo á su arte.



El secreto del encanto de Pola Negri es su gracia.

En cada uno de sus movimientos y de sus gestos; en la expresión de cualquiera de sus emociones, hay naturalidad sin cálculo, sin nada que revele artificio, y esa es la característica de la personalidad de esta artista.

Pola puede llorar, reír, expresar una emoción con más sinceridad que cualquiera otra artista de la pantalla. Al entrar en un salón, Pola acapara la atención de cuantas gentes hay en él. Y es que en la personalidad de la Negri hay una gran cantidad de magnetismo, de «fuerza de atracción».

Michael Arlen, conocido escritor, fué invitado hace poco á una recepción que la artista dió en su honor. El salón estaba repleto de grandes artistas y de altas personalidades del mundo de la escena muda y de la política. Había allí mujeres más hermosas que la misma miss Negri; pero esta figura era la única que resaltaba. Michael Arlen, al verla ataviada con algunas joyas raras, le dijo á un amigo: «De haber vivido hace doscientos años, hubiese derrumbado tronos».

Ernest Vadja, conocido escritor húngaro, llegó hace poco á Hollywood. A los pocos minutos de hablar con Pola no tuvo inconveniente en confesarle que era la mujer más encantadora que había conocido y la que inspiraba pensamientos más elevados. A los ocho días de estar con ella, ya había escrito una obra para que la filmase. El argumento era la historia de una reina que sin derecho alguno conquistó un trono y después sus

ELENOR FAIR
Una de las intérpretes más bellas y más notables
de la nueva tragedia cinematográfica
«El batelero del Volga»

súbditos la proclamaron reina legítima. La obra se intituló *La Reina Impostora*.

Durante la impresión de esta obra llegó á Los Angeles el gran bajo ruso Feodor Chaliapin, yendo inmediatamente á visitar á su antigua amiga Pola. Ambos recordaron los viejos días en que se conocieron cuando ella era bailarina y él trabajaba en el Teatro Imperial. Entre risa y risa, sacaron á colación la noche en que Chaliapin se puso á acompañar el himno imperial ruso entonando una canción revolucionaria, lo que le valió unos meses de cárcel. Días después, y como una deferencia á miss Negri, el cantante asistió á una velada artística preparada por Pola en su honor, y cantó composiciones suyas durante tres horas. Es de notar que Chaliapin jamás canta más de cuarenta y cinco minutos en público. Al despedirse de la actriz le dijo que, aunque él nunca había considerado la escena muda como un medio de expresión artística para él, si se encontrase un argumento adecuado le complac-

ría mucho poder impresionar una obra teniendo como primera actriz á Pola Negri. Ambos quedaron de acuerdo en buscar el argumento y ponerse á la obra inmediatamente.

Ultimamente, miss Negri ha impresionado *Sublime y Perversa*, *El Hotel Imperial* y *La Española*, esperando muy en breve tener concluida otra película que está impresionando en la actualidad.

Sin lugar á dudas, Pola Negri, aunque tal vez no la más hermosa, es la artista que mejor ha sabido expresar sus emociones en la pantalla. Conocida y admirada en el mundo entero, cada una de sus películas ha sido un nuevo triunfo. Aunque en el apogeo de la gloria, los entendidos afirman que el porvenir reserva á Pola Negri un puesto más elevado aún del que hoy tiene. Por su parte, también producirá obras superiores á las que ha producido hasta el presente, dando á la escena muda la expresión, el prestigio y la grandeza que Sarah Bernhardt y la Duse dieron á la escena hablada.

Mucho se puede esperar de la mujer que ha sufrido tanto, que ha trabajado tanto, que ha amado tanto, que ha sabido echar un velo de discreto luto sobre las tristezas que desgarraron su existencia y cuyo sólo ideal ha sido y sigue siendo el arte. Su mérito es incuestionable, y la energía con que ha acometido todas sus empresas en el pasado, superándose en cada una de ellas, nos da esperanzas de que siga superándose también en el porvenir.



TEHEO &
SABIDO

«Tea room», dibujo de Ricardo Marín

*El narrador de cuentos
por J. Bentata*



HIJOS DEL PECADO

(CUENTO POPULAR)

EXALTADO sea Alá, el misericordioso, que dota de clarividencia á sus elegidos para que alcancen á penetrar allí donde el necio se ciega. Amén.

A vosotros, temerosos de Alá, va enderezada esta conseja, que servirá de ejemplo al entendido.

Ello fué que Abdelnabi el Asili llegó á edad algo avanzada, y parecía su vida un tanto equívoca al decir de los que ignoran los placeres del entendimiento, y era porque pasaba las noches de claro en claro, embebido en la lectura de antiquísimos pergaminos, y los días en grata conversación, de lo que gustaba sobremanera.

Gozaba Abdelnabi fama de sabio, y, por lo tanto, no le escaseaban los envidiosos—que siempre va la envidia asida al estribo del verdadero mérito—. Las gentes habían dado en la flor de mofársele, porque Alá, en sus altos designios, dispuso que la barba de Abdelnabi fuera cana, mientras la cabellera se le conservaba negra como el azabache.

¿Cómo explicar—decían—que la barba, nacida después que el cabello, haya tomado ese aspecto rucio, sino es que espantada del tanto hablar de aquella boca perdió la color, en tanto que la ociosa cabeza, con el escaso discurrir, ha conservado el obscuro tono?

Por Alá que los charlatanes tenían razón en punto al exagerado platicar, pero no en lo del poco pensar, pues Abdelnabi había gastado su juventud en profundos estudios de gramática, poesía, medicina, astrología y ciencia del tiempo, y era en ellas muy versado. Sólo que esa afi-

ción—y quizá á ello se refiriesen los murmuradores cuando le tachaban de poco meollo—le impedía estar al tanto de sus asuntos domésticos, que andaban algo revueltos, porque, dicho sea en verdad, él se quedaba muy al margen. A tanto se atrevieron los chismosos, que hasta hicieron presa en la misma mujer del poco avisado creyente, y achacándola ciertos deslices, no la dejaban tira de pellejo en su verdadero lugar.

¡Aléjenos el Todopoderoso de la maledicencia!

Mirad—cuchicheaban, entre otras cosas—cómo él mismo ha puesto en entredicho la honestidad de su esposa. ¿No ha nombrado á sus tres hijos Alí?

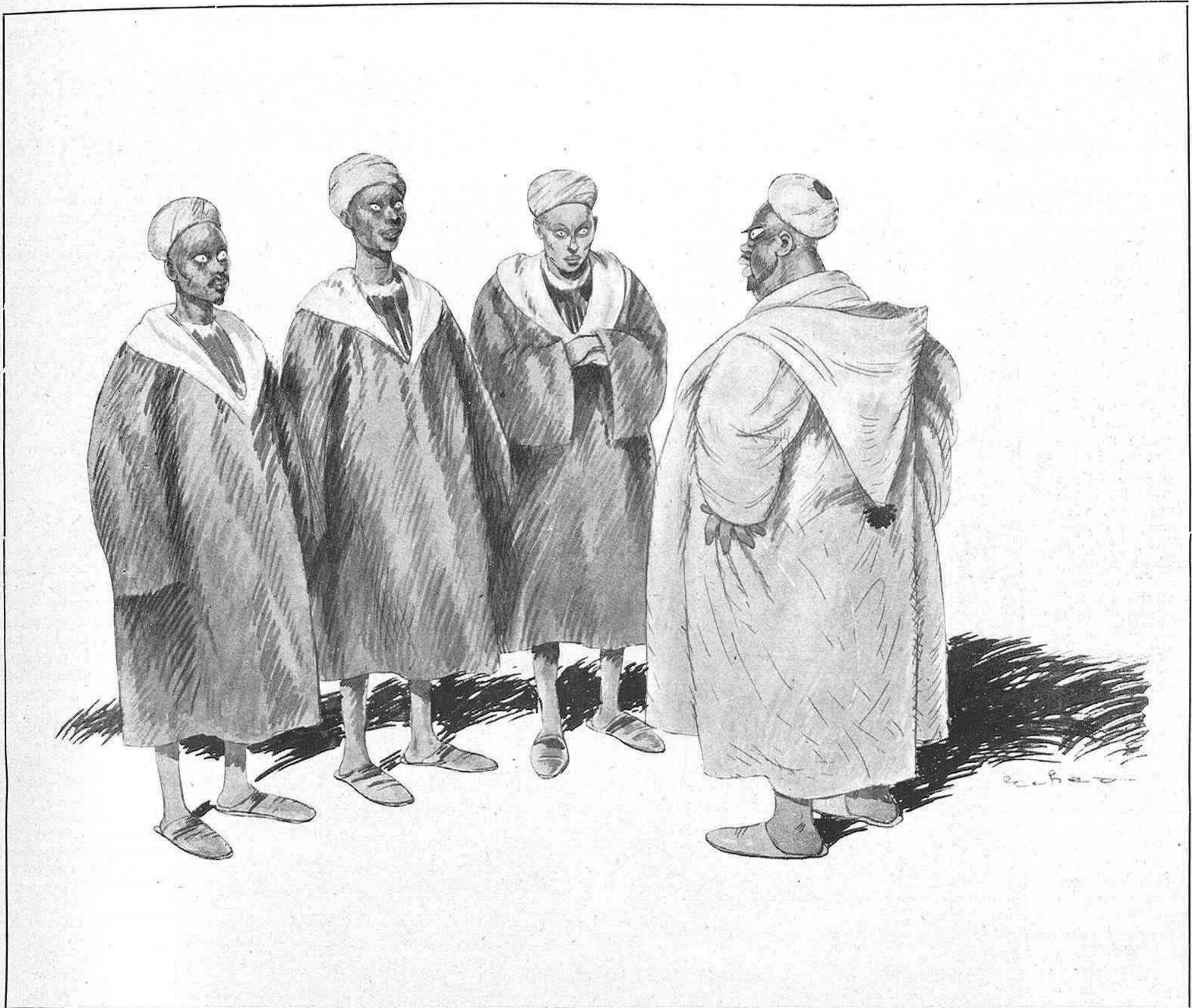
Y los mal pensados y peor intencionados, con todos sus malignos razonamientos, sostenían que Abdelnabi dudaba de su paternidad respecto de alguno de sus hijos, ya que, deseando que el que lo fuese verdaderamente llevase el nombre del abuelo, sólo acertaría poniéndoselo á los tres muchachos.

Las gentes de bien rechazaron al principio las aseveraciones de los mordaces; pero tanto y tanto sonó el río, que concluyeron por pensar que agua ó piedras arrastraba; y como el viejo no diera señales de tenerse por aludido, las gentes se limitaban á darse con el codo y á sonreír maliciosamente cuando se le topaban.

Sucedió que, como todo es efímero en este mundo y es más fuerte el tiempo que agujerea el mármol—¡loor al Unico eterno!—, los días del Asili finaron, y fué llegada la hora de abrir el testamento, donde se leyó por sola cláusula:



A vosotros, temerosos de Alá, va enderezada esta conseja.



—¿Quién de vosotros es el Alí que rechazó el alcuzcuz?

«Alí heredará, Alí no heredará, Alí heredará.»

Peregrina disposición. Ella confirmó los rumores públicos, descubriendo que la viuda había cometido desaguisado á su esposo y que éste no lo ignoraba, al tiempo que levantó una grave discordia entre los hijos, que ni querían ser hijos del pecado ni perder la saneada herencia paterna.

Tan enmarañado se puso el asunto, que fué á dar en manos del cadí, quien, por tratarse de gente principal, recibió en su propia casa á los querellantes y les hizo servir un primoroso alcuzcuz aderezado con todos los relieves y arrequives peculiares de tan substancioso plato, mientras él se retiraba á meditar en la soledad.

De pronto, uno de los hermanos que probaba el manjar exclamó:

—Este es un alcuzcuz del pecado.

Otro Alí que empuñaba un alón de pollo añadió:

—Este es un pollo del pecado.

Y el tercero agregó:

—El cadí es hijo del pecado.

Tamaños desafueros no podía ignorarlos por mucho tiempo el anfitrión, que hartamente instruída andaba la servidumbre, é indignado justamente, decidió echar con cajas

destempladas, amén de una tanda de azotes, que correría á cargo de los esclavos, á los desaprensivos hermanos.

Mas el cadí, filósofo de suyo, repugnaba las afirmaciones absolutas cuando no fueran precedidas de un examen concienzudo. Se reprimió y dejó para después de unas indagaciones minuciosas la merecida sanción.

Comenzó por convocar al personal de cocina, con la cocinera al frente, y tan apretado cerco hubo de ponerles con sus preguntas, que confesaron cierto descuido respecto al atuendo del alcuzcuz, que no estaba, en verdad, muy pulcro.

Algo amoscado é inquieto, prosiguió el cadí el interrogatorio, y en cuanto al pollo, vino en conocimiento que al degollar al animal la cocinera le había encontrado un tumor en el buche. Allí creció tanto la alarma del cadí, que no le llegaba la camisa al cuerpo. Mohino y acongojado, no osaba atacar el estudio de la tercera afirmación de aquellos endiablados hermanitos, temiendo rozar la memoria de su virtuosa madre, la cual había muerto en olor de santidad y no parecía mujer de alborotadas pasiones. Mas—reprobado sea el maligno!—¿si por casualidad?... Mordió la duda en el cerebro del mal-

aventurado, y quiso aclarar lo que fuere, por mucho que le pesara. Y no fué lo triste el dudar, sino el descubrir... lo que descubrió, y que permanecerá en el secreto, porque Alí —El solo es sabidor—es el único dueño de las acciones ocultas. Nosotros, simples mortales, diremos que el juez inclinó la cabeza y, con el rostro incendiado por el bochorno, fuese á encontrar á sus huéspedes, los cuales esperaban el término del negocio sin imaginar por qué hilo se había enredado otro ovillo.

—¿Quién de vosotros es el Alí que rechazó el alcuzcuz?—preguntó el cadí.

—Yo, señor—respondió uno de los hermanos.

—Pues tú heredarás, hijo mío, porque tú eres legítimo. ¿Y quién—prosiguió—fué el que dijo que mi pollo estaba profanado?

—Yo—contestó otro Alí.

—También tú heredarás, que se te debe de buena ley—. Y volviéndose al tercero, concluyó:—Tú, que pusiste en duda mi origen, quedas desheredado por adulterino.

—¿Y cómo lo has conocido, ¡oh!, mi señor el cadí?

—Los hijos del pecado se reconocen entre sí—finó el cuitado.

(Dibujos de Echea)

INFORMACIONES ESPECIALES DE "LA ESFERA"

Franz Lehar, el celebrado compositor vienés, habla de sus proyectos futuros y de su última opereta

LA magnífica villa de estilo barroco de Franz Lehar está situada al borde del Traun. Las celosías de los dos pisos del palacete están constantemente cerradas, desde la mañana hasta la noche, como si tras ellas no existiera vida.

Sin embargo, tras esas ventanas semita-piadas hallaremos absorto en su labor á Franz Lehar, que trabaja día y noche, por así decirlo; desde las diez de la mañana hasta las tres ó las cuatro de la siguiente madrugada. Nadie estorba al maestro, cuya familia entera vive cerca, en otra casita, tras la villa suntuosa.

Varios cuadernos de música delante de él y un lápiz en la mano. Así es cómo Franz Lehar pasa diez y nueve horas del día sentado ante el piano.

Actualmente, trabaja en tres operetas á la vez. *El Zarewitch* es el título de la primera, cuyo texto ha sido escrito por el autor Eduardo Jenbach, según el drama de Gabriel Zapolska, el escritor polaco conocidísimo.

Friederick es el nombre de la segunda opereta, cuyo asunto son los amores de la juventud de Goethe con Friederick Brion. La última obra se titula *Gigoletto*, y es autor de la trama el italiano Forzani, director de la Scala de Milán.

Muy deprisa, unos asuntos mezclados con los otros, Lehar nos ha informado de estos detalles, recordando que en otra época hubo de trabajar á un tiempo mismo en las partituras de tres operetas. Fué cuando *El conde de Luxemburgo*, *La viuda alegre* y *La Princesita*; y, actualmente, y más bien por distracción, trabaja con tanta intensidad. El esfuerzo le proporciona placer, vivacidad y alegría, si en las alas de la música halla una nueva melodía ó descubre temas gratos que pueden acoplarse á unas ú otras obras. Así trabaja, alternativamente, sin método, saltando de una opereta á otra, para añadir aquí un compás ó allí una frase. Semejante labor le interesa, le entusiasma, le exalta; es su vida, su fin.

Hundido en el sillón, su cara tiene rasgos agradables, que se animan cuando habla. Las piernas cruzadas, una sobre otra, la rodilla entre las manos entrecruzadas...

—Como las madres aman á su último pe-

queño recién nacido—nos ha confesado el compositor vienés—, así quiero yo, más que á ninguna otra, á mi vigésimoquinta opereta, la última que he producido.

La personalidad de Paganini me interesaba desde hace mucho tiempo. Siempre me preocupaba la idea de representar su vida en una opereta.

El correo me traía casi á diario paquetitos

sica para complacer á la moda. Me gusta el pentagrama con todo mi corazón, é intento siempre que me es posible descubrir motivos originales. Eso es todo, y nada más. No me preocupo del deseo del público, ó de lo que será la opereta en el porvenir. Hago música, si se quiere, para mí mismo, para mi placer. No escarbo en los temas vulgares, cuya única justificación es la actuali-

dad palpitante, pero efímera. Es posible que un argumento influido por todas las pequeñeces actuales se representara centenas de veces; pero para mí no hay más que una cosa importante, y es la esperanza de que dentro de diez años, cualquiera de mis partituras aparezca tan fresca y tan interesante como el día del estreno. Ahora he de confesar sinceramente que lo que quiero componer son óperas cómicas, de las que tenemos bien pocas. Empezaré por *La Princesa*, para continuar lo que en otro tiempo dejé interrumpido. Serán operetas que podrán interpretarse como óperas, si se quiere. Ese es mi objeto; y como tengo un punto de vista

especial del baile, se las podrá llamar tales operetas sin temor alguno.

—¿Grandes óperas, en serio?—me preguntó usted antes—. Eso es lo que no quiero hacer precisamente. Yo no debo profundizar tanto. De Lehar se esperan, y á Lehar se le piden, melodías; y si compusiera una verdadera ópera, se diría que Lehar no era capaz de escribir nuevas operetas. Pero si en esa gran obra había melodías, por la razón que fuese, se afirmaría sencillamente que ese Lehar no era más que un vulgar compositor de operetas

•••••

Quisimos, finalmente, conocer la opinión del maestro sobre el moderno Jazz. Difícil empresa, porque Lehar quería reservarse el particular sentir sobre los violentos temas que atruenan el mundo, para los que no tiene el gesto despectivo de otros autores; pero al estrecharnos la mano, todavía nos hizo esta declaración:

—Son ritmos originales, melodías nuevas, y todo lo que es original, al cabo es bello é interesante.

E. P.



FRANZ LEHAR

El inspirado músico de tantas obras populares

cuidadosamente cerrados y preparados: argumentos en francés, en alemán, en húngaro y en italiano. De este modo llegaban hasta mí referencias constantes de Paganini. Después de leer unos y otros, me puse una vez al piano, é intenté componer algo enteramente nuevo. Tanto me absorbió el trabajo; con tanto calor busqué temas inéditos, que al cabo de cuatro horas había esbozado el primer acto de *Paganini* á grandes rasgos.

Ahora mismo tengo más de 250 argumentos en mis armarios. Todos sin valor alguno. Sin embargo, no los echaré al fuego en seguida, sin repasarlos antes nuevamente. ¡Pero estos 250 libros han llegado á mi retiro en menos de seis meses!

He titulado á *Paganini* opereta, y no ópera cómica, como algunos han querido llamarla, porque, en mi opinión, la opereta tiene una personalidad que la distingue de la verdadera ópera cómica. La opereta no es un género de arte secundario que sirve los peores gustos del pueblo. En *Paganini*, por ejemplo, no hay *shimmy* ni *tango*. No tan sólo porque sería un anacronismo, sino porque además es mi punto de vista: no hacer mú-

•••••

COOLIDGE, Ó EL

GOBERNANTE ESFINGE



EL RURAL TACITURNO

EL Presidente de los Estados Unidos nació, en 1872, de una familia de modestos agricultores. Es, por sus hábitos y gustos, un rústico; pero en aquel país, democrático de veras, ello, lejos de ser desdoro, es gloria.

Pequeño, delgado, insignificante, desprovisto de brillo exterior y de magia oratoria, enemigo de la doblez y la intriga, probo, recto, es de la estirpe de los Franklin. Jamás emprendió negocio alguno en el país de los negocios. Vivió siempre en un piso de veintisiete dólares—piso que, después de la guerra, le subieron á treinta y dos—. No tiene fincas, ni autos, ni tapices...

Estudió en un Colegio de Amherst, donde son obligatorios el griego y el latín. Eran los tiempos en que Emerson estaba de moda. Por consiguiente, se hizo moralista. Su profesora, miss Ellen Dumbard, cuenta que á los ocho años Calvin Coolidge no pasaba, intelectualmente, de medianía; pero ya asomaba un carácter veraz y enérgico. «No mentía ni aun para evitar un castigo». La Biblia, Emerson, el campo, formaron este espíritu contemplativo y silencioso. Terminados sus estudios, entró en una Agencia de Negocios de Northampton (Massachusetts), intimando con el abogado Lucey, irlandés de origen. A poco se casó con la profesora Gracia Goodhue, su antítesis; dama locuaz, brillante, alegre, juventud dinámica. Tuvieron dos hijos, de los que vive uno. La taciturnidad, la tenacidad, la fidelidad á su palabra, una rectitud inquebrantable, han sido sus armas triunfales. Su carrera política no ha tenido un solo fracaso. En 1897 fué elegido *councilman*, esto es, edil, en Northampton. De 1900 á 1901 fué *city solicitor*, ó sea abogado síndico. Después, y sucesivamente, alcalde, senador, presidente del Senado, y al fin, gobernador de dicho Estado. Electo vicepresidente de la República para el quinquenio 1921-1925, al morir el Presidente Harding le sucedió en la Casa Blanca... Habla tan poco, que le llaman el Presidente Taciturno. A este propósito, se cuenta la siguiente anécdota. En una comida oficial, cierta dama le dijo:

—Querido Presidente: he apostado á que le haré decir á usted más de tres palabras...

Coolidge, sonriente, exclamó:

—Habéis perdido...

¡No le había hecho decir sino «dos» palabras!

LA POLICÍA Y EL SENADO

En 1919, los policías de Boston, al verse con sueldos escasos, se afiliaron á la Federación del Trabajo. Coolidge, entonces gobernador, nombró jefe á Curtius, el cual declaró ilícita la sindicación, suspendiendo de empleo y sueldo á los policías promotores del movimiento. Entonces los agentes se declararon en huelga.

Boston, sin policía, no tardó en ser vivero de ladrones y apaches. Comenzaron las quejas del público en pro de un arreglo. Pero Curtius, sostenido por Coolidge, no cedió. Eran momentos decisivos. El pánico se enseñoreaba de la ciudad. Coolidge, con su potente instinto político y su genio para la síntesis, declaró que no existe el derecho de huelga contra la seguridad pública para nadie en ningún lugar ni en ninguna circunstancia (*by any boy, any where, any thime*). Y como la opinión conocía el carácter enérgico de Coolidge, los huelguistas se sometieron. Toda América supo entonces cuáles son, en materia de huelgas, los derechos del funcionario público. Cuatro años más tarde surge el escándalo político de los petróleos. Tras apasionados debates, el Senado exige á Coolidge la dimisión

El Presidente Coolidge, ambiguo en su política, habla del desarme al mismo tiempo que acrecienta el poderío militar de los Estados Unidos é invade la República de Nicaragua; y predica moralidad y austeridad, al mismo tiempo que atenta á la libertad de los pueblos, para servir los intereses de algunos grandes financieros norteamericanos, famosos por su carencia absoluta de sentido moral

del secretario de Estado, Denby. Prodúcese enorme expectación. ¿Qué hará el Taciturno? El Taciturno, siempre enérgico, declara que la dimisión de un miembro de Gobierno es competencia esencial del Poder Ejecutivo. «Yo no pretendo sacrificar en mi interés á un inocente ni mantener en su puesto á un culpable.» El Senado, como antes la policía, cedió.

INTUICIÓN Y DOCTRINAS

En el prólogo al libro de Coolidge, *El precio de la libertad*, edición francesa, el profesor de la Sorbona, Fortunato Stroski insiste en la clarividencia política del taciturno Presidente. Esta clarividencia supone un colosal genio intuitivo. Pero hay algo más que intuición en el estadista demócrata. Hay una doctrina moral y una filosofía de la Historia ocultas bajo su modesto empirismo. Basta con repasar sus discursos, donde no falta la modalidad industrial y comercial propias del primer magistrado del primer país comercial é industrial; pero donde tampoco escasean los grandes principios éticos.

Coolidge es un puritano del *May Flower*. El mismo amor á la libertad, el mismo desdén por la vanagloria, igual sentido de solidaridad por la justicia, de espíritu de sacrificio por el mejoramiento de los hombres...

CONTRASTES Y SORPRESAS

¿Cómo no sorprendernos leyendo los discursos de Coolidge? El rural es un humanista. El Presidente de un país de archimillonarios, un defensor de los obreros. El burgués, un revolucionario... Pero, ante todo, sobre todo, un espíritu liberal. Situado bajo la gigantesca estatua de Berthordi—«La Libertad iluminando al Mundo»—inspirándose en Franklin y Emerson, redacta su famoso libro *El precio de la Libertad*, á la hora misma en que los fusileros yanquis desembarcan en Veracruz...

Los capítulos de este libro se titulan: «Las co-

sas que no se ven». «El Pensamiento, señor de todas las cosas». «Poder de la ley moral». «Los cimientos de la civilización». Es decir, que toda la obra está impregnada de ética política, conducida por los principios puritanos de Hampden y Cromwell, forjada en la soberanía del pueblo.

«La antigua idea de educar á unos pocos elegidos para el gobierno de un país—dice—ha sido reemplazada por la moderna de educar á todos los ciudadanos, para la armonía y el bienestar de todos.»

«Las máquinas—exclama en otro lugar—tienden á convertir á sus servidores en máquinas. Hay que neutralizar la tendencia por el sólo medio posible: la actividad intelectual.»

«Sólo el desenvolvimiento de nuestra personalidad—observa agudamente en otra página—produce la alegría de vivir. Si la vida profesional no la alcanza, debe provenir de otra fuente: el espíritu.»

«Uno de los deberes de las clases cultas—arguye—es el de proporcionar un arte de vivir superior á las clases incultas.»

Esto en cuanto á la ética social. En cuanto á la ética política, los restantes capítulos: «El sentido de la democracia», «Roosevelt», «El ideal de América» y «El precio de la libertad» nos presentan á Coolidge como á un fervido hijo de Washington. «La libertad sólo se compra—dice—á un precio elevado. Y sólo se conserva mediante un esfuerzo incesante.» O bien: «se salva un país, no apoyándose en la fuerza, sino en la conciencia pública.» O bien: «No puede haber civilización sin libertad...»

Sobre imperialismo y pacifismo, sentencia de modo concluyente: «Nuestro país no quiere guerra, sino paz. Sin embargo, la guerra no es lo más malo. Hay algo peor: la servidumbre. Nuestros soldados pelearon en Europa por librar de la servidumbre al Mundo. Muchos cayeron, gritando con Patrick Henry: «¡Libertad ó Muerte!» Y este grito resuena aún en nuestros oídos...»

EL ROSTRO DE LA ESFINGE

«Coolidge—nos dice un biógrafo—tiene la cara como tallada en madera: inalterable. Sólo de vez en vez parpadea ligeramente. Pulcramente afeitado, seco el gesto, contempla á su interlocutor con fijeza, sin que la más leve contracción de sus músculos faciales indique nada. Como con el sagaz Li Hung Chang, con él se puede conversar del más grave asunto sin lograr descubrir jamás ni por su gesto, siempre frío, ni por sus ademanes, siempre correctos, el secreto de sus ideas. Ante él fracasan los diplomáticos más sutiles, los detectives más sagaces. Es impenetrable. Por algo se le llama «El Gobernante Esfinge».

Es el jefe de Estado que despacha más pronto los asuntos. Recibe al visitante, saluda, y se dispone á oír. No pregunta jamás. Contesta lapidariamente. No sonríe sino á flor de labio, con una sonrisa enigmática...

Casi siempre viste de negro. Da la sensación de una pulcritud absoluta. Al hablar en público, cada diez minutos alza el brazo derecho, rígido; abre la mano y vuelve á descender el brazo á lo largo del cuerpo. Con el brazo y la mano izquierdos sostiene el papel-guion, que no tiembla jamás.

Tiene el mismo rostro impassible en la calle, en el Consejo de Ministros, en la tribuna, en la recepción, en la revista militar, en todas partes. Con el mismo rostro enigmático escribe *El precio de la libertad*, que ordena el desembarco de tropas en cualquier país sin ejército...

CRISTÓBAL DE CASTRO



1. Tierras rosadas, teñidas de fino verdor. Llanuras dilatadas, hondonadas suaves, leves alcores, hontanares de limpia linfa y, al fondo remoto del contorno lejano, sierras azules ligeramente perfiladas sobre los cielos gris cobalto. En el centro de la llanura, el pueblo, grande, desarticulado, sentado en una loma, chorreando por los flancos de ésta, y en sus calles anchas, de casas bajas, algarabía desacostumbrada: Carnaval.

2. Día frío, ventoso. Los hombres, fajado el cuello en sus bufandas, en sus capas, en sus mantas, salen de sus casas sombrías á la calle inhospitalaria y se plantan en grupos en las plazuelas, en la plaza, junto al casino.

Pocas palabras entre sí. Un cigarro, lumbre para éste y á esperar, á esperar las máscaras. Y éstas llegan, hablan, dicen sus inconvenientes, sus gracias burdas, sus alegrías sencillas... Y los hombres secos, ceñidos por sus mantas, por sus capas, por sus bufandas, por su gravedad, rien sin alboroto, comentan sin abundancia de palabras y vuelven á su espera, á su espera...

3. Diez, veinte años novio y sin llegar á decidirse por realizar el matrimonio. La moza se hizo mujer granada, quemó sus fuegos juveniles, ahogó sus ímpetus. Un año, otro año, ahogado en la esperanza. El novio tiene sus amigos, prudentes y tranquilos amigos, maridados ya, con hijos talludos. Tienen ya su vida ordenada. Trabajan la semana en labores duras, y el domingo se reúnen en una casa de húmedas habitaciones encaladas y hablan, en torno á un barreño de zurra, de la vida pasada, de la vida presente, de un porvenir cercano, de remotos vuelos.

El novio sólo ve á su novia de tarde en tarde. Diríase, puede decirse, que le detiene el frecuentar su calle, el hablar con aquélla por la ventana baja, el temor al comentario lleno de burla grave, agresivo para su indecisión. Sólo de tarde en tarde ve á su novia el mozo viejo; pero en estos días de Carnaval, disimulada su figura por vulgar disfraz, entra en su casa, charla con la familia de la novia, come acaso con la familia de la novia, habla con ésta en la cocina grande, presentes todos los familiares. Y así los tres, los cuatro días de Carnaval, durante muchos años ya, acaso durante muchos años todavía...

4. Ventanas de las casas de luto, de las casas en que no hace aún los dos años que desapareció un próximo deudo; casas sin blanquear, abandonadas en apariencia.

En estas casas suele haber muchachas alegres que sólo salen á la calle los domingos, con el alba, para ir á misa. A estas casas, en estos días de Carnaval, van, de ordinario, algunas parientes cercanas, algunas amigas de verdad, que sacrifican unas horas al animado y libre juego de estos días para acompañar á aquéllas en su duro aislamiento.

Las personas graves charlan en la cocina honda, sin verse casi las facciones por la obscuridad que les rodea, de las bondades ó virtudes del desaparecido, de cosechas, de siembras. Mas las muchachas, contraviniendo las indicaciones severas, buscan en las habitaciones más próximas á la calle, al holgorio, la palpación pagana.

Las que vieron el Carnaval, las que fueron al baile, las que recibieron bromas de los mozos que en el resto del año no se atreverán á ofrecerles ni el más leve saludo, hablan, hablan, hablan. Pero de pronto, una orquesta que pasa, un diálogo vivo que de la calle cercana llega, suspende las conversaciones, y las cabezas de las muchachas se amontonan, se arraciman junto á la ventana, para ver, á través de la tupida celosía, el Carnaval que pasa...

5. La niña es bonita y poderosa. Niñas bonitas, con padres bien acaudalados, hay muchas en el pueblo. Acaso haya diez, veinte, treinta, muchachas casaderas que tienen riquezas y poseen una linda cara, un cuepecito lindo. Pasan para aquéllas los días, los meses, los años, y en cierta hora, en la media luz agradable de un anochecer primaveral, un mozo se atreve á insinuar, á la mujercita que esperaba, su pasión naciente.

Diferencias de posición, particulares preveniciones, minucias que nada han de contar en el grato instante de la decisión definitiva, separan al novio de la familia de la novia, y aquél es, durante días, durante meses, una sombra que huye, que resbala, por la calle de su enamorada.

Pero en Carnaval—audacia y locura enlazadas—el mozo, con otros mozos de su amistad, concertado el plan con la novia, irrumpen en la casa de ésta, gastan bromas pesadas al padre de ésta, permiten que el novio, bajo su máscara perfectamente oculto, goce del medio en que espera y sueña la que ha de ser su esposa, pese á la oposición del padre, que, en estos días de Carnaval, no sale de su casa, no deja de mirar y remirar con cuidado atento y de absoluta ineficacia á las máscaras que entran y salen, por si acaso entre ellas está el mozón odioso que se atrevió á poner los ojos en su hija. Y ésta y aquél, cumpliendo su propósito, hablan y hablan, cerca el uno del otro como nunca, gracias al Carnaval, de temas que al amor atañen...

6. ¿Quién es esta máscara

que tanto grita y tantas familiaridades muestra con don Luis, con don Manuel, con don Federico, todos grandes hombres del pueblo? Sin duda en las horas normales, acaso dentro de unas horas, pase esta máscara, restituida á su normal condición, por el lado de los señores antedichos, apretada de excesivo, extraño, respeto. Acaso esta máscara locuaz, tan dada á tutear á los señores, sea Diego, el manijero del marqués, un hombre un poquito leído, pero acobardado de ordinario por las jerarquías y los honores pueblerinos.

¡Qué agobio de vida! «Lo que quiera el señor» «Lo que al señor le parezca bien será lo mejor siempre». Siempre este lenguaje, unido al gesto bien sumiso, cuando dialoga con los poderosos. Pero en Carnaval—¡benditos días de libertad grotesca!—, Diego, esta máscara parladora y determinada, se dirigirá á don Emilio, á don Antonio, á don Julián, que tanto miedo le imponen de ordinario, y mientras les golpea y les zarandeo, decidido y seguro, les llamará Emilito, Julianito, Antoñito, les sacará á la calle sus intimidades, cobrándose con creces de un pasado inmediato y de un porvenir próximo en que todo serán temores, respetos extremados, palabras de confirmación: «sí», «no», «lo que al señor le parezca más razonable». «todo lo que el señor me diga estará muy puesto en razón»...

7. Día frío, ventoso, en el pueblo castellano sentado en una loma en el centro de la llanura. Los hombres graves, envueltos en sus capas, en sus bufandas, en sus mantas, fuman y esperan gravemente el paso de estas máscaras, de otras máscaras parecidas, en las plazas, en las plazuelas, en las calles anchas de tránsito abundante.

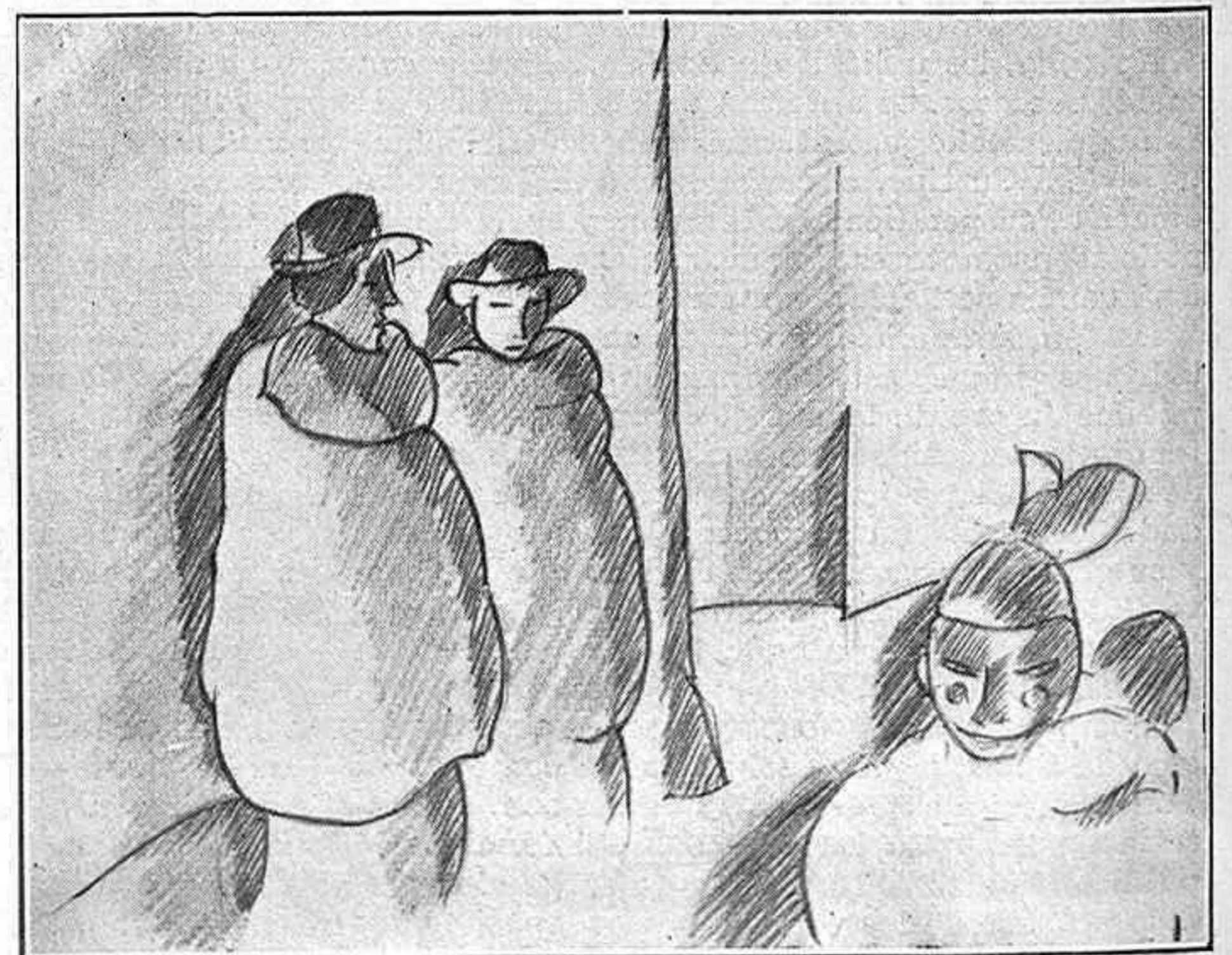
Al anochecer irán á los cafés, al casino, á las casas de los amigos, á sus propias casas. Luego de cenar, con sus hijas, con sus mujeres, irán á los bailes escandalosos en que cada cual dice lo que es, lo que es capaz de ser, en cuanto el muelle del respeto salte ó se afloje.

8. Los bailes duran hasta altas horas de la madrugada. En ellos los mozos y las mozas hablan, bailan baile suelto, pasean, pasean, beben y beben juntos, ellas, sus refrescos de limón, sus refrescos de zarza, sus refrescos de naranja; ellos, su coñac, su cerveza, su vino de Jerez, su vino de las propias cepas, su vino de los pagos de Manzanares, de La Solana, de Valdepeñas.

Y 9. En estos días, en estas noches, la válvula que cierra durante todo el año los deseos de imposible realización, los vicios, las mínimas curiosidades, se abren, se entreabren, para volver á cerrarse con precisión perfecta el lunes después de Piñata. Y otra vez es el hablar quedito; el no mirarse mozos y mozas, salvo en la ventana; el respetar con evidente, terrible, exceso, al poderoso; el atender tan sólo al tener, al no tener, á lo que uno tiene, á lo que tiene el otro; al envidiar al que tiene más y despreciar al que tiene menos; á esa pobrecita tarea que suele ser la máxima tarea del año en buena parte de los pueblos de España.

GABRIEL GARCIA MAROTO

(Dibujos del autor)



CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

El vapor de los océanos, fuente inagotable de energías

No es el oro el verdadero patrón de la riqueza, sino la fuerza motriz. La prosperidad de una nación se representa por el número de caballos de vapor de que dispone por cabeza de habitante, así como el lujo de un particular se mide por la cantidad de gasolina que quema. Un ingeniero de minas, M. Raymond Maillet, afirma que la energía consumida en el mundo sigue la ley de ascensión de una cantidad colocada á interés compuesto. Ahora bien: todo el mundo sabe, al menos de oídas, ya que el cálculo es un tanto penoso, que cinco céntimos puestos á dicho interés el primer día de la Era Cristiana formarían hoy un capital fantástico.

De igual suerte, la industria va capitalizando cotidianamente parte de sus rentas en máquinas nuevas, consumidoras de energía. Su situación es análoga á la de un banquero obligado á aceptar negocios cada vez más prósperos, aunque con el fondo de reserva en perpetua evaporación. Pues bien: ese banquero del ejemplo sólo tiene un siglo de existencia, y, circunstancia agravante, parece ser inmortal.

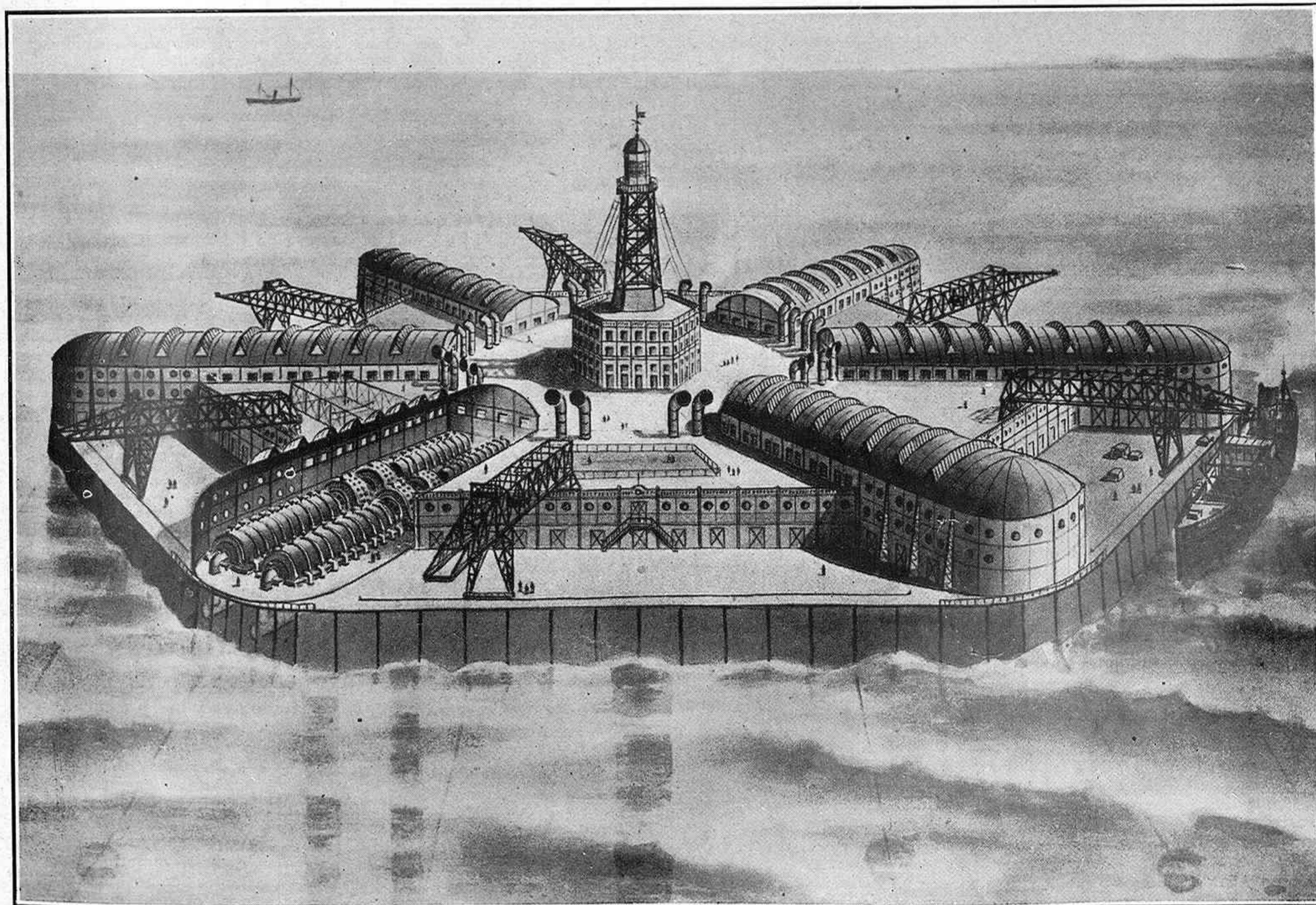
Por lo demás, examinemos algunas cifras elocuentes. Durante el año 1882, las máquinas del mundo entero quemaron 320 millones de toneladas de hulla; en 1900, el consumo anual había casi duplicado (680 millones); en 1910 se llegaba á los 1.000 millones de toneladas, y esta cifra queda en la actualidad considerablemente rebasada. Por lo que se refiere al petróleo, si en 1882 bastaron cinco millones de toneladas para las necesidades universales, éstas exigieron ya en

1900 unos 20 millones de toneladas, y en 1922 el total de los combustibles líquidos consumidos excedía de los 100 millones de toneladas. De modo que tomando á la letra la progresión matemática, ésta nos diría que hacia 1975 no bastaría para el consumo anual el contenido íntegro de los actuales yacimientos petrolíferos.

Importa, pues, hallar algo que pueda hacer frente á las necesidades *en crescendo* de la industria, algo que constituya una verdadera reserva amplísima de energía. Y de ahí que se busque en la electricidad y en las mareas, principalmente. Pero juzgadas aquéllas hoy por hoy insuficientes, no sólo para el hambre de energía que siente el mundo, sino para una sola gran nación industrial, y resultando, á más de limitados, poco prácticos todos los procedimientos ideados hasta el día para captar la fuerza de las mareas, como lo son aquellos que se inventaron para utilizar la fuerza en la turbina aérea, hácese indispensable buscar otros medios de conjurar la crisis, preséntase ahora por dos sabios ingenieros franceses, MM. Georges Claude y Paul Boucherot, como la única solución satisfactoria é ineluctable, la utilización directa del calor solar, no al modo que lo hacen los espejos ustorios ya empleados en la irrigación en Egipto, Méjico y Australia, sino explotando la energía solar acumulada en cantidades inagotables en el agua templada de los océanos tropicales; y ello mediante un sistema, aunque caro de instalar, perfectamente práctico y de magníficos rendimientos.

Exponer aquí, aunque no fuese sino de un modo sumario, la técnica de los importantes experimentos llevados á cabo ha pocas semanas ante la Academia de Ciencias de París por MM. Claude y Boucherot, sobre que traspasaría los límites de que disponemos en cuanto á espacio, sería impropio, en absoluto, tratándose de un simple trabajo de vulgarización científica. Baste saber, para nuestro propósito informativo, que esta teoría novísima acerca de la posibilidad de aprovechar industrialmente, á bajo precio, el calor almacenado por el sol en la superficie de los mares tropicales, se basa en el empleo, en escala gigantesca, de la turbina de vapor.

Para utilizar industrialmente la turbina imaginada por Claude y Boucherot bastaría disponer de una gran cantidad de agua templada (de 24 á 30 grados) que alimentase la caldera de la máquina, y de una cantidad de agua fría bastante para mantener el condensador á baja temperatura. Serían necesarias grandes cantidades de agua, porque, en primer lugar, al evaporarse el agua en el vacío se refresca, baja la tensión del vapor y la presión atmosférica con que se cuenta, y luego porque al provocar la condensación del vapor el agua fría se caldea ligeramente, con lo que adquiere cierta tensión, amortiguándose, por consecuencia, la corriente motriz. Es, por tanto, indispensable hacer llegar á la caldera enormes cantidades de agua templada (á 28 grados, por ejemplo), para vaporizar sólo una mínima parte, sin que la masa de agua descienda

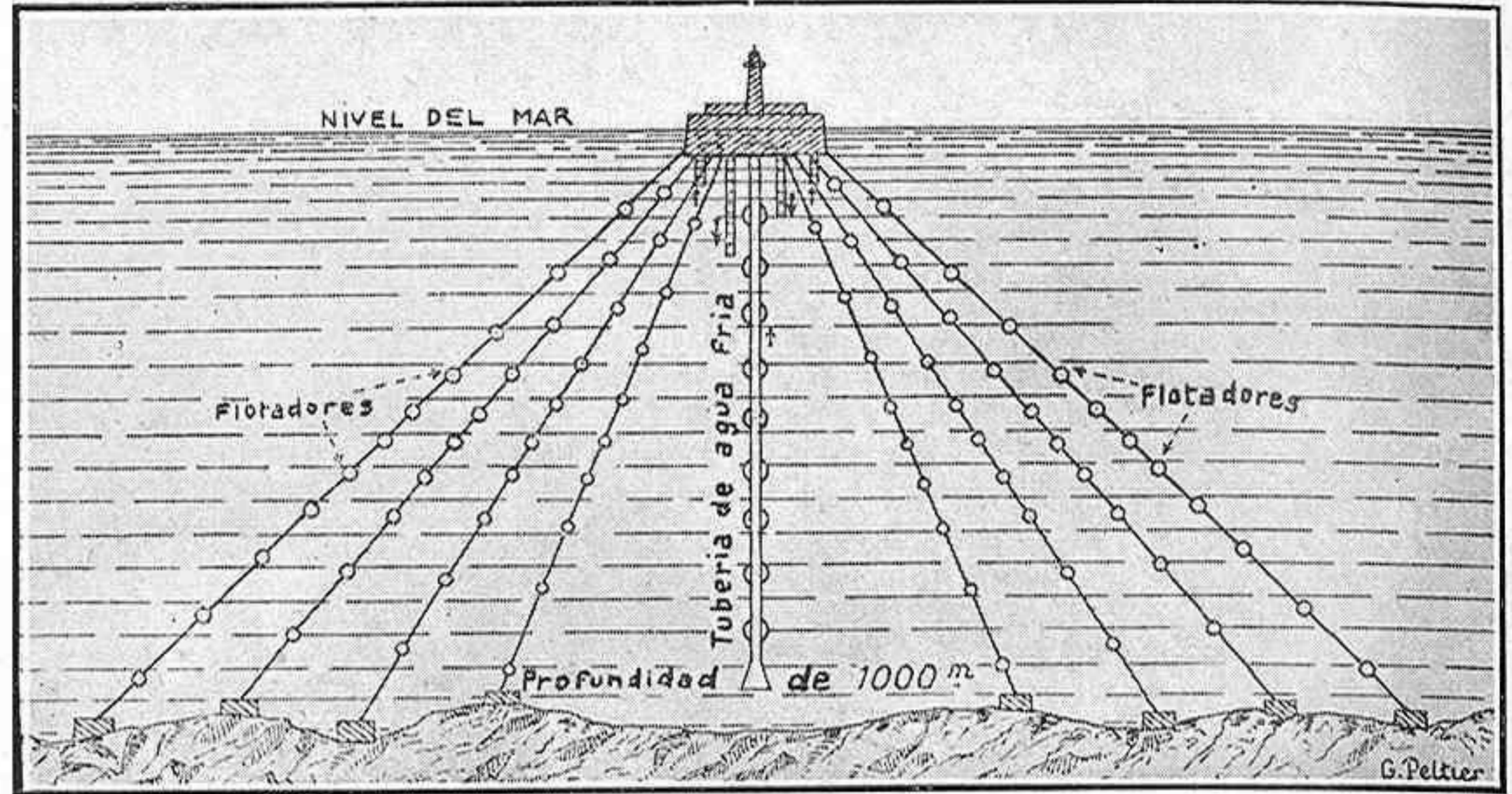


La fábrica oceánica de electricidad, según el proyecto de los ingenieros franceses MM. Claude y Boucherot, presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París

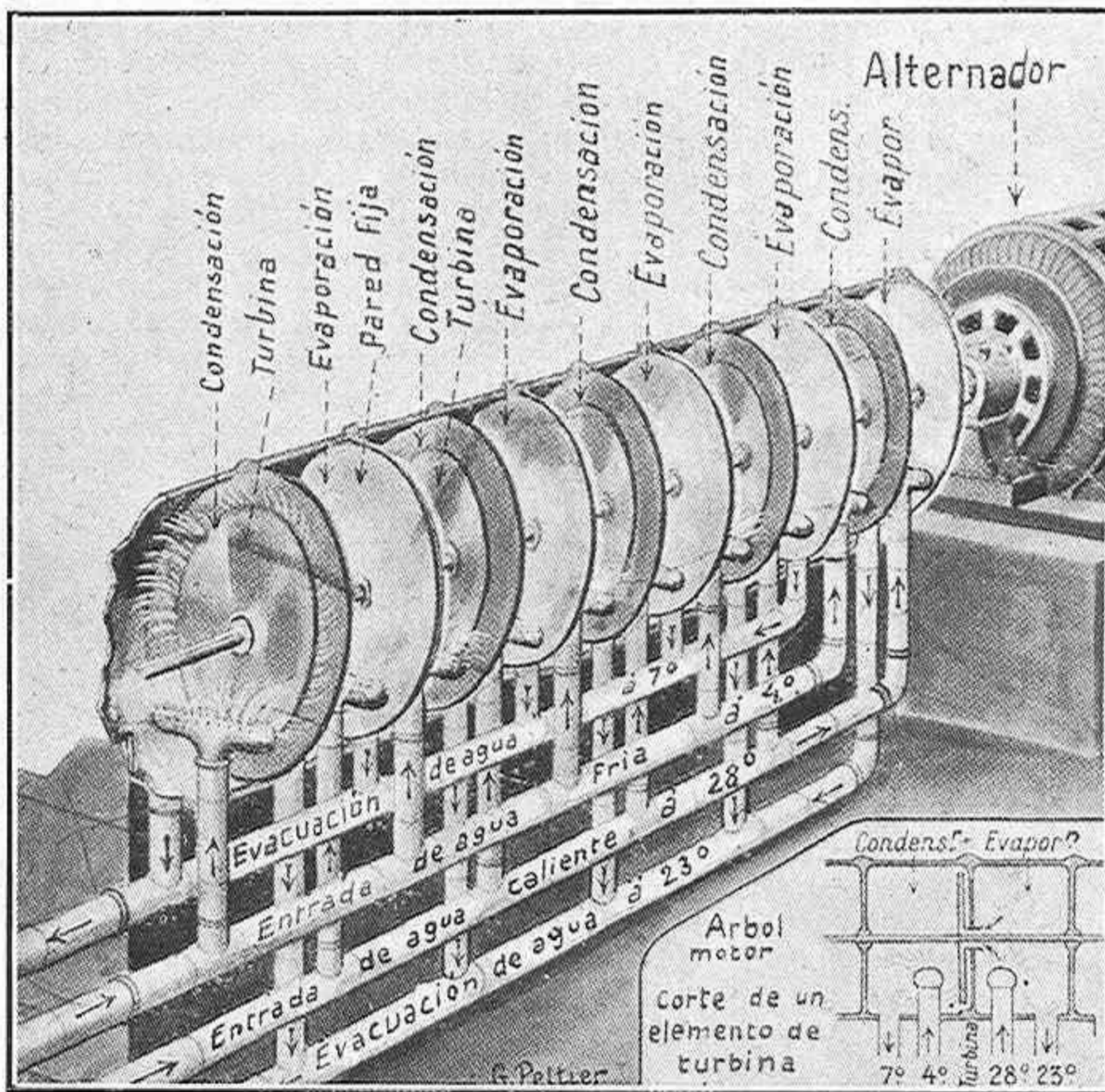
más allá de cierto *minimum*, que podría ser 24 grados, y, por otra parte, llevar al condensador enormes cantidades de agua fría (á 4 grados, por ejemplo), para que el caldeo de esa nueva masa no exceda de cierto *máximo*. En esas condiciones, se tendría en el condensador la presión de una centésima de atmósfera, y en la caldera otra presión de tres centésimas, produciendo la corriente que utilizaría la turbina la diferencia de presiones, ó sean dos centésimas. Cada metro cúbico de agua templada así empleada proporcionaría ocho kilogramos de vapor, de los que la turbina obtendría un trabajo de 100.000 kilográmetros. Ello significa que el mismo metro cúbico de agua habría de tener una caída de 100 metros para rendir mecánicamente el mismo trabajo efectivo.

Esas enormes cantidades de agua templada (de 27 á 30 grados) las ofrece el mar, ilimitadas, día y noche, y todo el año, en la zona que se extiende desde la Florida americana y las Antillas á la bahía de Río de Janeiro, de Ceilán á Madagascar, del Tonkín á Australia, de las Filipinas y Hawai á las islas de la Sonda. En cuanto á las grandes cantidades de agua fría, la misma zona oceánica las ofrece en no menor abundancia. Basta para ello ir á buscar á mil metros de profundidad, donde, como se ha comprobado,

la temperatura media no excede jamás de los 4 grados requeridos. Este agua á 4 grados puede ser captada mediante un simple tubo sumergido verticalmente, y que se llenaría por la ley de los vasos comunicantes, ascendiendo hasta casi á un metro por debajo del nivel de la superficie del mar, siendo ya fácil trabajo de las bombas hacer llegar el líquido frío á los condensadores. Las gigantescas fábricas de electricidad podrían instalarse bien en las costas de la zona tropical, ó bien en islotes artificiales, como el que presenta el adjunto dibujo. En su magnífico sueño científico, que excede con mucho á cuanto de más audaz haya podido crear la fantasía de los Verne, los Wells y otros creadores de maravillas imaginarias, prevén Claude y Boucherot tales transformaciones en los países tropicales, donde en lo por venir funcionen sus fábricas oceanoeléctricas, que ellas habrán de determinar, al fin y al cabo, un desplazamiento de lo que se ha convenido en llamar «centros de civilización». La fábrica costera de 15.000 á 20.000 vatios, primera etapa de ensayo, podría ya instalarse á razón de 3.000 francos el kilovatio, ó sea al mismo precio que una instalación de montaña. El kilovatio-hora sería vendido á 0,15 céntimos á los abonados de la colonia. Piénsese ahora, conocida esa cifra extremadamente módica, en la revolución que la magna idea de los inge-



Dibujo esquemático representando el amarre de una fábrica oceanoeléctrica flotante, según el proyecto Claude-Boucherot



La circulación de las aguas marítimas en los turbomotores Boucherot-Claude

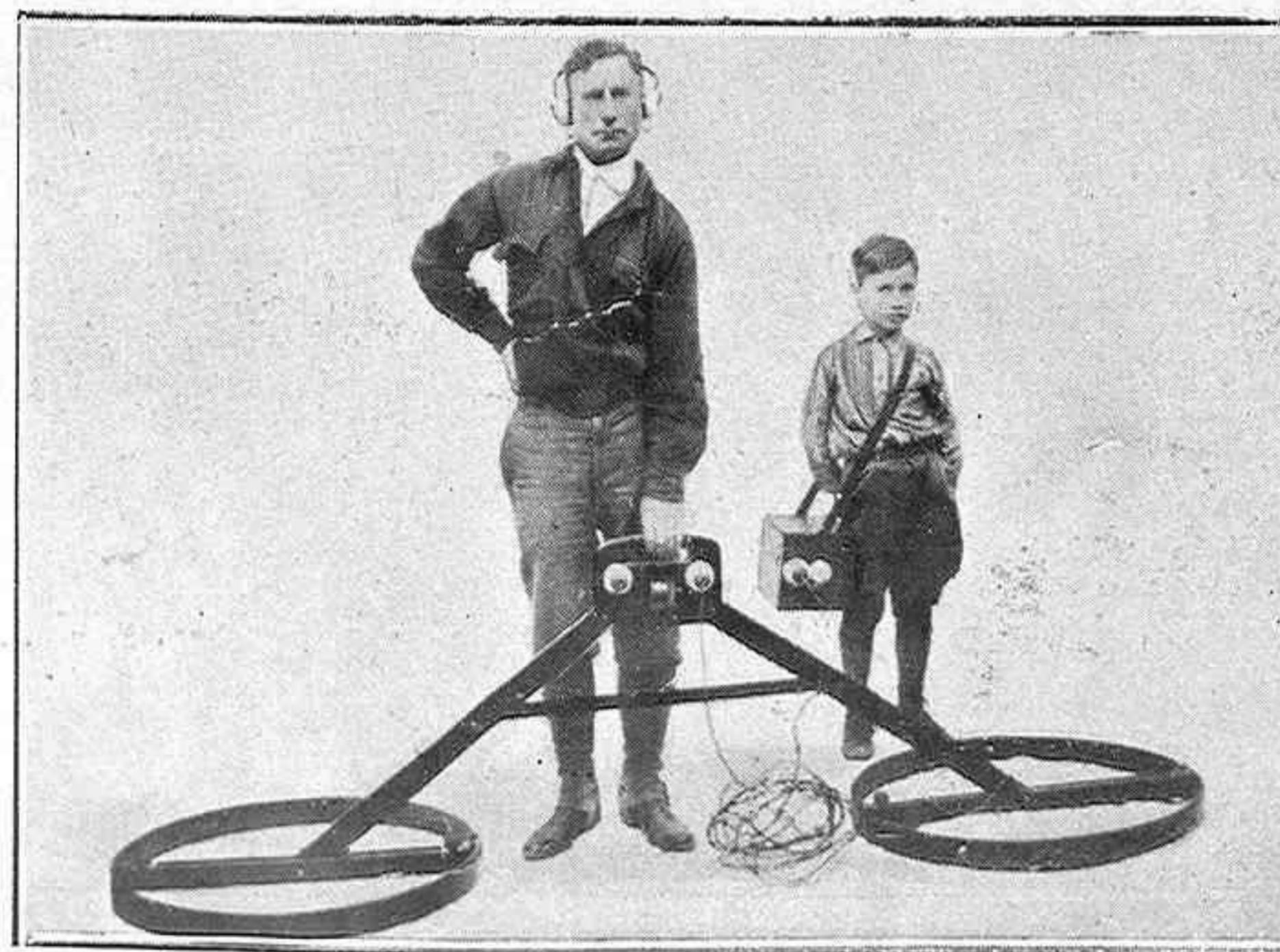
nieros franceses habría de causar en aquellos países como el Kamerún y Guinea, donde la mano de obra, ó no existe ó es carísima, donde el menor esfuerzo físico es agotador, y donde se pueden explotar riquezas forestales inagotables y hoy vírgenes. Pero no se limitarían á esto los beneficios de las instalaciones Claude-Boucherot. Cuentan también los geniales inventores con el más precioso de los que pudiéramos llamar *sub-productos* de la energía, ó sea el río. En efecto, cada metro cúbico de agua procedente de los condensadores de la fábrica costera estaría á 8 grados centígrados, lo que en un país tropical quiere decir agua helada, que, conducida á los radiadores frigoríficos, emplazados en habitaciones particulares y en talleres, y corriendo abundante á través de calles y plazas, supondría la modificación de las condiciones de vida en las regiones cálidas. Tomando como ejemplo la isla de Cuba, especialmente favorecida para este género de fábricas, supondría la realización del proyecto el trabajo sin esfuerzo en las plantaciones de café, cacao, caña de azúcar, tabaco etcétera, por motocultivo; el de las fábricas, talleres, estaciones y puertos, sin ruido ni humedad, y, sobre eso, una deliciosa frescura perpetua en las ciudades como en las más humildes aldeas. Cuba sería, en suma, algo muy cercano á la reconstitución del Paraíso Terrenal.

Tal es, á grandes rasgos, el sorprendente plan de aprovechamiento industrial del vapor de los océanos, fuente inagotable de energía útil, sometido á la consideración de la Academia de Ciencias de París, y que por su trascendencia, como por los vastos horizontes que descubre, está siendo objeto en los centros científicos franceses de animadas controversias.—A. READER

El aparato que descubre tesoros

Los buscadores de tesoros ocultos, y en nuestro país, sobre todo en las regiones que ocuparon los moros luengos siglos, y donde supone la tradición que soterraron sus riquezas los últimos expulsados, hay todavía buen número de creyentes en esos escondrijos de la fortuna. Lo mismo ocurre en tierras de América respecto á los tesoros ocultos por los antiguos piratas, habiendo contribuido á ello en gran medida la difusión de la novela de aventuras, á la que tan aficionados se muestran los yanquis.

Un aficionado á esa clase de exploraciones, notable ingeniero de *Baton Rouge*, ciudad de Luisiana, estimulada su fantasía por cierta antigua tradición según la cual en cierta localidad ribereña del Mississippi el corsario francés Nicolás Lafitte enterró en los comienzos del pasado siglo parte de sus riquezas, dió en estudiar un aparato capaz de revelar el emplazamiento de tesoros en general, y de los piratescos en particular. Largas vigilias y no pocos ensayos dieron, por fin, el resultado apetecido por dicho hombre de ciencia, de nombre G. O. Maher, quien hace pocas semanas ha tenido la buena fortuna de pro-



Aparato ideado por Mr. Maher para buscar los tesoros de la tierra

bar su invento con el más completo éxito, descubriendo en un recoveco de la bahía de Pascagoyla (Golfo de Méjico) un cofre de hierro, medio roído por el óxido, en el que había gran cantidad de monedas de oro y de joyas. El instrumento ideado por Mr. Maher, y que presenta la fotografía adjunta, está basado en una aplicación del radio, y produce ondas sonoras variables según el metal oculto bajo tierra, sea oro, plata, cobre, plomo ó aluminio; por lo que, aparte de sus numerosas propiedades como buscador de tesoros ocultos, puede ser para lo sucesivo un gran auxiliar de la industria minera.

Elegancias



estido de «georgette» azul pálido, bordado en cuentas blancas y con la falda plisada (Modelo Colette)

Las tendencias de la Moda

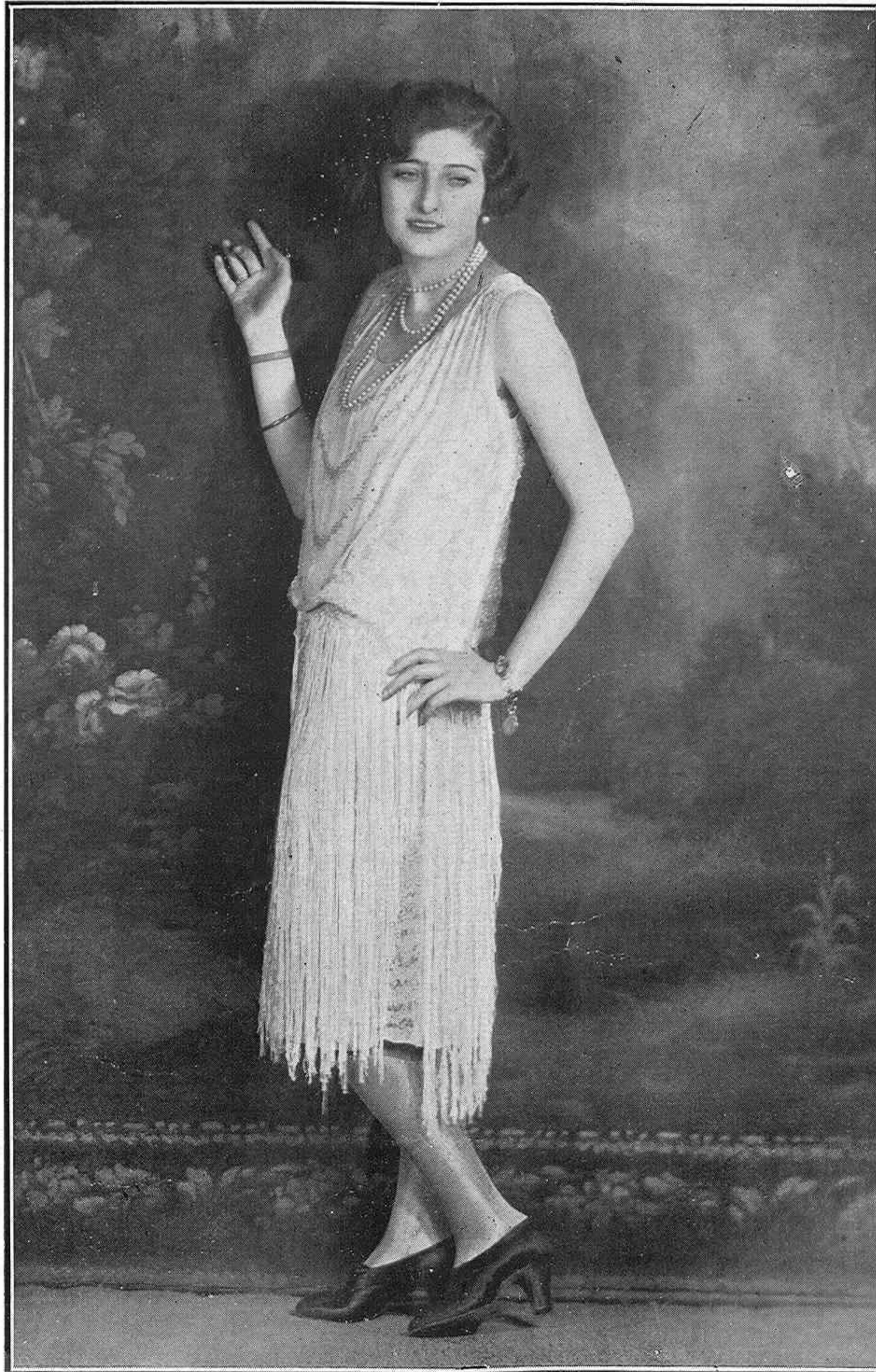
Los bordados en seda, pedrería, cristal ó perlas y los tejidos estampados desaparecen de la moda venidera en los trajes de noche; el adorno de éstos consiste únicamente en minuciosos trabajos de costura hecha á mano.

Las tendencias de la moda son en este punto algo tan complicado, que cada modelo es un dechado de perfecciones, imposible de copiar.

Pliegues, plisados muy menudos combinados con tablas *plat*; frunces formando dibujo; incrustaciones tan menudas, que semejan el intrincado corte de las piezas de un puzzle; biéses, volantes de forma, rectos ó simulando abanico; bandas superpuestas, drapeados y *panneaux* con festones hechos á mano, es cuanto se aplica en los trajes de noche con una fantasía y con un gusto dignos de mencionar con admiración.

La amplitud en los modelos de *soirée* debe ser disimulada con *panneaux* ó por medio de los pliegues, frunces, plisados y tablas *plat* arriba mencionadas.

Los cuerpos se adoptan dibujando las formas, y el talle se indica solamente con la unión de la falda, colocada en la inmensa mayoría de los modelos á la altura de las caderas. En el caso



Vestido de noche en «georgette» blanco bordado en plata y «strass» y grandes flecos sobre la falda (Modelo Lynker)

de que el traje tenga cinturón, éste se coloca siempre algunos centímetros más bajo del sitio normal del talle.

Sin embargo, y á pesar de la diversidad de opiniones en este punto, gran parte de los creadores de la moda hacen inauditos esfuerzos para conseguir, con el beneplácito de las damas, el restablecimiento del talle en su sitio normal, y



Vestido en «crêpe marocain», con la falda en tres volantes y un cinturón de terciopelo (Modelo Colette)

no sólo en los trajes de noche, sino en los de tarde, deportivos y playeros.

Los escotes vienen más comedidos que en la próxima pasada temporada de otoño é invierno; en cuanto á la forma, lo mismo se ven los que terminan en punta ó en óvalo que los redondos, cuadrados ó irregulares.

Los tejidos que imperan son el satín, la muselina, el *crêpe georgette* y el romano; la muselina y el Chantilly combinados, los *lamé* de plata y oro, el terciopelo, el crespón de China *radium*, el encaje y el *moirée lamé*.

En cuanto á los tonos preferidos, son tantos y tan bellos, que es imposible destacar más de tres ó cuatro como los más favorecidos.

Se llevan los azules en su variada gama, desde el más pálido hasta el marino obscuro; los rosas, especialmente el más desvanecido y el de tono carne; los verdes grisáceos, tales como el almendra y verde océano; los *beiges*, y los grises y amarillentos.

El negro y el blanco mate predominan también, solos ó combinados entre sí; los rojos en toda su escala, y, por último, el turquesa, bermellón y amarillo canario, que son los tonos más bellos, si es posible hacer tal aseveración después de haber admirado nuestra vista el conjunto abigarrado de policromas suntuosidades.

ANGELITA NARDI

Nuevas orientaciones

ERA natural que llegase la hora del triunfo para las defensoras de la feminidad en las modas. Durante varias temporadas han dominado las tendencias á masculinizar el indumento de la mujer: vestidos de línea muy recta, que borraban las líneas del cuerpo; zapatos de tacón bajo, cabellos cortados de raíz y un sombrero flexible, amén de guantes de piel fuerte y chalinas iguales á las que usan los hombres.

Hasta en lo referente á trajes de noche habíase filtrado el afán de suprimir, del indumento, todo lo innecesario, es decir, todo lo frívolo y gracioso, limitándose con ello esas pequeñas manifestaciones personales que determinan el buen gusto de cada cual, independiente de la hechura, más ó menos perfecta, de su traje.

Una mujer podrá, en efecto, lucir creaciones maravillosas de las casas más afamadas del mercado modistil; pero si carece de iniciativa personal y natural buen gusto, no sabrá ni llevarlas con debida gracia, y el vestido no logrará el efecto apetecido.

Esta verdad nos lleva á la consideración de cuáles son los motivos de la verdadera elegancia. Indudablemente, puede decirse, concretando, que ésta depende tanto de la persona como del vestido mismo. Aplicándole una fraseología financiera muy yankee, podría asegurarse que se trata de un asunto de *fifty-fifty*, ó, lo que es lo mismo, de dos proporciones iguales.

El indumento solo no basta para la perfección del conjunto, y lo propio ocurre con el gusto personal. Si acaso, más se inclina la balanza á favor de este último, ya que el arte suple, como en tantas otras manifestaciones de la vida, á lo puramente material ó mecánico, como la ri-



Vestido de noche en crespón palo de rosa con un cinturón bordado en «strass» (Modelo Worth)



Vestido de tarde en «crêpe georgette» sobre un fondo de seda (Modelo Callot)

queza del género y las cualidades efectistas de un solo adorno.

Pues bien: esa exteriorización del propio sentir, en lo que al traje se refiere, se manifiestan, más que nada, en los detalles que de ordinario es lo que cada mujer se cuida de dirigir.

El modisto, por meticuloso que sea, no puede estar vigilando de continuo por modo que su cliente no compre un bolso de un tono molesto ó unos zapatos poco apropiados al estilo del vestido que lleva ó una joya que «se despega» artísticamente de la creación que tanto esmero puso en confeccionar.

Tampoco puede la mujer—ó no quiere—, no siendo moda, imprimir un sello sutil al conjunto con detalles que no se llevan.

La primera indicación de que volvían las modas gráciles y femeninas diéronla los artistas del traje con los adornos de pluma.

Es sabido que el argumento fundamental á favor de la extrema sencillez es la comodidad. Había que rebelarse contra las colas de los trajes de baile por comodidad contra los cabellos largos, por comodidad contra las gasas flotantes, los encajes y otros factores vaporosos por comodidad, y no puede negarse que la mujer queda muy libre de preocupaciones, aligerando de cosas superfluas todos los aspectos de la vida; pero... si no se pensara más que en esto, haríamos de la existencia algo monótono y desprovisto de belleza.

Si nos atuviéramos á lograr aquello que no provoca en nuestro ánimo la menor molestia, acabaríamos por carecer de estímulo. Son infinitas las cosas que producen placer y molestia simultáneamente, mejor dicho, que no pueden obtenerse sino mediante un sacrificio.

¿Para qué adornar las casas y condimentar con esmero las comidas y guardar ciertas formas de etiqueta? Todo ello implica molestia á la par que satisfacción; pues lo mismo sucede con el adorno personal; dejemos en buena hora de lado aquello que es nocivo para la salud; pero, aun á trueque de ciertas leves incomodidades, aprovechémonos de cuanto puede embellecer el conjunto.

Los adornos de pluma de avestruz, como decimos, han triunfado en toda la línea, y ahora siguenlas muy de cerca los grandes lazos rematados por fleco de seda y las caídas de tul; los cintillos de piedras preciosas y las *echarpes* de tenue género, que se enroscan á los brazos y al talle, aparte los innumerables y diminutos detalles que ponen una nota de pueril alegría en los conjuntos más severos.

A medida que se acerca la primavera preocupa cada día más á los modistos la creación de un traje de calle apropiado á la estación y al gusto actual.

Se habla mucho del retorno de un modelo *tailleur*; pero no el severo y clásico vestido que llevó este nombre siempre, sino algo muy pim-pante y gracioso, confeccionado de algún género suave: paño fino ó *poplin*, con preferencia en tonos alegres, y á veces con un diseño convencional.

Estos modelos llevan una chaquetita completamente lisa detrás y delante, cruzada y atada á un lado, y una falda amplia y fruncida por medio de punto de colmena. El cuello es alto, y se lleva cerrado por medio de una chalina atada en lazo.

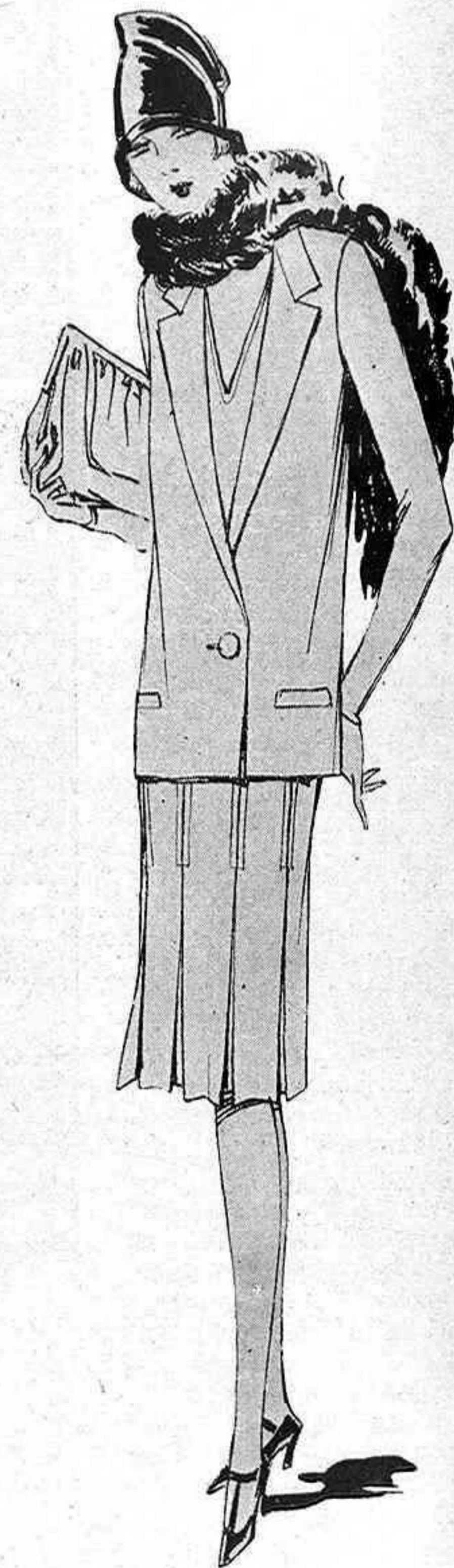
El encanto de estos vestiditos reside principalmente en su carácter frívolo; pero es factor indispensable del conjunto el corte irreprochable, por modo que resulte mal encajada la chaqueta, tanto más difícil de ajustar á la silueta cuanto sencilla es su línea.

Este género de trajes son peligrosos, precisamente por lo fácil que parece su hechura. No conviene, pues, dejarse engañar por el buen deseo; conviene que lo corten manos expertas, aun cuando el adorno luego se aplique como se quiera.

Complemento de estos trajecitos será el nuevo sombrero de fantasía, de forma de un tricorno delante y detrás sin ala, confeccionado de raso de un tono caliente: cereza, violeta ó rojo brillante.

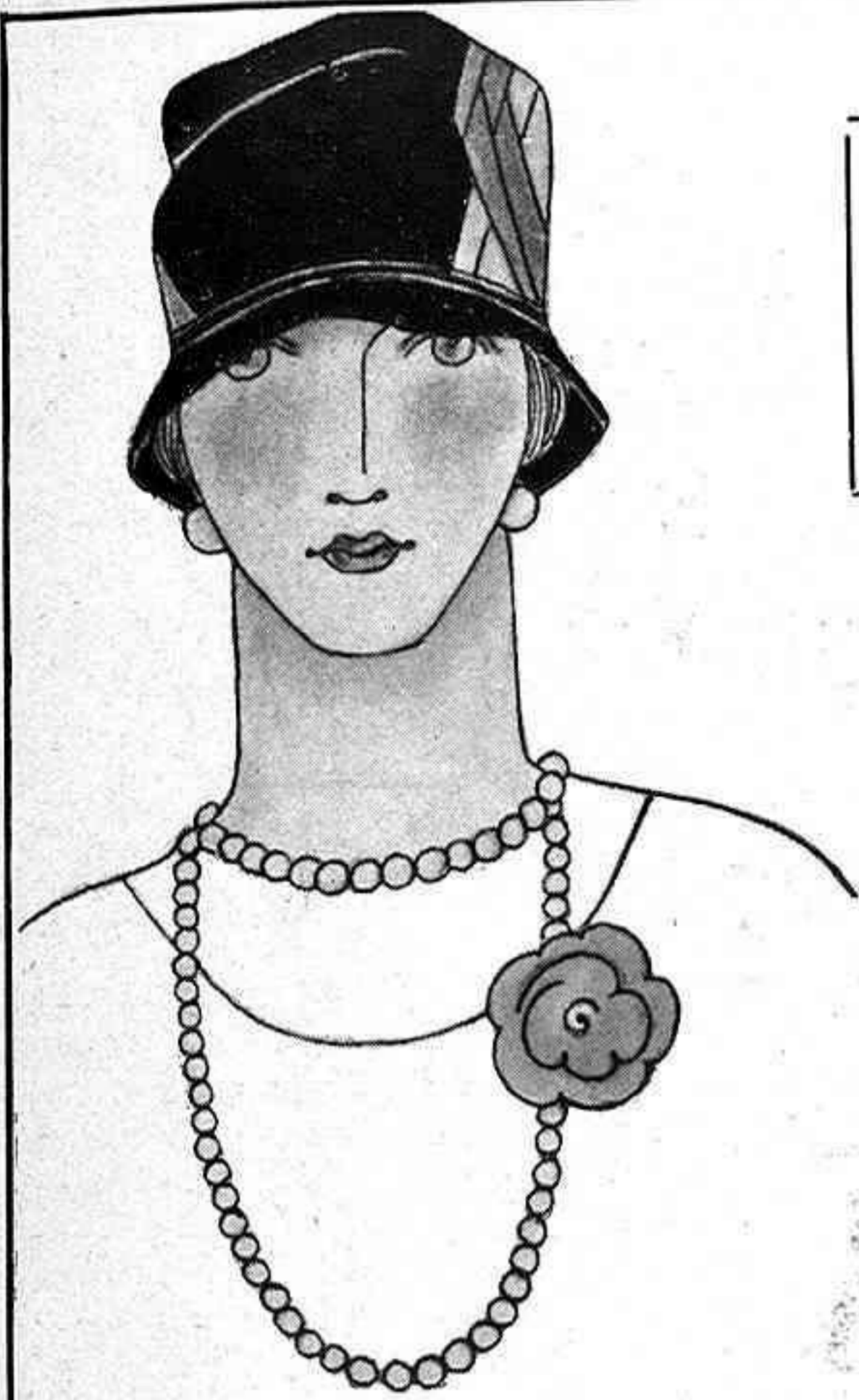
También resultan muy lindos.

I. DE P.



Vestido de «reps» marino con la falda á grandes tablas

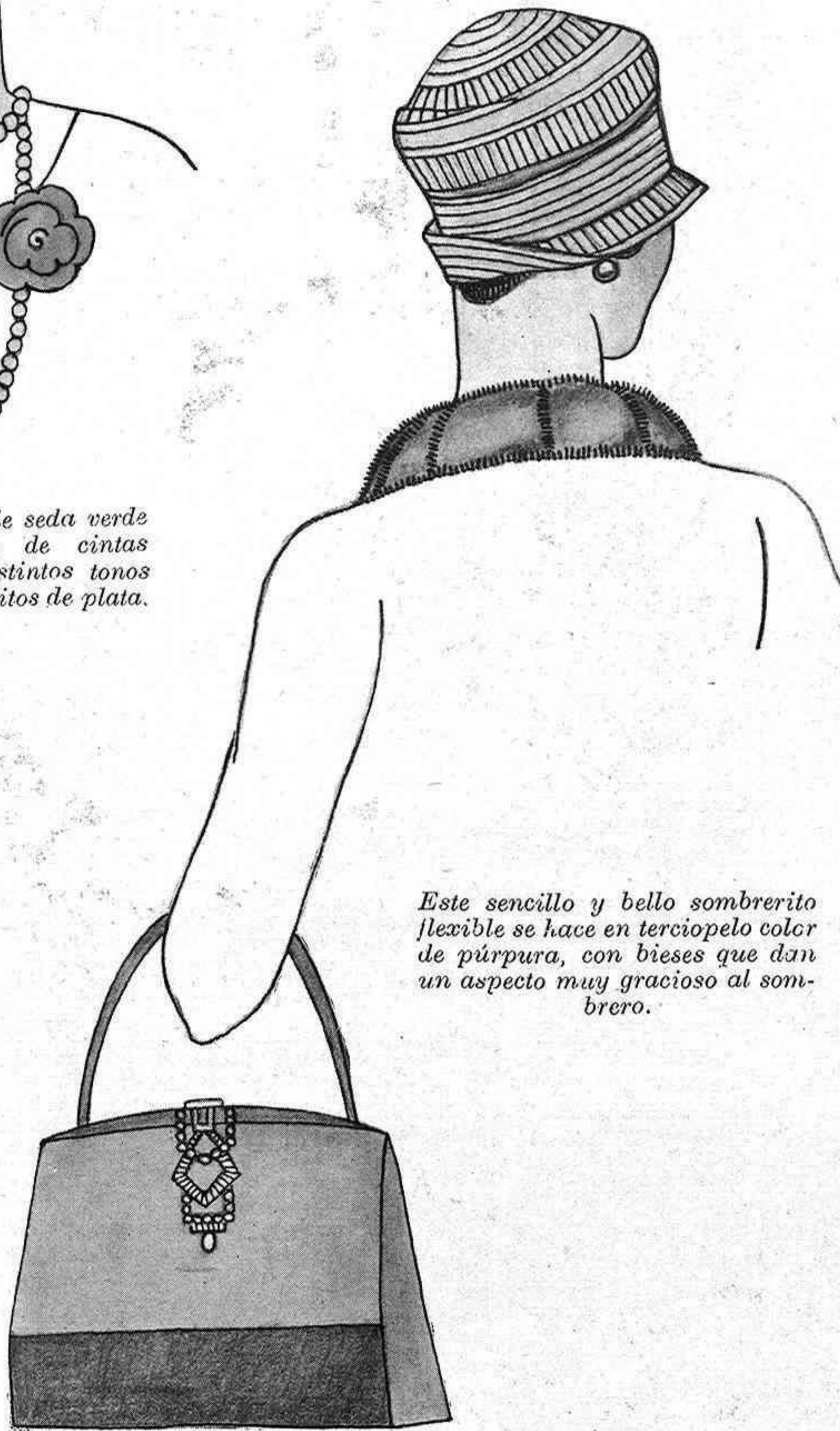
LOS SOMBREROS
DEL DÍA



Sombrero en tela de seda verde alga, con adornos de cintas «gross-grain» en distintos tonos marrón y con galoncitos de plata.



Un sombrero muy elegante, hecho en piel de antilope de un tono gris paloma. Seda de este mismo color para la escarapela plisada que adorna el modelo.



Este sencillo y bello sombrero flexible se hace en terciopelo color de púrpura, con bieses que dan un aspecto muy gracioso al sombrero.

Hay una gran elegancia en este sombrero hecho en tafete rojo de dos tonos, con bordados á punto plano, en plata y marrón oscuro. Los guantes son de piel marrón, y las manoplas reproducen la misma combinación del sombrero.



EN TORNO AL DRAMA SENTIMENTAL DE "CHARLOT"

UNA vez más se ha hecho evidente el contraste entre la faz rubicunda y jovial del payaso funambulesco y su lamentable procela espiritual.

Desconfiemos de la alegría de quien asumió el papel de divertir á sus semejantes ó de arrancarles una risa que sea colofón victorioso de preocupaciones. El hecho, con el caso de *Charlot*, se repite en todas las latitudes del mundo. Es el eterno drama del antiguo histrión circense volcado hoy al artista de la pantalla, pródigo en apariencia de felicidad.

La pirueta y el gesto jocosos, ó el humorismo alambicado por la pirueta, queda probado que entraña una recóndita desventura.

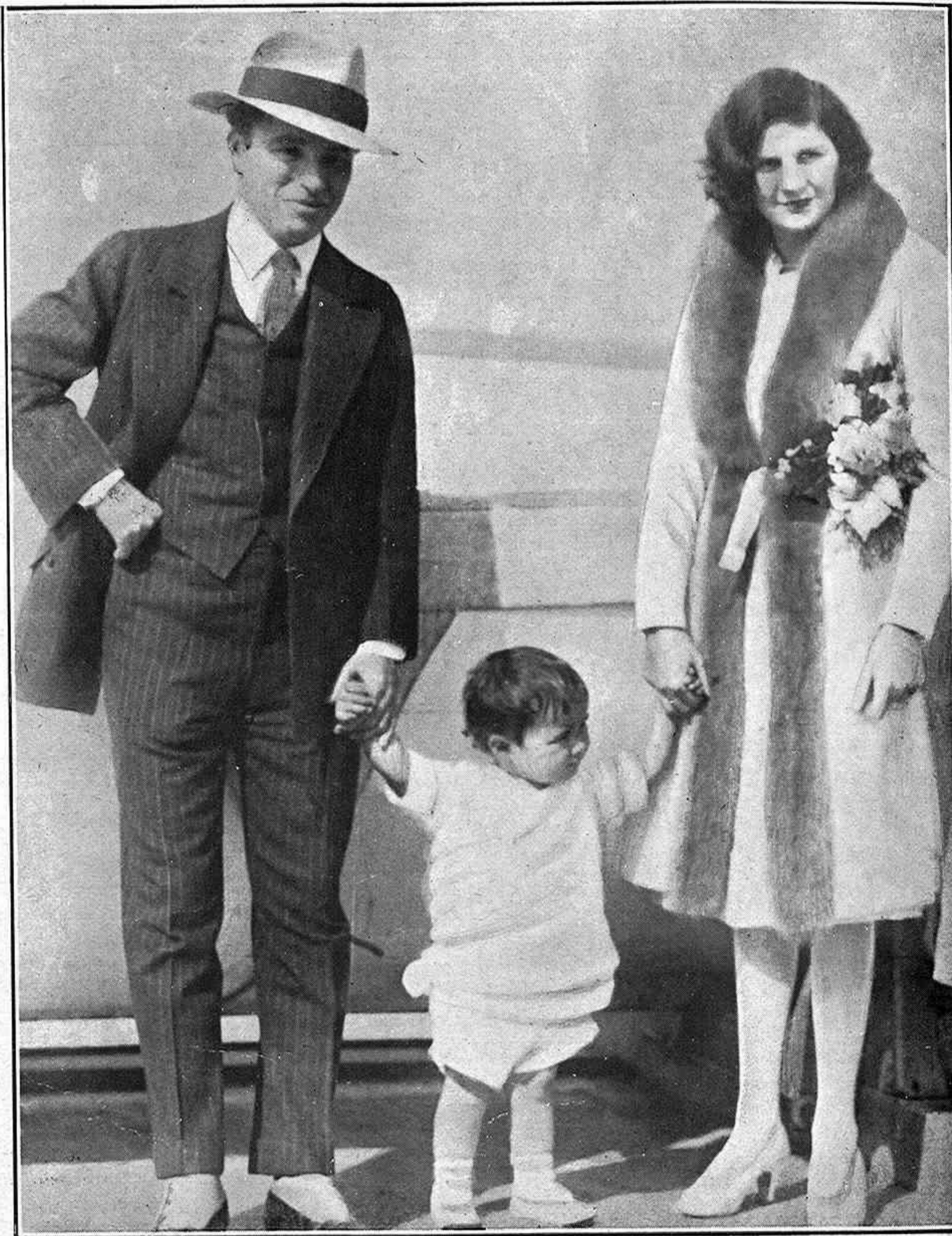
Sin embargo, esto no quiere decir que los promotores de la risa beban continuamente esas lágrimas que la creencia popular les supone por dentro. Concedámonos la existencia de payasos felices.

Pero la realidad nos hace ver que son los menos, á tal punto que dudamos de esa afortunada excepción del gremio.

Dijéramos que pesa sobre ellos un anatema, una liviana maldición que les aparta de la dicha. Acaso ellos lo saben, y á su modo—la trillada norma de que nos valemos el resto de los mortales—procuran batir las corvinas alas de la infelicidad.

Por ejemplo, *Charlie Chaplin*, el excelso actor de la pantalla, el virtuoso de la mímica alada de escepticismo y asombros banales, nos tiene hecho ver que no halla, fuera del matrimonio, ningún otro medio de abroquelarse contra esa latente desventura á que le expone su arte festero... En efecto, más de una vez, merced á la facilidad que ofrece Norteamérica á salvar equivocaciones conyugales, ha recurrido á tan vulgar remedio... La Humanidad, quizá desde su constitución, se obceca en reducir al amor todas sus aspiraciones. Y los millones de fracasos no demuestran sino que nos dejamos llevar por una terquedad grotesca.

Mas de momento no se vislumbran otras perspectivas. Y hemos de seguir en esa porfía de buscar, por vehículo el amor, nuestro absoluto contento de permanecer en la tierra. Esta es la táctica que al parecer se ha impuesto el afamado artista que excita nuestra pluma. Posiblemente, fatigado del divorcio, buscó—suponemos estérilmente—la mirada de Cupido lejos del matrimonio. Aventuremos que sólo hallara la epidermis de Venus estremecida á sus caricias. A punto el hombre de renunciar á más infructuosos escauceos y resignarse al bien presente, cercenada su ambición de paraísos extraños, vióse sorprendido por la demanda de divorcio. Aquí se haría el gesto de *Charlot* más apagado



Era en tiempos de paz conyugal, cuando sólo reclamaba la atención pública por su arte soberano el famoso comediante de la pantalla



de escepticismo para dejar ancho campo al imperceptible asombro que baila gozosamente en su cara de payaso estilizado por las normas del cinedrama.

Por esta vez, su celebrado *bombín* perdió el equilibrio que lo mantenía en su enmarañada testa. Fué en la vertiginosa carrera que le llevaba lejos de jueces é ilusoriamente de la voz reprobatoria... A la postre hubo de salir de su escondrijo para defenderse de los enojos de Lita Grey, quien reclama justamente—de paso con unos miles de dólares—el derecho á la fidelidad del marido.

Este es el drama sentimental del popular *as* de la pantalla. Un drama vulgar, reprisado constantemente en el país de Cinelandia.

Por fortuna, este drama se trocará en una blanca comedia de epílogo adecuado á los disturbios sentimentales, que es á la postre la reconciliación. O sencillamente descubrirá la escondida madeja de una *réclame* bien urdida.

Porque *Charlot* tiene en quien suceder su estirpe. Y precisamente colaboró á ello Lita Grey. Este pequeño Chaplin, descubierto por el objetivo fotográfico, sin duda, en una época de concordia hogareña, es en concreto, entre *Charlot* y Lita Grey, el nudo de la felicidad...

LORENZO RODERO

Y he aquí á Lita Grey, la mujer sobre quien pesa el dolor de un hogar truncado, refugiada con sus hijos en casa de su abuelo y su madre

(Fots. Agencia Gráfica)



Discípulos de San Huberto, correctamente dispuestos para la excursión cinegética, decoran en la mañana clara la senda en dirección á la floresta, con el aparato de perros y caballos que impone la función de la alegre partida de caza

(Fot. Agencia Gráfica)

LOS DEPORTES

CRÓNICA DEL «SPORT» UNIVERSAL

LAS PRUEBAS PINTORESCAS

SIEMPRE muy en serio, las agrupaciones deportivas españolas no se detuvieron á pensar hasta el presente en la conveniencia de alternar las grandes pruebas con alguna que otra manifestación donde tuviera rienda suelta el regocijo, la alegría.

Experiencias de tal naturaleza son frecuentes en el Extranjero, donde entienden que el humorismo es una cosa compatible con los entusiasmos deportivos.

La iniciativa del Nacional Sport Club puede ser un nuevo camino por el que otros organiza-

dores quieran seguirles, ó, sencillamente, el paréntesis en la rigidez de los calendarios deportivos, los que, como sino estuvieran confeccionados por gente moza, son letra imponente que ha de acatarse con la inexorabilidad del Código.

La carrera de camareros, conservando las condiciones de una prueba deportiva—como lo que fué—, para los interesados representó una amena distracción; para los espectadores, un regocijado espectáculo, y para los aficionados á hallar más profundas consecuencias de los sucesos vulgares, manantial de deducciones interesantísimas. Nosotros no podemos seguir aquí á estos últimos, pero no silenciaremos el hecho más

saliente de la prueba de camareros, portadores de una bandeja con servicio completo, del que era menester no derramar una gota de líquido para tener derecho á clasificarse: el vencedor no fué el mejor corredor á pie, probado en vulgares lances atléticos con fortuna, sino el *más* camarero entre todos, quien supo conservar perfectamente el equilibrio de su bandeja, llegando á la meta á paso de marcha, intactos los vasos sobre la bandeja esgrimida con verdadero arte al girar por esas calles.

Es, en resumen, el deporte vencido por la costumbre, y para el triunfador la seguridad de un turno numeroso y adicto, pródigo, ¡ay!, en propinas.

LOS ALPINISTAS ESPAÑOLES EN CHAMONIX

Después de las pruebas de selección celebradas en la sierra de Guadarrama, los designados



Madrid.—De la pintoresca carrera de los camareros madrileños organizada por el Nacional Sport Club. Los «corredores» en la meta esperando la orden de salida.



Venancio Cermeño, que llegó primero sin derramar una gota del líquido que era indispensable llevar en los correspondientes servicios

hicieron acto de presencia en el concurso internacional de Chamonix, las pruebas europeas más importantes del continente, y á las que sólo acuden los virtuosos del esquí.

No obstante la diferencia extraordinaria que media de patinar en Guadarrama ó en Ribas á hacerlo en Chamonix por las condiciones de la nieve tanto como por las dificultades de las pruebas internacionales, el papel de los españoles ha sido muy notable. Su clasificación dentro de los veinticinco primeros lugares, entre un lote de más de cien *ases* de todos los países, es la mejor referencia del éxito que se han apuntado Arche, Urgoiti y Pérez; y la fotografía que publicamos del magnífico salto de unos de ellos es el documento más veraz del esfuerzo desplegado en la reñida competición del esquí europeo.

LA BATAHOLA DEL CAMPEONATO DE FÚTBOL.

Concedidos títulos y subtítulos regionales que acreditan á cuantos felizmente los poseen para entrar en la liza del campeonato nacional, repentinamente ha cambiado la decoración deportiva, y, encalmados los ánimos de tantos *eternos rivales*, las escenas, por decisivas, son más duras y empeñadas.

El equipo sub campeón de Cataluña, Club Deportivo Europa, cuyo triunfo sobre el Barcelona, campeón de España, en el encuentro decisivo del torneo regional ha sido motivo de desfavorables comentarios para los dos grupos que participaron en el «match».

(ots. Díaz Casariego y Sport)





Ricardo Urgoiti iniciando un magnífico salto de cuarenta metros en el trampolín de Chamonix durante el concurso internacional celebrado recientemente, en el que participaron los seleccionados españoles.

En el cuadro de los valores que esta temporada van a jugar la partida última, los nuevos nombres son muy raros, y las alteraciones más escasas todavía. De estas, la más significativa es la que en Galicia atribuyó el campeonato al Deportivo de La Coruña, y el subtítulo al Celta vigués, que en el transcurso de los debates regionales se mantuvo por debajo de su rival.

Rarísima es la exclusión del Real Oviedo, el club de la fusión de los equipos de la capital del Principado, apartado del camino triunfal por la superioridad del Real Sporting y la decisión del Fortuna. Cuanto a este último, no parece, sin embargo, muy justa la solución inapelable cuando muy recientemente el propio Oviedo batió cuantiosamente al rival gijonés.

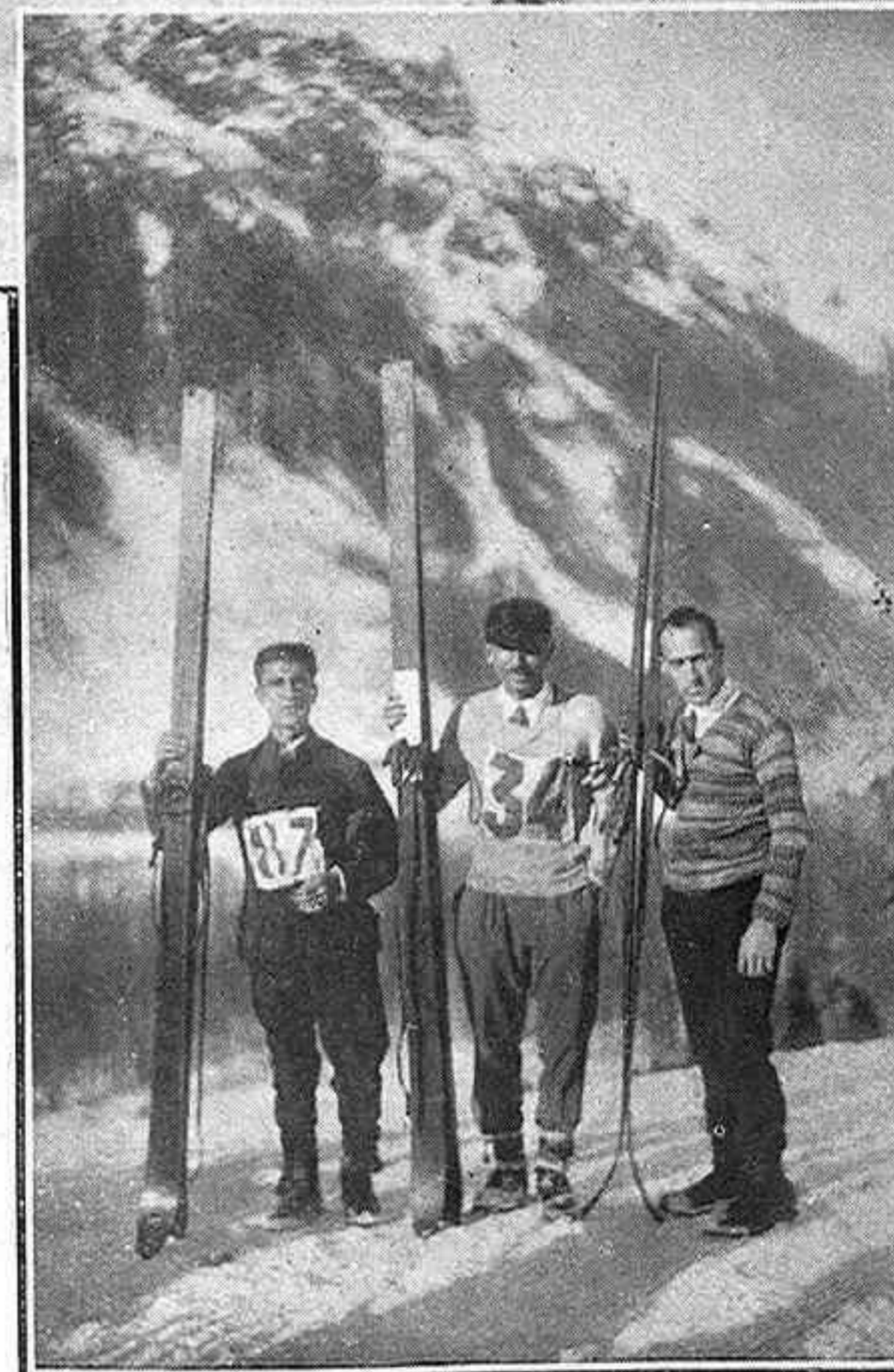
También en Cataluña cambiaron de nombres, y al del Barcelona vino a añadirse, substituyendo al Español, el del Deportivo Europa. Este nombramiento repugnará, sin duda, a los buenos aficionados, que habrán tomado nota de cómo en la Ciudad Condal el grupo europeo, con la pasividad de los campeones de España, lograron el

triunfo más resonante, pero más absurdo, porque el once azul-grana haya pasado en los últimos años.

En Valencia, el Deportivo de Castellón es el grupo que llega pletórico de entusiasmos por vez primera a la lucha, y el hecho de llegado el término del campeonato, haber vencido al Levante de un modo decisivo, es su mejor elogio.

Sólo cuando por imperativo del calendario, los equipos extremeños, por primera vez en la lista del torneo nacional, salgan de sus campos habituales, será ocasión de formar juicio de su valor, aun cuando no es peligroso aventurar que no serán grave obstáculo al paso de andaluces y madrileños, por razón de noveles en tales luchas.

Y no varió sensiblemente el sistema de cosas en todas las demás regiones—Andalucía, Centro, Vizcaya, etc.—donde aunque se hayan alterado posiciones, los grupos en busca del título nacional siguen siendo los calificados equipos que año tras otro van a afrontar las batallas con la misma decisión, con idénticos anhelos.



Los alpinistas españoles que formaron el equipo seleccionado de saltadores de esquís que ha participado en el concurso internacional de Chamonix en representación de nuestras sociedades de nieve. El grupo está formado, de izquierda a derecha, por Ricardo Arche, Ricardo Urgoiti Aurelio Botella (Fots. Urgoiti)

Las primeras figuras del tennis mundial

Después de los flirteos de Tilden, el coloso de la raqueta, con los poderes oficiales de Norteamérica, quedaron salvadas las dificultades que estuvieron á pique de convertirle en profesional del deporte.

La original fórmula fué discutidísima; pero como al cabo lo que se pretendía era conservar el *as* excepcional en las filas de los *puros*, la Asociación norteamericana aceptó, y la afición consideró la mejor solución, que



El equipo del Real Club Deportivo de La Coruña, que, tras un brillante campeonato, ha ganado el título regional futbolístico



Tilden podría seguir escribiendo—y cobrando—por discutir de tennis, mientras no se refiriera á las actuaciones propias.

Pero, sucesivamente, las grandes raquetas de la Unión fueron cayendo en campeonatos y concursos ante la decisiva eficacia de nuestro compatriota Manolo Alonso, que conquistó sus títulos en el extraño país y frente á todas las dificultades que normalmente se agolpan en el camino del extranjero que quiere consagrar sus méritos en el ambiente hostil.

Hizo compatible el español sus trabajos con el esfuerzo de los partidos y el entrenamiento indispensable; y así, su verdadera calidad de «amateur» no pudo jamás ser puesta en entredicho, aunque en ello la clase de jugador se perjudicara en alguna ocasión importante por defectos de preparación.

En esa lista anual, que es como el índice de los valores mundiales del tennis, Manolo Alonso surgió este año al lado del *campeonísimo*. Si Tilden, la figura atlética y la raqueta prodigiosa, es por sus cualidades, sabiamente aprovechadas, el invencible jugador del Universo, Manolo Alonso, el español que se reveló en su patria y que en las famosas rondas de la Copa Davis conquistó los títulos que prestigiaron nuestro valor deportivo nacional, será habilísimo tenisman que decidió, con la inspiración genial de sus jugadas notabilísimas, la suerte de tantos partidos decisivos. Y Manolo Alonso ha anunciado su regreso á España, donde volverá á defender, arma deportiva en mano, los derechos nacionales á figurar en la famosa competición mundial.

Aceptemos á Tilden en el primer puesto, que es el de la raqueta mágica; pero quede innegablemente contrastado ese otro valor españolísimo que será la segunda figura mundial del tennis. Y aparte tales hombres, conviene no olvidarse de los que, sin abandonar el suelo nacional y en lances como el reciente duelo Copenhague-Barcelona, confirmaron que la buena semilla sigue aquí produciendo ópimos frutos.

William T. Tilden
y Manolo Alonso,
norteamericano y
español, las dos figuras
cúmbres del
tennis mundial

(Fots. A. P. G.
y Blanco)

JUAN
DEPORTISTA

UN POETA

LETANÍA

A Enrique Díez-Canedo.

Frescura de manantial
—celeste vena del prado—,
frescura de manantial,
amada, tienen tus brazos.

Suavidad de terciopelo,
suavidad de cisne blanco,
suavidad de terciopelo,
de cisne, tienen tus brazos.

Fragancia de la magnolia,
delirante olor á nardos,
fragancia de la magnolia,
amada, tienen tus brazos.

Rayo de luna en la rosa,
rayo de sol en el mármol,
rayos de sol y de luna,
fundidos, tienen tus brazos.

Perfume de trigo rubio,
por la brisa acariciado,
perfume de trigo rubio,
amada, tienen tus brazos.

Ondulación de colina,
cubierta por el rebaño,
ondulación de colina,
amada, tienen tus brazos.

JOSE M.^a SABATER

Joven é inspirado autor de notables poesías publicadas recientemente en un libro que lleva por título «En la noche callada» y ha obtenido excelente éxito. Transcribimos de dicho volumen las dos bellas composiciones que aparecen en esta plana.

Blancura de nube y perla,
de lino recién cortado,
blancura de nieve y perla,
de lino, tienen tus brazos.

Gracia de rama curvada
por los frutos sazonados,
gracia de rama curvada,
amada, tienen tus brazos.

A TUS BRAZOS

Lo mismo que arpa sonora
hace el ruiñeñor del árbol,
lo mismo canta el deseo
en la lira de tus brazos.

Amada, lleva á mi hijo...
En tus brazos va más blando.
Más contento que en los míos
va en la cuna de tus brazos.

Amada, porque Amor quiso,
de un puente son los dos arcos,
por donde mi vida-río
va á la muerte suspirando.

Amada, ven; me parece
que mis venas se han helado,
y quiero que me aprisionen
por última vez tus brazos.

Antes que los azadones
la tierra vayan echando;
antes que me quede frío
dame el calor de tus brazos.

Amada, ¿porque esto digo
se van tus ojos nublando?

No llores, amada, por
la letanía á tus brazos
mientras tenga yo canciones
y mieles haya en tus labios.

CANCIÓN DE CORRO PARA LOS NIÑOS

¡Mirad la luna redonda y blanca!
Nos ha visto, y se esconde tras las acacias.
Lunita, no te escondas, que si me enfadas
ya no te dejo sitio junto á la almohada.
—En tu cama no hay sitio para la luna.
—Lo hay en mi espejito y en la laguna.

Si nuestro corro es grande, la luna es tanta
que, unidos, no la cercan ni nuestros brazos.
No cabe en la laguna, ni aún en los lagos.
—¿Cómo se para entonces sobre los álamos?
—Por ser un farolito de fina seda
que en las nubes azules la brisa rueda.

Cuando estés dormidita, iré á cogerte
por aquel caminito de plata y nieve.
—No será nunca tuya; nadie la tiene.
—La tendré, si soy buena, para los Reyes.

¡Ay, cuántas escaleras harían falta
para alcanzar la luna que está tan alta!

—Yo no tengo madrina, ¿quieres tú serlo?
Me darás estrellitas, yo á ti mis besos.
—Yo no quiero estrellitas, quiero luceros,
luceros de colores para mis juegos.
—Tú, que estás en los cielos, dame una estrella.
Prendida en mi cabello, seré más bella.
—Nosotros no queremos joyas ni galas,
lucerritos brillantes para bengalas.

Deshagamos el corro. Es ya muy tarde,
y va dejando en sombras la luna el parque.
A dormir va á su casa, que nadie sabe
si está bajo las aguas ó en los pinares.
Mi luna va á dormirse nanita, nana...,
y tiene que ir á clase por la mañana.

JOSE M.^a SABATER

En la época del feminismo trepidante, del «garzonismo» y de la masculinización de la mujer, las niñas alemanas aprenden, ante todo, á ser mujeres de su casa



En la fotografía superior. Alumnas de una escuela de Berlín procediendo al aseo de los lavabos. En el círculo: Una futura dueña de casa aprendiendo á disponer con arte las flores en un violetero. En la fotografía inferior: Tres niñas iniciándose en los secretos del lavado y planchado de la ropa

(Fots. Agencia Gráfica)

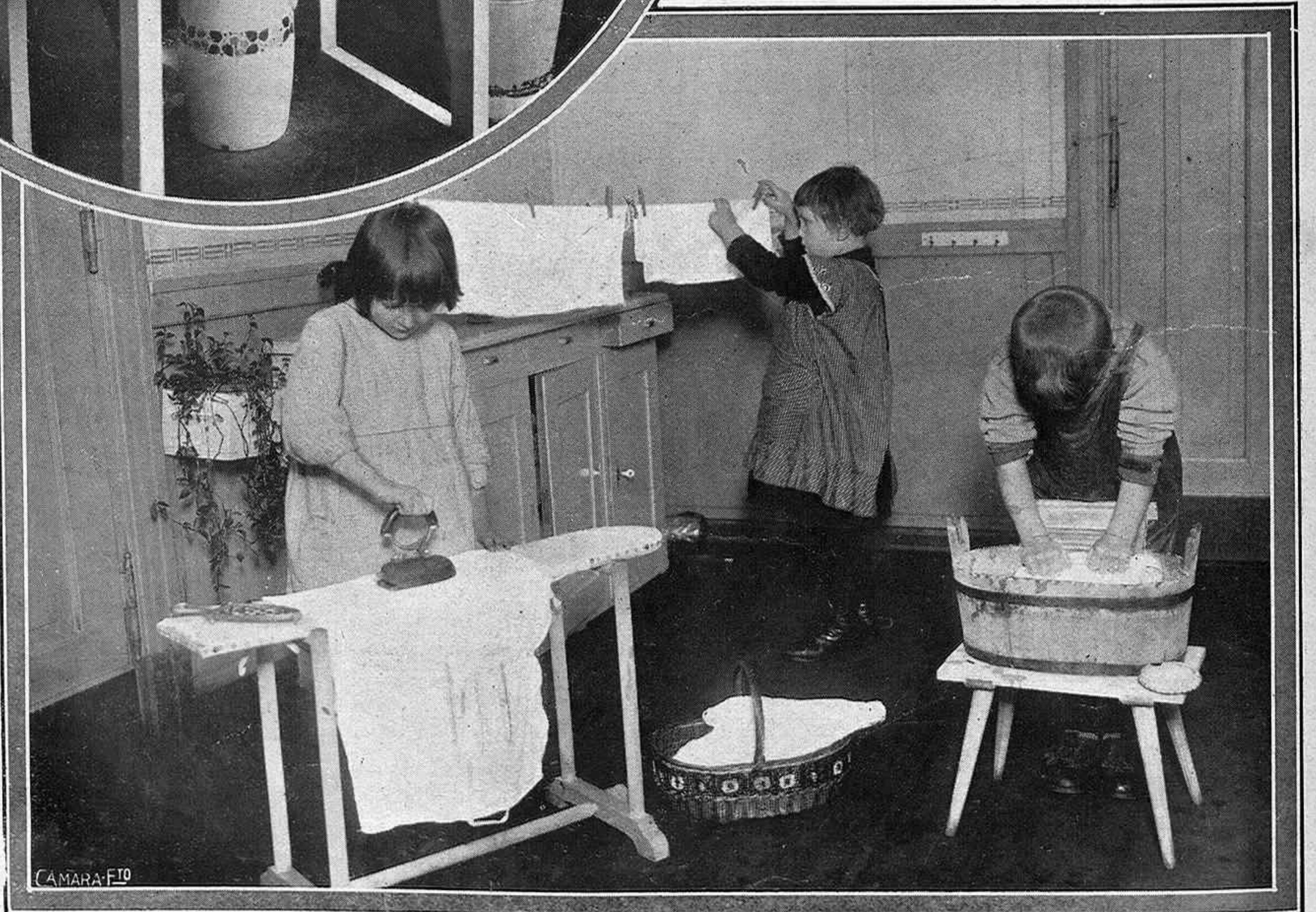


mujeres de su casa; mujeres capaces de dirigir y embellecer un hogar; mujeres que valdrán más que el mayor tesoro dentro de algunos años, cuando el masculinismo femenino haya convertido la vida social en un perfecto infierno.

VIVIMOS, sin duda alguna, en época de transición, y, por lo tanto, de desquiciamiento. Pasamos de un orden á otro; de una etapa de la civilización á otro ciclo del que aún no sabemos si ha de ser avance ó retroceso en la marcha hacia la perfección; de un concepto del bien y del mal á otro criterio en el que tal vez quede trascordado ó invertido el valor de los términos. En este momento de crisis, no es el hombre quien va, como en otras ocasiones semejantes, á la cabeza del impulso reformador. La iniciativa revolucionaria corresponde á la mujer, y en los diez años últimos ha cambiado la vida femenina más que en diez siglos de la Historia.

Feminismo combativo, primero; «garzonismo» ambiguo, después; masculinismo resuelto y dominante, por último: ¿á dónde va, por tal camino, la Eva moderna, muy próxima á lograr la antítesis de la antigua, de la eterna?

Por fortuna, aún quedan oasis de cordura en el mundo. Tal son estas escuelas alemanas, donde las niñas aprenden, ante todo, á ser



CÁMARA-FIO